

YAGÜES EDITOR
Barbieri, 1^a dup., Madrid.
Teléfono 4346.

3003

DOS pesetas

— ELÍAS CERDÁ —

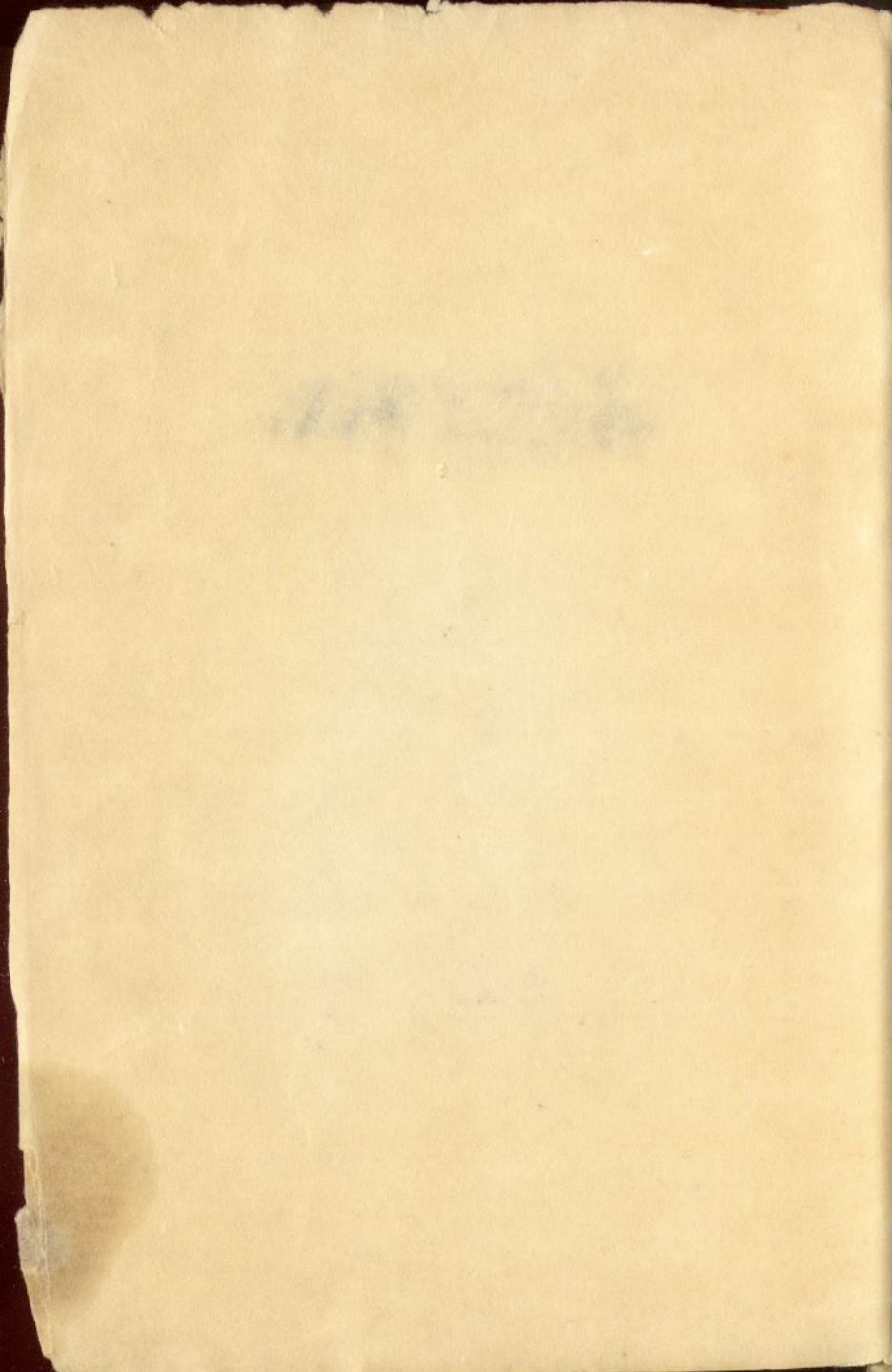


DON·QUIJOTE·EN·LA·GUERRA
FANTASÍA que pudo ser HISTORIA

YAGÜES. — EDITOR. — MADRID.



Elías Cerdá y Remohi



DON QUIJOTE EN LA GUERRA
FANTASÍA QUE PUDO SER HISTORIA

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY
AND
ANTHROPOLOGY
OF THE
SMITHSONIAN INSTITUTION
WASHINGTON, D. C.

ELÍAS CERDÁ

.....

Don Quijote

.....

en la Guerra

.....

FANTASÍA

QUE PUDO SER HISTORIA



YAGÜES, EDITOR.—MADRID

Esta obra es propiedad
del autor. Todos los ejem-
plares llevarán su firma
estampillada en la prime-
ra página.

NOTA PRELIMINAR

En Septiembre del pasado 1914 peligró por un movimiento sectario la neutralidad de España en esta espantosa guerra en que las más fuertes naciones de Europa se aniquilan: y el peligro no ha desaparecido ni desaparecerá mientras el triunfo de los aliados no esté seguro, pues ni Francia descuida el fomento de nuestras simpatías ni Inglaterra, en caso de extrema gravedad, dejaría de recordar la profecía de Pitt.

Demostrar mezclando burlas con veras que la intervención española hubiera sido—y lo sería actualmente—un tremendo desatino es mi único propósito al escribir esta *Fantasia*.

EL AUTOR.

Madrid-Octubre, 1915.

NOTA PRELIMINAR

El 23 de septiembre del pasado 1914 peligro por un movimiento según la neutralidad de España en esta espantosa guerra en que las más fuertes naciones de Europa se enfrentan y el peligro no ha desaparecido ni a estas horas mientras el título de los aliados no esté seguro, pues ni Francia desecha el fomento de nuestras armas ni el inglés, en caso de extrema gravedad, delinde de orden la propia de paz.

Demostar meciendo bujes con veras que la intervención española había sido—y lo sería—actuamente—un aumento decisivo en el éxito propio al recibir esta Venganza.

En Autor.

Madrid-October, 1915

CAPÍTULO PRIMERO

El Ministerio nacional.—La intervención ó la revolución.—Actitud del Gobierno.—Manifestación neutralista.—Alocución de “El Mentidero.”—Prim, Castelar y Gambetta.—Cien millones por cien mil españoles.—Contramanifestación lerrouxista.—Palos, tiros y sablazos.—La verdad oficial.—La pesadilla de Romanones.

EL Ministerio nacional había sido aclamado aquella tarde en el Congreso.

Las Cortes acababan de concederle un amplio voto de confianza y la necesaria autorización para levantar empréstitos, movilizar tropas, llamar reservas y disponer, en suma, cuanto se creyera necesario para la defensa del territorio y del honor nacional.

Indudablemente la nación española deseaba intervenir en la terrible contienda europea. El partido liberal había sintetizado su opinión en el artículo «Neutralidades que matan» publicado en *Diario Uni-*

deseo de que permitiera ejercer la plena soberanía *española* en el territorio *español* inmediato á Gibraltar, levantando la prohibición de artillar Punta Carrero, San Roque y Algeciras. Y además se le pediría que nos reconociera el dominio absoluto de Tánger conforme al espíritu del tratado de Londres de 1904.

Muy patrióticas y puestas en razón parecieron á todos ambas proposiciones; y el Conde dijo rebotando optimismo: «No se hable más del asunto. Lo pediremos y se nos dará. Eso es cosa hecha.»

Decididamente España iba á resurgir y á engrandecerse. *Aquí hacía falta un hombre...* y el hombre estaba ya al frente del Gobierno.

* * *

Ocupábanse los ministros de la provisión de algunos altos cargos vacantes por renuncia irrevocable de los «idóneos» que los desempeñaban, cuando avisaron que por la carrera de San Jerónimo habían desembocado en la Puerta del Sol grandes grupos que, vitoreando á España y á la neutralidad, pugnaban por abrirse paso hacia Gobernación.

Los manifestantes repartían una proclama de *El Mentidero* que decía:

«Españoles: El Gobierno nacional, que ni es nacional ni es gobierno, quiere llevarnos á la guerra.

»Francia, la nación que más nos odia y nos difama, pide ahora nuestra ayuda como la pidió en el 70 cuando los prusianos cercaban París.

»Entonces le ofrecieron á Prim cincuenta millones á cambio de un ejército de 80.000 hombres y Gambetta brindó á Castelar cien millones para implantar la República y llevar cien mil españoles en socorro de la capital francesa. Pero ni Prim ni Castelar quisieron enriquecerse vendiendo sangre española y no se movió ni un ranchero.

»Y ahora ¿qué nos dan á cambio de rompernos el bautismo en su ayuda? ¿Nos pagan ó no nos pagan? Si no nos pagan es que valemos menos ó que somos unos primos alumbrados con acetileno; y si dan algo ¿quién lo cobra? ¿quién se guarda los millones?

»¡A ver, Sr. Alanís, que se registre la cartera á todos los traficantes de la política!

»¡Españoles: No os dejéis llevar al matadero como terneras lechales!

»¡¡Vivan los españoles para España!!

»¡¡Viva la neutralidad española!!

»¡Y al que le pique, que se rasque!»

La lectura de la proclama dejó á los ministros anodados. Hay que tener en cuenta que la leyó Burell, en cuya garganta el Padre Nuestro se convierte en una arenga, y una arenga, en el simoún de la Arabia.

Romanones exclamó como si acabara de tragar un sorbo de quina: «¡Este Barreto nos amarga la tarde!»

Todos asintieron, pues aquel recuerdo de las millonadas ofrecidas por Kératry y Gambetta—que hasta entonces nadie había sacado á colación—causaba al ministerio fuerte contrariedad.

Mientras tanto, la manifestación tomaba alarmantes proporciones. Desde el despacho donde se hallaban reunidos los ministros se oía el clamor de la multitud.

La policía se esforzaba para contener la avalancha, pero los manifestantes ocupaban ya casi por completo la gran plaza y enronquecían vitoreando á España y á la neutralidad.

Aquello era—según opinión de D. Melquiades—una maniobra de los *neos* para argüir que el nuevo Ministerio no contaba con la confianza de todas las fuerzas vivas de la nación.

¿Y qué hacer? Si se procedía con templanza, la algarada acabaría en motín y si se obraba con rigor, podría terminar en drama aquella tarde que, hasta entonces, había sido de apoteosis.

Todos estaban preocupados é indecisos. Alba, nervioso, atisbaba por los resquicios del balcón, y Burell—recordando el ministerio relámpago que siguió á la *crisis del papelito*—le miraba receloso y decía entre dientes: «¡Tendrá este hombre *jetatura*?»

La intervención de los lerrouxistas sacó al Gobierno de su perplejidad.

Por la calle de Correos bajaba una contramani-festación de radicales. Que se las entendieran ellos con los neutralistas y á la hora de los estacazos entraría en acción la fuerza pública para despejar la plaza. Este fué el ruego que el Consejo en pleno hizo al director de Vigilancia y Seguridad Sr. Méndez Alanís quien se dignó atenderlo.

La manifestación radical, llevando al frente banderas españolas y francesas entrelazadas y gritando ¡Viva Francia! ¡Viva la guerra! hizo su entrada en la Puerta del Sol sin que nadie le cortara el paso. «¡Adelante! ¡Adelante! ¡Mueran los *neos*! ¡Muera la reacción!» gritaban convencidos por su Prensa y por sus jefes de que no podían ser mas que sacristanes y reaccionarios los partidarios de la paz. «¡Viva España! ¡Muera Lerroux!» contestaban los neutralistas avanzando también sin obstáculo porque los guardias que antes les confuvieron, habían desaparecido como por ensalmo.

Las dos nubes, cargadas de electricidad contraria, se atraían para chocar, y la tempestad estalló.

Los radicales se metieron con sus banderas entre los del bando neutralista; los neutralistas pretendieron arrebatárles la enseña española para que ondeara libre del nudo que la unía á la francesa... y tras de un huracán de gritos, insultos y amenazas,

cayó un tremendo chaparrón de bofetadas y estacazos. Todos se apostrofaban, todos se acometían; los toques de atención no eran oídos... En la calle del Carmen sonó un disparo, y entonces las fuerzas de Seguridad de á pie y de á caballo dieron, combinadas, una carga aparatosa que aumentó el pánico y la confusión.

Transeúntes y manifestantes huían en todas direcciones, asaltaban los tranvías é invadían las tiendas, cuyas puertas, al cerrarse, resonaban como descargas de fusilería...

La plaza quedó sembrada de gorras, sombreros y bastones abandonados por la despavorida multitud. El tumulto había terminado.

En las farmacias próximas fueron auxiliados algunos heridos y contusos; y la policía detuvo á una docena de individuos que, á las pocas horas, fueron puestos en libertad.

—

Al salir Romanones para marchar á su casa le aplaudieron tres guardias y un chofer. Momentos después dirigió el Sr. Alba á los gobernadores el siguiente telegrama-circular:

«Grupo mozalvetes intentó verificar esta tarde manifestación germanófila en Puerta Sol, pero público indignadísimo formó espontánea, imponentísima contramanifestación en que figuraban comer-

ciantes, banqueros y personalidades de la alta intelectualidad española, siendo vitoreados Rey, Romanones y Ministerio nacional.—Policía intervino para salvar vidas reaccionarios que huyeron perseguidos por patriotas madrileños.—Presidente, ovacionado con delirio al regresar su casa. Yo también fuí aplaudido al llegar á la mfa.—Comuníquelo V. E. prensa local.—Alba.»

La verdad oficial quedaba escrita.

* * *

El Conde no pudo dormir en toda la noche. Las emociones de la tarde, fuertes y variadas, le desvelaron. Además, no estaba satisfecho de sí mismo: su habilidad política había triunfado solo en parte. Se hallaba otra vez al frente del Gobierno, pero aquel Ministerio no era el que soñó su fantasía.

García Prieto, más cauto en ésta que en otras ocasiones, había ofrecido al Conde su adhesión personal y la cooperación de su partido, pero negóse resueltamente á formar parte del nuevo Gabinete: solo, á fuerza de ruegos, se logró que aceptara la embajada de París. La representación de los demócratas en el Ministerio nacional se había confiado al Sr. Burell quien llevaría á Fomento aquellos principios de sana justicia y sabia economía que tanto le acreditaron cuando fué ministro de Instrucción pública.

Melquiades Alvarez también procuró zafarse de aceptar cartera, arguyendo que no creía discreto ni conveniente ser el primer reformista que vistiera la casaca de Secretario de la Corona. ¡La gente es tan suspicaz y tan maliciosa!... Mejor sería meter de ministro á Pedregal; y si el Sr. Azcárate se obstinaba en no aceptar la presidencia del Congreso... en ese caso... ¡allí estaba D. Melquiades dispuesto á sacrificarse!

Pero Romanones se las compuso de modo que el Sr. Azcárate aceptó el cargo, y D. Melquiades, cambiando rápidamente de parecer, se acomodó en el ministerio de Instrucción pública. A Pedregal se le enviaría de gobernador á cualquier parte. «¡Buen pez estaba D. Melquiades!»

Pues ¿y los republicanos? Después de haber amenazado con la revolución si no se constituía un Ministerio intervencionista, se limitaban á declarar que estarían al *lado* del Gobierno. «¡Al *lado* del Gobierno... al *lado* del Gobierno... ¡Valiente novedad!»

Y Maura, aquel Maura olímpico había tenido un gesto de supremo desdén emprendiendo la vuelta á Solórzano apenas evacuada la consulta regia.

Resumen: que el Ministerio nacional estaba formado sólo por los liberales con el concurso de los *idóneos*, demócratas y reformistas; y que el marqués de Alhucemas esquivaba las responsabilidades del gobernar para sustituir al Conde cuando llegara la

oportunidad. Romanones, pensando en esto último, sonreía. Un mosquito zumbón le molestaba y lo aplastó de un manotazo contra el cogote.

Luego comenzaron á resurgir en su imaginación los sucesos de la tarde: las manifestaciones... los gritos... los golpes... la alocución de *El Mentidero*... ¿Sería verdad lo de los millones?... ¡No, no podía ser! Los franceses no habían hablado de aflojar la bolsa... Ningún español decente hubiera admitido ni una peseta... Aquello era una campaña difamatoria emprendida por los *neos*. ¡Mentiras, todo mentiras!...

La fatiga rindió sus nervios. Las ideas se atropellaban y confundían. Prim... Kératry... cien millones... Lerroux... Burdeos... la revolución... Y dando una revuelta en la cama, se quedó dormido.

Cuando rayaba el día, roncaba como un bendito.



CAPÍTULO II

**Fracaso diplomático.—Lo que dijo Nelson.
El Gobierno indignado.—Ni Gibraltar, ni
Tánger ni “na„.—La Catedral de Reims.
Protesta general.—Telegrama de Lerroux.
Ultimatum á Alemania.—Declaración de
guerra.—¿El Cid ó D. Quijote? D. Quijote
en campaña.**

A los pocos días se recibieron las contestaciones á las notas diplomáticas españolas.

El gobierno francés estimaba y tomaba en consideración nuestras peticiones para estudiarlas *oportunamente* «porque discutir en estas circunstancias —añadía— compensaciones territoriales, sería menguar la gloria del heroico pueblo hispano al entrar en armas contra la barbarie teutona.»

De Londres se expresaban en parecidos términos. No debíamos dudar de las buenas intenciones inglesas sobre el Campo de Gibraltar ni teníamos por qué preocuparnos de las defensas de La Línea, San Roque y Algeciras, *que bien defendidos estaban por*

los cañones del Peñón... Después, después de la guerra se hablaría de todo...

Y súpase confidencialmente que al enterarse sir Grey de las pretensiones españolas sobre Tánger, había dicho sonriendo flemático: «Si en Madrid recordaran la Historia, sabrían que Nelson dijo que *Tánger debe ser inglés ó no debe ser de nadie*; y no se hubieran molestado en formular la petición.»

Esta ofensiva apreciación de la cultura de nuestros políticos en asuntos históricos indignó en tal grado á nuestro Gobierno, que se llegó á pensar en exigir al ministro británico una rectificación completa é inmediata.

Don Melquiades dijo que él sabía tanta Historia como el primer inglés, y Burrell quería embarcar para Londres con un compendio de Zabala bajo del brazo para que sir Grey le preguntara por donde quisiera.

Por fin, se calmaron los ánimos y acordóse... no hacer nada para evitar rozamientos entre los Gabinetes de Madrid y Londres.

Romanones puso la nota final á la discusión exclamando con cierta amargura: «En resumidas cuentas, que ni Gibraltar ni Tanger ni *na*, y que nos dan *catite* en Historia!»

Todos rieron la ocurrencia del presidente menos don Melquiades que continuó con la mirada fija en la lámpara del salón donde estaban reunidos. No se

sabe si reflexionaba ó si estudiaba una actitud para hacerse una postal.

* * *

En aquellos días llegaron noticias muy satisfactorias para los aliados. Galopaban los cosacos por la Prusia Oriental y los franceses echaban las campanas á vuelo porque habían ganado la batalla del Marne.

Sabían los técnicos que la supuesta derrota alemana había sido una maravillosa retirada estratégica, pero al buen pueblo francés y á las naciones neutrales convenía decirles todo lo contrario: «las tropas del Kaiser, espantadas por la derrota, corrían como liebres perseguidas por las bayonetas de Joffre...; del gran ejército invasor apenas quedaba una docena de soldados en buen uso...; pronto el Rhin serviría de abrevadero á los caballos de la República .. ¡Oh, la batalla del Marne! ¡Oh, la gran batalla!...»

Pero, no obstante, los embajadores de Inglaterra y Francia asediaban á Romanones para que rompieran cuanto antes la neutralidad. No importaba que nos faltase preparación, porque nuestros grandes amigos nos facilitarían cuanto necesitáramos. Lo esencial era que la noble España diera á los neutrales admirable ejemplo de valor, y de solidaridad

con las naciones que batallaban en defensa de la civilización europea. Esto cantaban las sirenas. Sin embargo, Romanones, comprendiendo que la declaración de guerra podía traerle más graves consecuencias que una derrota electoral en Guadalajara, se resistía á tomar la trascendental resolución mientras no pudiera escudarse en un motivo, real ó aparente, que la justificara.

Pero el motivo no aparecía por ninguna parte. La contestación de Alemania á nuestra nota sobre los fusilamientos de Lieja no podía ser más correcta: el Gobierno imperial consideraba justísima la reclamación; lamentaba el suceso y ofrecía la indemnización correspondiente. La invasión de Bélgica tampoco servía para el caso porque resultaría imprecendente y ridículo basarse en tal hecho para el rompimiento de hostilidades. En efecto, cuando las cinco grandes Potencias que en la actualidad luchaban tuvieron á bien conceder á Bélgica la independencia, lo hicieron *por sí y ante sí*, sin contar para nada con España; y, por consiguiente, hubiera sido del género bufo que declarásemos la guerra á una de aquellas grandes Potencias por haber faltado á un pacto en el cual no tuvimos arte ni parte.

¡Por fin, se encontró el pretexto! Los alemanes habían disparado contra un puesto de observación que—según dijeron—tenían los franceses en una de las torres de la catedral de Reims y las granadas

causaron destrozos é incendiaron un andamiaje.

Al día siguiente—20 de Septiembre—y como obediendo á una consigna, aparecieron los diarios germanófilos diciendo en grandes titulares: «¡La catedral de Reims destruída á cañonazos! ¡El Kaiser quiere arrasar los templos de todo el mundo! ¡Guerra al Dragón apocalíptico!!»

Los artículos de fondo, escritos con ayuda del enciclopédico, eran salmos jeremiacos por la pérdida de aquella joya arquitectónica que hasta entonces no habían conocido ni los lectores... ni los articulistas; y en los espeluznantes relatos transmitidos desde París, se afirmaba que los alemanes habían incendiado el grandioso monumento, sin el más leve motivo, solo por darse el gustazo de malgastar municiones y bailar sacrílega danza al resplandor de la hoguera.

Y fué de notar que los periódicos más avanzados levantaban más airada la protesta contra «los destructores de catedrales» llegando algunos á cerrar su primera plana con la orla negra que usaban en los aniversarios de los fusilamientos por los sucesos de «*La semana gloriosa*.»

Lerroux telegrafió á Romanones desde Barcelona diciendo:

«La bárbara destrucción de la catedral de Reims, después de Lieja y Lovaina, bastaría para decla-

rar la guerra á veinte imperios. ¿Qué esperamos?»

Aquel mismo día, aprovechando la circunstancia de ser domingo, se produjeron manifestaciones intervencionistas en Madrid, Barcelona y otras poblaciones. En Valencia, los manifestantes arrastraron por las calles el escudo del consulado alemán y vitoreando á Francia y á la catedral de Reims, prendieron fuego á la residencia de los jesuitas.

La Prensa, la soberana Prensa, intervencionista en su mayor parte, logró que el alma nacional vibrara estremecida por santa indignación. Lerroux decía bien: ¿qué esperábamos ya?

* * *

A las cinco de la tarde reunióse el Consejo de ministros, y momentos después se enviaba por telégrafo á nuestro embajador en Berlín el siguiente documento para el Gobierno alemán:

«El Gobierno de S. M. Católica, profundamente impresionado por la sacrilega destrucción de la catedral de Reims é interpretando los unánimes sentimientos de la Nación española, protesta contra este acto de barbarie realizado por las tropas alemanas y emplaza al Gobierno imperial para que, en el término de 48 horas, dé sus excusas y la seguridad de que no han de repetirse hechos vandálicos como el que hoy execra el mundo civilizado.»

Aquel destemplado *ultimatum*, solo comparable al que O'Donnell envió al emperador de Marruecos Sidi-Mohjamed, equivalía á la declaración de guerra, que era precisamente lo que se deseaba.

Transcurrieron las [48] horas sin que se recibiera contestación, y el martes 22 de Septiembre, á las ocho y media de la noche, el Rey de España declaraba la guerra al Imperio alemán.

La noticia desbordó el entusiasmo popular y en Madrid hubo hasta la madrugada manifestaciones patrióticas con banderas, músicas y derroche de elocuencia belicosa.

Lerroux felicitó al Gobierno ratificándole su firme y leal cooperación, y telegrafió á Viviani diciendo:

«Hemos triunfado; España va á la guerra. Mi ofrecimiento está cumplido. ¡Viva Francia! —Lerroux.»

* * *

¡Ya estábamos metidos en la descomunal contienda! ¿Qué espíritu resurgía en el alma española? ¿Quién salía á campaña, el Cid ó D. Quijote?

El Cid no era. La tajante Tizona del héroe burgalés esgrimióse siempre para ensanchar los dominios de Castilla; y en esta guerra ¿qué afanes de grandeza nos guiaban? No, el Cid no había descubierto los cerrojos de su sepulcro: el «Señor» castellano seguía sin despertar.

Era el otro, era D. Alonso Quijano quien salía á la palestra. Reyes y Emperadores de poderosos Estados, que siempre hicieron comento y befa del esforzado manchego, pedían ahora su cristiana ayuda en sendos y rendidos mensajes.

Y diz que le acuciaba el taimado Panza, socarrona y vil criatura que buscaba en las andanzas de su amo un mejor yantar, fuera del surco, aunque perros enemigos les molieran á palos en la primer jornada. Ello fué que D. Quijote, espejo y flor de caballeros, fortaleza del débil, desfacedor de entuertos y vengador de agravios, montaba otra vez en su flaco rocín, embrazaba su escudo y enristraba su lanza para acudir en defensa de la alta y hermosa Señora Doña Civilización á quien tenían en trance de muerte bellacos y malandrines alemanes!..

¡El pobre loco no tenía enmienda!



CAPÍTULO III

Desbarajuste económico.—Pánico financiero.—¡No se paga á nadie!—Dificultades militares.—Manifestaciones patrióticas.—Nación sin himno.—La Marsellesa ante Palacio.—Apresamiento de un corsario alemán en Vigo.—D. Inocencio Pérez del Borregal.—La expedición militar.—La canción del soldado.—El Rey y Lerroux.—Cien mil hombres á Francia.

LA declaración de guerra, aunque ya se esperaba, cayó en la Bolsa como una bomba.

El pánico bursatil fué mayor y de más graves consecuencias que el producido en Francia dos meses antes. Y era natural que así ocurriera: el gato no había olvidado la escaldadura villaverdista.

Los banqueros y agentes de Bolsa procuraban en vano tranquilizar á sus clientes demostrándoles que no había motivo para tanto. «El cupón—decían—está asegurado; el Gobierno cuenta con un centenar de millones en oro; Inglaterra y Francia nos darán

cuanto necesitemos... y, dentro de poco, nos merendaremos entre todos á esos barbarotes alemanes, partiéndonos el botín como buenos camaradas.»

Pero los rentistas, recordando lo ocurrido cuando fuimos resueltos á merendarnos al Tío San, contestaban: «Sí, señor, creo todo eso que usted me dice, pero quiero vender hoy mismo á cualquier precio.»

Y como la Bolsa no podía contrabalancear la masa enorme de papel que se echaba en el platillo de la oferta, dieron las cotizaciones un bajón tremendo, como—salvo al estallar la guerra hispano-yanki—no se había conocido desde la muerte de Alfonso XII.

En dos sesiones perdió el interior *veinte enteros* y todos los demás valores españoles, fueron arrastrados por la formidable baja. Solo se salvaron de ella las acciones de ferro-carriles, cuyas compañías, extranjeras, aconsejadas por los primates de nuestra política, iban á recoger—con el movimiento de tropas—frutos de victoria antes de que la guerra comenzara.

No fueron menores los efectos del pánico en los Bancos y Cajas de Ahorros. Todo el mundo corrió á sacar su dinero: las «colas» crecían incesantemente y el *krac* de la banca española parecía inevitable.

De un plumazo resolvió el Gobierno el conflicto, clausurando la Bolsa y publicando, conforme á la autorización de las Cortes, el decreto de moratoria

en virtud del cual toda obligación de pago que no pudiera cumplirse por causa de la guerra, se aplazaba por noventa días.

Estas radicales disposiciones, traducidas literalmente del francés, salvaron de la ruina á los bolsistas y los banqueros, pero, en cambio, produjeron el desquiciamiento completo de la economía nacional; pues como en España, *hecha la ley, hecha la trampa*, llegó momento en que no había modo de arrancarle á nadie una peseta.

Los sastres y los caseros tocaban el cielo con las manos. ¡Aquello no podía ser! ¡Aquello era la ley de los tramposos!... Y libráranos Dios de controvertirles! En el despacho del abogado consultor de la Liga de Propietarios de Madrid, se instaló un dispensario antiespasmódico porque, ya se sabía; cada consulta, un síncope!... Y tal era la indignación y tan prolongadas las discusiones, que se dió el caso de fallecer en un solo día cuatro caseros víctimas de congestión cerebral.

¡Dios les haya perdonado!

* * *

Al desbarajuste económico siguió el zafarrancho militar.

El ministro de la Guerra estaba que se le podía ahogar con un cabello. Por el compromiso de en-

viar á Francia un fuerte ejército—ya no se deseaba solo el efecto moral de nuestra intervención—había llamado la primera reserva y el pobre general no sabía qué hacer de aquellos 300.000 hombres que se le venían encima.

Para el medio millón de soldados que se reunirían bajo banderas, faltaban cuarteles, faltaban camas y vestuario, faltaban pertrechos... ¡faltaba de todo! Nuestra artillería de campaña de tiro rápido se reducía á los regimientos divisionarios del Ejército activo, dotados á 36 piezas, para luchar contra un enemigo que montaba ocho cañones por cada mil combatientes!... Y no había más artillería gruesa que la del regimiento de sitio, con cañones de 12 y morteros de 15, cuando ya se derrochaba el fuego por bocas de 21,24 y hasta de 42 centímetros; y sólo disponíamos de un muestrario de camiones automóviles; y nuestras fábricas de municiones apenas podrían abastecer á una división... Y superando todas estas deficiencias, aparecía otra más grave: la falta de oficialidad!

¿Se ignoraba todo esto? Lo ignoraba el pueblo, pero la Prensa y los políticos lo sabían ó *debían saberlo*, porque en voz alta y desde muchos años, venían advirtiéndolo ministros y escritores militares. Pero... ¡cualquiera se atrevía á meter en los presupuestos los aumentos necesarios, sabiendo que le esperaba la ruda oposición de aquellos que, ahora,

nos empujaban á la guerra con mayores prisas!... ¡Pobre ministro! ¡Pobre Ejército español, siempre resignado al bello morir!

Pero ya no se podía retroceder, ¡adelante! Inglaterra nos facilitaría lo más preciso, aunque luego nos pasara la cuenta cuando nos viera más apurados, como ya hizo en otra ocasión.

* * *

Los grandes rotativos callaban prudentemente los conflictos del Gobierno y seguían estimulando el entusiasmo popular con estupendos noticiones: «Barricadas en Berlín». «Cien socialistas fusilados»... En Alemania se estaban comiendo la última patata. Los soldados teutones, flojos y hambrientos, caían desfallecidos en los caminos ó se presentaban en las avanzadas enemigas pidiendo una sopa de ajo por el amor de Dios... Nada, que á soplidos íbamos á tumbar á los que buenamente nos dejasen los franceses para que no perdiéramos el viaje.

Con esto se enardecían los ánimos y las manifestaciones patrióticas surgían á cada momento por el paso de un piquete, por la llegada de un general, por cualquier cosa.

El domingo, día 28, se verificó una gran procesión cívica, organizada por el Centro de Hijos de Madrid. Salió del Retiro y se disolvió en la plaza de España.

La mañana era espléndida en luz y en color. Ni una nube manchaba el cielo. Tapices y percalinas cubrían los balcones, cuajados de encantador mujerrío. Ante Madrid entero desfilaron banderas y más banderas, comisiones y más comisiones; y las bandadas de música, interpoladas en la procesión, electrizaban á la muchedumbre tocando marciales pasodobles y los himnos de todas las naciones aliadas... ¡menos el de España!

Esto de los himnos había preocupado mucho á la Junta organizadora, ¿Cuál era el himno español? ¿La Marcha Real? La Marcha Real es severa, es majestuosa, pero carece de letra apropiada para ser popular. ¡Y como el recuerdo de su tradición prusiana era tan inoportuno...! ¿La Marcha de Cádiz? La Marcha de Cádiz había sucumbido con nuestro imperio colonial. Fué la víctima expiatoria que los pueblos sacrifican para purificarse después de un gran pecado. ¡No supimos á quién fusilar! y dimos garrote vil al emocionante «¡Viva España!» Resucitarla en aquellas circunstancias hubiera sido, además, lamentable impertinencia por evocar horas crueles y porque resultaría falto de sentido común que fuéramos á demostrar nuestras simpatías á Francia entonando una canción antifrancesa. ¿No se dice en las estrofas de la «Marcha de Cádiz» que *hay que luchar con bravura contra el invasor*, contra el invasor francés que entró en nuestra patria como

amigo, y que para expulsarlo, tuvimos que ir desde un Dos de Mayo hasta la batalla de San Marcial?... ¡No, no podía cantarse la Marcha de Cadiz!...

¡España, por carecer de todo, carecía hasta de himno nacional!

.....

Y ocurrió que la enardecida multitud, á falta de una canción española que sintetizara los sentimientos del alma colectiva, rompió á cantar La Marselesesa.

Así desfiló aquella gran manifestación ante Palacio, en cuyos balcones estaban los Reyes con la familia real y el Gobierno. Las bandas entraban en la plaza de Oriente ejecutando la Marcha Real que terminaba siempre entre aplausos atronadores y delirantes vivas á los Reyes y á España, pero inmediatamente seguían los vítores á Inglaterra y á Francia y volvían á sonar, cantadas por miles de almas, las vibrantes notas del himno francés. Aquello debió ser presagio para algunos, y para otros, revelación.

Muchos comentarios se hicieron por este detalle, pero Romanones decía: «¿Y qué tiene de particular que se cante ante el Rey La Marsellesa? ¿No me la cantaron á mí los valencianos, por mi significación democrática, aquella vez que siendo ministro fuí á Valencia *consignado* á Blasco Ibáñez y ni por eso vino la República ni yo salí del Ministerio? ¡Pues en-

tonces!...» Y soslayando el cuerpo, escupía de costadillo.

* * *

En aguas de Vigo había tronado la pólvora. Una lancha cañonera, de las destinadas á la policía de pesca, vió pasar un gran corsario alemán. Forzó la marcha para darle caza y disparándole el único cañón con que iba armada, le obligó á rendirse. Así rezaban los telegramas.

Frente á las pizarras de *La Correspondencia de España*, se estacionó gran gentío que enloquecía de entusiasmo cada vez que aparecía un nuevo lienzo con detalles del glorioso suceso.

En uno de estos momentos se irguió sobre el pescante de un coche de punto, que estaba á la puerta de La Mallorquina, un individuo cuarentón, de aspecto burgués, y con voz trémula por la excitación que le dominaba, exclamó: «¡Españoles: La Civilización y el Derecho no se defienden con aplausos, sino con balas! ¡Pidamos fusiles y marchemos todos á Berlín!»

—¡A Berlín, á Berlín!—contestaron mil gargantas enronquecidas.

Y siguiendo al coche desde cuyo pescante continuaba lanzando arengas el improvisado caudillo, marchó un grupo numeroso por la calle de Esparteros y plaza de Santa Cruz á desembocar en los barrios bajos por la calle de Toledo.

Al ver la dirección que llevaban, cualquiera hubiera creído que, en vez de ir á Berlín, se encaminaban al Matadero.

Más tarde, cuando la manifestación ya había terminado, llegaron telegramas de Vigo aclarando el suceso: el vapor carbonero Wildeman, de la matrícula de Hamburgo, había entrado en el puerto ignorando el estado de guerra con Alemania, y la Comandancia de Marina se incautó del barco sin la menor resistencia.

Ni hubo cañonera, ni hubo cañonazo.... ¡Pero había surgido un héroe sobre un pescante!

¿Quién era aquél hombre? Pronto se averiguó que se llamaba D. Inocencio y que tenía una zapatería en la Cava baja. Por eso, pues, había ido la manifestación hacia la calle de Toledo.

Don Inocencio Pérez del Borregal, vivía en su tienda, feliz é independiente, con su mujer y tres hijos de corta edad. Hacía primores en su oficio, y cuando él hincaba la rodilla á los pies de la parroquiana, venta hecha; no se le escapaba una. Detestaba la política y odiaba á los políticos; y desde los tiempos del desastre colonial, solamente leía *Alrededor del Mundo*, y la información taurina del *Heraldo* para estar al tanto de las «faenas» de los «fenómenos.»

La guerra europea modificó su vida radicalmente.

Abandonó los zapatos y puso cátedra de estrategia en el café de San Isidro. Allí se pasaba las horas haciendo maniobrar tazas, copas y botellas «para aplastar al militarismo alemán». A cada movimiento envolvente, el camarero temblaba. Y cuando le retiraban los ejércitos á la cocina, se leía de cabo á rabo la Prensa radical, cuyos artículos de fondo le tenían convencido de que aquella guerra era un duelo á muerte entre la Civilización y la Barbarie.

El bombardeo de la catedral de Reims, le causó profunda pena. No sentía D. Inocencio la pérdida del templo, sino la desaparición de la joya arquitectónica; pues aunque no conocía ni la cripta de la Almudena ni San Francisco el Grande, ni siquiera el Museo del Prado, le entró tal pasión por el Arte, que cuando leía en su casa los relatos de la destrucción de las vidrieras del siglo xvi ó de las agujas de la torre del Angel, tenía que esconderse en el cuarto de las hormas para desahogar en lágrimas su congoja.

El pacífico zapatero de la Cava baja, transformóse en fogoso intervencionista. Lerroux tenía un admirador más, y Romanones podía contar con un candidato para cualquier comité de su partido.

Este era don Inocencio Pérez del Borregal, el tribuno del pescante, el protagonista de la *batalla de los carapachos* y de otros hechos que, á su tiempo, hemos de narrar. Dejémosle ahora en su tienda aclamado por el grupo que le siguió desde «La Ma-

llorquina», y volvamos al relato de sucesos más importantes.

* * *

Corrían los trenes por toda España repletos de soldados y de pertrechos de guerra; pero horrorizaba pensar lo que hubiera podido ocurrir en el caso de tener al enemigo en nuestras fronteras, por la falta de líneas estratégicas, de vías dobles, de material móvil...! de toda la organización ferroviaria indispensable para una rápida movilización y concentración de ejércitos!...

El 5 de Octubre, después de vencer mil dificultades, quedó completamente organizada la primera expedición militar, formada por siete divisiones, agrupadas en tres cuerpos de ejército, al mando del general Weyler. Uno de estos cuerpos se constituyó con tropas de Africa á las órdenes del general Luque á quien se le confiaría—llegado el caso—la maniobra para el paso del Rhin.

Los regimientos de Africa desembarcaron en Málaga y en Valencia, entonando un himno marcial, español, inspirado y emocionante: era *La canción del soldado*, de Sinesio Delgado y del maestro Serrano, canción que, siendo tan española, tuvo que nacer fuera de España. Los valientes soldados tenían ya la oración que había de fortalecerles en los

combates. Pero decía el poeta: «Si llego á saber para lo que iba á servir... ¡á buena hora la escribo!»

El Rey marchó á Barcelona para revistar las dos divisiones que allí se concentraban y seguir luego su viaje á Francia, donde había de celebrarse una conferencia de soberanos.

No olvidará jamás D. Alfonso las aclamaciones frenéticas, indescriptibles que le tributó el pueblo de Madrid. Rey joven, rey liberal, rey patriota, celoso como ningún otro monarca de las simpatías de sus súbditos, debió experimentar D. Alfonso una emoción intensísima al ver que su muerta España se levantaba otra vez unida y fuerte bajo su cetro.

El tren real llegó al apeadero de Gracia y mientras se rendían los honores de ordenanza y resonaban atronadores vítores, el conde de Romanones presentó á Lerroux, quien saludó á D. Alfonso diciendo:

«Señor: soy tal vez el político español que con mayor tenacidad y energía combate contra el Régimen, pero hoy vengo aquí para dar á V. M. la bienvenida y mi leal palabra de que el partido radical que acaudillo sabrá rendir acatamiento al Rey demócrata mientras las armas españolas luchan en defensa de la civilización europea.»

Don Alfonso contestó estrechando la mano de Lerroux:

«Gracias, señor Lerroux. En estos momentos no debe haber más que españoles.»

Todos aplaudieron.

Romanones se abalanzó sobre el jefe radical y con lágrimas en los ojos exclamó:

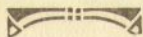
«¡Así se portan los hombres grandes! ¡Venga un abrazo, que ya todos somos unos!»

Y los dos prohombres quedaron abrazados largo rato.

—

El Rey tenía abiertas de par en par las puertas de Barcelona y en ella hizo su entrada triunfal.

Al día siguiente, después de la gran revista militar, D. Alfonso XIII marchó á Francia; y cien mil hombres se encaminaban á la frontera.



Don Alvaro contestó satisfecho la mano de
 «¿Qué es, señor Alvaro, la cosa que me
 debe hacer más que español?»

«Todos aplauden».

«Tomamos de los mejores de la ciencia y
 contamos con los ojos extendidos»
 «¡Qué es, señor Alvaro, la cosa que me
 debe hacer más que español?»

«Todos aplauden»
 «Tomamos de los mejores de la ciencia y
 contamos con los ojos extendidos»
 «¡Qué es, señor Alvaro, la cosa que me
 debe hacer más que español?»

«Todos aplauden»
 «Tomamos de los mejores de la ciencia y
 contamos con los ojos extendidos»
 «¡Qué es, señor Alvaro, la cosa que me
 debe hacer más que español?»

«Todos aplauden»
 «Tomamos de los mejores de la ciencia y
 contamos con los ojos extendidos»
 «¡Qué es, señor Alvaro, la cosa que me
 debe hacer más que español?»

«Todos aplauden»
 «Tomamos de los mejores de la ciencia y
 contamos con los ojos extendidos»
 «¡Qué es, señor Alvaro, la cosa que me
 debe hacer más que español?»

«Todos aplauden»
 «Tomamos de los mejores de la ciencia y
 contamos con los ojos extendidos»
 «¡Qué es, señor Alvaro, la cosa que me
 debe hacer más que español?»

CAPÍTULO IV

Cosas de los franceses.—Lo que va de ayer á hoy.—Conferencia de soberanos.—Weiler, French y Joffre.—¡A la línea de fuego!—Defendiendo al rey de Bélgica.—Los libertadores de Europa.—El primer empréstito.—Banquete en la Bolsa.—Bombardeo y destrucción de Vigo por un crucero alemán.—España indefensa.—La política de Pilatos.—Sin pan y sin hogar.

NADIE como el francés para herir con el desdén, pero nadie como él, sabe agasajar y encomiar cuando se lo propone:

El paso de trenes conduciendo tropas españolas era saludado en Francia con verdadero frenesí.

Las estaciones aparecían engalanadas con trofeos de banderas y escudos españoles y franceses, y los pueblos en masa acudían á los andenes para vitorear á nuestros soldados.

Los niños de las escuelas, dirigidos por sus maestros, entonaban á coro el «¡Gloire on lion spagnole!»

compuesto por el director del parque zoológico de Marsella, terminando siempre con entusiastas aclamaciones.

En Ruffec extremaron el agasajo añadiendo al himno una pantomima: ante un grotesco guerrero que simbolizaba el militarismo alemán, ocho garridas mozas de la localidad, vestidas de toreras, *se bailaban* unas sevillanas con toda la gracia que Dios las dió; y al terminar el baile, sacaban la navaja de la liga y la emprendían á tajos con el guerrero, cuyas entrañas estaban repletas de puros y cajetillas con que obsequiaban á los expedicionarios. Ovación, música... y el tren salía pitando.

La entrada de D. Alfonso en París fué emocionante. Le esperaban en la estación el presidente de la República, que había regresado de Burdeos, nuestro embajador extraordinario Sr. Pérez Caballero, Joffre y French con más de cuarenta generales, y un gentío inmenso y entusiasta. El Rey se hospedó en el palacio del Elíseo.

La Prensa parisién llenaba columnas enteras hablando de nuestro Ejército, de nuestro Rey y de nuestra Nación. *Le Temps, Le Matin, Le Figaro, La Petit Republique...* todos los grandes diarios, nos dedicaban ahora elogios tan exagerados como exagerados habían sido los ataques que nos dirigieron hasta algunos meses antes.

Eramos un pueblo atrasado, inquisitorial, decre-

pito, africano... pero en cuanto nos decidimos á matarnos por la gran República, nos transformó el arte mágica de la adulación francesa en adalides del Progreso, campeones de la Libertad... fuertes, invencibles...

La Guerre sociale, para justificar su cambio de actitud, decía:

«La España de hoy no es la que combatíamos y flagelábamos cinco años atrás. Entonces el país estaba sumido en la más crasa ignorancia y el Rey era prisionero del bando inquisitorial que perseguía á los demócratas y fusilaba á los pedagogos. Pero en menos de un lustro la transformación de ese gran pueblo ha sido completa y asombrosa.

»Hoy es España una de las naciones más cultas de Europa; su Ejército, el más fuerte y bien organizado del Mundo, y su Rey, el más alto príncipe que tuvo la gloriosa España desde antes de Jaime I de Aragón.

»El partido inquisitorial ya no existe: sus casinos y comités se han disuelto, y los individuos que lo formaban han abierto sus ojos á la luz del Progreso ó han fallecido».

¡.....!

El mismo día que D. Alfonso, entraron en París los reyes de Inglaterra y Bélgica.

En la conferencia de soberanos se acordó que España seguiría enviando tropas hasta reunir los 300.000 combatientes que había ofrecido Romanones al final de un banquete. El ejército español se colocaría entre el inglés y el francés cooperando en la forma que, de común acuerdo, determinarían los tres generalísimos.

Inmediatamente se emprendería una vigorosa ofensiva en Flandes para borrar el mal efecto que había producido la rendición de Amberes.

Reuniéronse Weyler, French y Joffre y sostuvieron una discusión larga y entonada.

Pretendía Weyler intervenir en la redacción de los planes estratégicos siempre que afectaran á toda la línea y que se le diera libertad para maniobrar dentro de su zona, sujetándose tan sólo á la armonía del conjunto. A ello se opusieron resueltamente los otros dos conferenciantes. El alto mando correspondía sola y exclusivamente á French y á Joffre y nuestro ejército debía limitarse á formar el ala derecha del británico. ¿No hubieron muchas veces tropas españolas á las órdenes de Wellington durante la guerra de la Independencia? ¿Qué de particular tenía que ahora se pusieran bajo el mando de French que, aun no habiendo elevado su fama en unos «Arapiles», bien pudiera ocurrir que llegara á un Waterloo?...

Y Weyler, por patriotismo, se resignó á subordi-

narse al mando supremo del generalísimo inglés.

A todo el ejército expedicionario contrarió este acuerdo que empequeñecía nuestra personalidad como Estado beligerante, pero la disciplina cerró el paso á la protesta.

Cuatro días después entraban en Flandes las divisiones españolas y cambiaban sus primeras balas con los alemanes.

¡El Ejército español estaba defendiendo el Trono del único soberano que no supo evitar que en su reino se levantara una estatua á Ferrer!

* * *

Regresó el Rey á Madrid donde seguía latente el entusiasmo bélico.

Se organizaba por indicación de Lerroux, la «Legión de los libertadores de Europa» cuyo equipo y manutención se pagarían con el producto de una suscripción nacional que sería administrada en forma parecida á la del Tesoro en la República.

Uno de los primeros voluntarios fué el zapatero de la Cava baja D. Inocencio Pérez del Borregal quien ofreció á la *Legión* su sangre y cuarenta pares de borceguíes. Además dotaría á los *libertadores de Europa* de un «carapacho de avance» que se había sacado del caletre y cuyas pruebas estaba efectuando en una fábrica de sacos del puente de Toledo.

La Prensa hablaba ya de un maravilloso invento... Pronto veremos á D. Inocencio en las cumbres de la popularidad, y conoceremos la eficacia de su famoso artefacto.

* * *

En cuanto D. Alfonso llegó á Palacio, celebróse Consejo de ministros en el cual se autorizó á Navarro Reverter para realizar un empréstito de 500 millones en obligaciones del Tesoro. Con este dinero se liquidarían los gastos ocasionados por la movilización, se haría un importante pedido de material de guerra á los Estados Unidos, en vista de que ni Francia ni Inglaterra podían cumplir sus ofrecimientos, y se emprenderían obras públicas para conjurar los peligros de la crisis obrera que se produjo á consecuencia de «la moratoria.»

El nuevo empréstito rentaría el 6 y se emitiría al 93. De modo que, contando á la española, los suscriptores se ganarían el 13 por 100 en el primer año. ¿Para qué, pues, —debieron pensar los capitalistas— afrontar los riesgos industriales ni dedicarse á la vil usura?

Así fué que, estimulada la avaricia del capital por la largueza del Estado, cubrió los 500 millones á las pocas horas de abrirse la suscripción.

Romanones, al salir del Banco, dijo á los repor-

ters muy alborozado: «Ya lo ven ustedes. El éxito ha sido tan grande como el de aquella otra operación financiera que el mismo Navarro Reverter hizo cuando la guerra de Cuba. En esto de los empréstitos *patrióticos* es D. Juan un hacendista formidable.» Efectivamente: en cuanto los anunciaba con alto interés y á siete enteros bajo la par... ¡éxito seguro!

El Gobierno estaba contentísimo porque ya tenía dinero fresco para salir de trampas y hacer frente á los gastos de la guerra; y el ministro fué obsequiado con un banquete que esta vez se dió en el edificio de la Bolsa.

Los comensales eran banqueros y agentes que, *por trabajar el empréstito*, se habían repartido la pequeña comisión de dos por mil que les concedió el ministro, ó sea un *insignificante* total de doscientos mil duros ganados en pocas horas.

En todos los brindis se proclamó la necesidad de que la Banca siguiera ayudando siempre al gran hacendista «con el mismo patriótico desinterés que lo había hecho en aquella ocasión».

Levantóse D. Juan para dar las gracias, y fué de ovación en ovación avanzando en su discurso; pero, cuando ya estaba en los últimos párrafos, entró en el local D. José Rocamora, y observó el orador que desde aquel momento, gran parte del auditorio cuchicheaba sin prestarle atención.

Contrariado por esto, dijo mirando al ilustre perodista y subiendo de tono para dominar el rumoreo:

—Comprendo que he sido indiscreto al abusar de vuestra benevolencia y voy á terminar.

—¡No, no!—contestaron todos aplaudiendo.

Rocamora, turbado por el reproche, exclamó:

—Perdón, señor Ministro. Soy, aunque involuntariamente, el culpable de esos murmullos por haber comunicado una terrible noticia que acaba de recibirse en mi periódico: Vigo ya no existe. Un crucero alemán la ha destruído á cañonazos, causando miles de víctimas, y la hermosa ciudad está convertida en inmensa hoguera.

Estas palabras produjeron enorme sensación. En poco estuvo que D. Juan no cayera desplomado, pues, además de la catástrofe de Vigo, sentía la de su discurso que quedaba sin terminar. Pero conocedor del percal de su auditorio, hizo un supremo esfuerzo y prosiguió, diciendo:

«No dejemos, señores, abatir nuestro ánimo por la desgracia. El Gobierno acudirá en socorro de las víctimas, y si para que resurja la hermosa Vigo de sus gloriosas cenizas se necesita hacer otro empréstito, ¡lo haré, como siempre, contando con vuestra patriótica y desinteresada ayuda!»

La ovación fué delirante.

El ministro marchó en su automóvil á Gobernación, ansioso de conocer detalles de aquel primer zarpazo que nos daba la guerra.

Por desgracia, cuanto había dicho el director del *Heraldo* era cierto. Los alemanes nos habían hecho pagar caro el secuestro del carbonero Wildeman.

Al apuntar el día (26 de Octubre), el crucero *Kauman*, uno de los más rápidos de la flota imperial alemana, después de burlar á favor de la niebla la vigilancia inglesa del canal de la Mancha, se presentó ante Vigo, y desde gran distancia rompió contra la plaza furioso bombardeo.

El castillo de Castro y las defensas secundarias contestaron bravamente;... ¡pero sus cañones eran de menor alcance y los proyectiles no llegaban al barco enemigo!...

En dos horas cayeron sobre la infortunada ciudad más de mil granadas que arrasaron los fuertes, hundieron las naves ancladas en el puerto y produjeron el incendio de la población. No había hipérbole en la información de Rocamora: ¡Vigo ya no existía! La colina Castro era una pira gigantesca cuyas greñas de humo se enmarañaban con las nubes. ¡La inocente víctima se consumía en el altar del sacrificio! ¡Vigo no era ya más que una inmensa hoguera!

El gobernador civil de Pontevedra, Sr. García Plaza, que marchó inmediatamente al lugar del suceso, comunicaba detalles horripilantes, con minucio-

sidad y viveza que hacían honor á sus antecedentes periodísticos. Las granadas habían incendiado la aduana, la comandancia de Marina, el cuartel de carabineros y otros edificios públicos: el fuerte viento reinante hizo lo demás. Entre los escombros chisporroteaban cientos de cadáveres; en las calles y en las carreteras fallecían exangües los heridos por la metralla, y los supervivientes de aquella horrible hecatombe, vagaban por la campiña con el espanto en los ojos, enloquecidos de pavor...

Las autoridades locales se habían portado valerosamente. El alcalde murió asfixiado entre las ruinas de la casa consistorial, se ignoraba la suerte del comandante de Marina y se había suicidado el gobernador militar de la plaza D. Santiago de Albornoz. El pundonoroso general subió al castillo de Castro en cuanto se inició el bombardeo, y ciego de rabia y desesperación al ver que las granadas enemigas destrozaban impunemente las defensas y le diezmaban sus heroicos soldados, se disparó un tiro en la sien.

La destrucción de Vigo revestía los caracteres de una gran catástrofe nacional.

España entera sufrió el escalofrío del horror, seguido de la natural indignación contra los alemanes... y contra el Gobierno. ¿Cómo no se había dotado la bahía más importante de España, y una de

las mejores de Europa en el Atlántico, de artillería eficaz contra los modernos barcos de guerra? ¿De qué había servido la sangrienta lección de Cavite y de qué los quince años de paz? Y aunque la Prensa estaba amordazada por la previa censura, dejaba entender entre líneas que Santander, Gijón, Coruña, las rías gallegas, Almería, Málaga, Alicante, Valencia, la bahía de Rosas... todas las plazas de nuestro litoral de tres mares—salvo Cartagena, Cádiz y el Ferrol—se hallaban tan débilmente artilladas como la destruída ciudad.

¿Quiénes eran los culpables? Los conservadores decían que los liberales; los liberales decían que los republicanos y socialistas por haberse opuesto siempre á gastar cientos de millones en fortificar las costas... Y esto dió motivo para que *Juan de Aragón* publicara un notable artículo titulado *La política de Pilatos*, que terminaba diciendo: «entonces, ¿quién gobierna aquí?»

Calmó un poco los ánimos la noticia de que una división de la escuadra inglesa del Mediterráneo, salida de Gibraltar, había echado á pique frente á Lisboa al crucero Kauman.

Estábamos vengados. Pero Vigo, la populosa Vigo, solo era ya rescoldo de hoguera, y cuarenta mil de sus moradores quedaban sin pan y sin hogar!

CAPÍTULO V

Ocupación de las rías gallegas por los ingleses.—Cambio de notas.—Como Méndez Núñez.—Recelos de la opinión.—Las «salpicaduras» de Maura.—Ovación á Romanones.—Escándalo en el Congreso. Agresión á Vázquez Mella.—La chistera de Borregal.—Historia del «carapacho de avance».—El zapatero y el Rey.

LA escuadra inglesa que hundió al crucero *Kau-
man* frente á Lisboa, fondeó al siguiente día en la
ría de Vigo: inmediatamente saltaron á tierra sus
tropas de desembarco y, sin autorización ni previo
aviso, plantaron su bandera y comenzaron á levan-
tar obras de fortificación.

Protestaron las autoridades militares; pero el vi-
cealmirante *Stewart*, que mandaba la flota, contestó
que había recibido orden radiográfica de estacionar-
se en la gran bahía y que, hallándose ésta sin de-
fensas adecuadas—como lo estaban pregonando las
humeantes cenizas de la infortunada ciudad—se

veía precisado á tomar aquellas medidas, de inexcusable precaución, para tener sus barcos á cubierto de un posible ataque de los cruceros alemanes.

Recibió la noticia el ministro de la Guerra quien la comunicó sin perder momento al Rey y á Romanones; y, á las pocas horas, reunióse el Consejo en la Presidencia.

Todos los ministros convinieron en que el caso era grave, por haberse efectuado el desembarco sin la autorización de las Cortes. Y, tras lato discutir, acordóse que Pérez Caballero enviara la siguiente comunicación al marqués de Villaurrutia, que seguía siendo nuestro hábil y discretísimo embajador en Londres:

«La división naval británica que tan gloriosamente combatió y echó á pique frente á Lisboa al crucero Kauman, ha fondeado en la ría de Vigo, y sus destacamentos están construyendo fortificaciones en la costa.

»Haga saber V. E. al Gobierno inglés que este hecho, aunque realizado por fuerzas de una Potencia aliada y atenuado por las circunstancias, le crea al Gobierno español un conflicto de orden constitucional por cuanto no han otorgado las Cortes la autorización especial necesaria para admitir tropas extranjeras en el Reino.

»En su consecuencia, pida V. E. al Gobierno imperial que ordene el inmediato reembarco de los des-

tacamentos ingleses, á los cuales substituirán doble número de soldados españoles, con el armamento necesario para defender la entrada de la ría, garantizando de este modo la seguridad de los buques anclados en ella.»

A la mañana siguiente se recibió en Estado un telegrama del embajador que decía:

«Acabo de conferenciar con el Presidente del Consejo de Ministros á quien he dado á conocer la comunicación que por cable recibí anoche de V. E. Asquith me ha manifestado que la división naval del vicealmirante Stewart debe permanecer algún tiempo en las rías gallegas para cortar el paso á los cruceros alemanes que, llevados de su reconocida audacia, pudieran burlar la vigilancia del Canal, — como lo hizo el Kauman — bien con el propósito de reforzar la escuadra de Von Spee, bien con otros designios.

»Opina Asquith que las precauciones tomadas por el vicealmirante inglés, fortificando las costas de Vigo, deben ser vistas en España con agrado, puesto que alejarán el peligro de un segundo bombardeo. Y, por último, me ha manifestado que agradece la proposición de substituir los destacamentos británicos con tropas españolas pero que no puede aceptarla porque ya deben estar montándose los cañones de costa enviados desde Inglaterra, y la substitu-

ción retrasaría la urgente organización de las defensas.»

¡Había que ver el gesto de asombro y de extrañeza que pusieron los consejeros cuando se leyó en sesión el telegrama de Villaurrutia! Ni convencía la justificación del desembarco ni era racional la negativa á la substitución de los destacamentos. No se veía clara la intención inglesa... Los ministros comenzaban á sospechar... Todos interrogaron al presidente con la mirada, y Romanones, después de prolongado y solemne silencio, exclamó rascándose un carrillo:

—¡Me parece que nos la han *dao*!

—¡Y en el corazón, señor Presidente!—añadió el ministro de Marina con emoción patriótica.

—¡Esto es una invasión! ¡Debemos protestar!—gritó el de la Guerra.

Burell entabló diálogo con el ministro de Gracia y Justicia y desde aquel momento hablaban todos y nadie se entendía.

El general Miranda estaba excitadísimo. ¡De buena gana hubiera reunido la débil flota española para, repitiendo la frase de Méndez Núñez, emprenderla á cañonazos con los ingleses! El ministro de la Guerra le hacía coro. En cambio Alba y D. Melquiades recomendaban calma y serenidad porque, ante la perspectiva de una crisis prematura, no les llegaba la camisa al cuerpo.

Por fin se restableció el orden, y Pérez Caballero dijo reposadamente:

—Yo creo, señores, que no hay en este asunto más que un incidente de forma. Inglaterra debió solicitar nuestro permiso antes de efectuar el desembarco y no lo ha hecho: esto es todo. ¿Pero se le podía negar ese permiso? ¿No es un derecho y hasta una obligación acudir en ayuda del aliado cuando éste carece de suficiente poder contra el enemigo común? Y si conviene la permanencia de una escuadra inglesa en nuestras rías ¿es discreto y patriótico el oponerse á que los marinos británicos, para seguridad de sus naves, refuercen las defensas de la costa con elementos propios siendo así que nosotros no los tenemos?

Don Melquiades afirmaba á cada interrogación con la cortedad del novato; Alba escuchaba con embeleso: los nervios se sosegaron. Y Pérez Caballero cerró su discurso diciendo que todo quedaría resuelto explicando á las Cortes lo sucedido, y que, por haber enviado sus barcos en nuestra ayuda, debíamos guardar á Inglaterra eterna gratitud.

¡Eterna debería ser para que durara tanto como duraría el favor!

Mucho se comentó el desembarco de los ingleses en Galicia, y la Prensa en general, como tornavoz

de la opinión, manifestó contrariedad y recelo. *El Correo Español, La Tribuna* y algunos otros periódicos, aparecieron varios días con grandes brechas en sus columnas, producidas por el lápiz del censor.

Pero era de justicia reconocer que la ocupación inglesa estaba tácitamente anunciada desde muchos años antes. El Gobierno británico nos advirtió con motivo de la guerra ruso-japonesa *que la indefensión de las Baleares y de las rías gallegas implicaría un grave peligro para la Gran Bretaña en caso de guerra marítima*. Lo cual equivalía á decir que, si nosotros no artillábamos *eficazmente* esos puntos estratégicos, tal vez Inglaterra *se viera obligada á ocuparlos* ante el temor de que pudieran hacerlo sus enemigos. ¿Quién no recordaba la célebre frase de «las salpicaduras» pronunciada en aquella ocasión por D. Antonio Maura? Pero ¿qué hicimos entonces ni habíamos hecho después?... Usar la frase como tópicos periodísticos; conservar el signo pero sin recordar la idea. ¡No, Inglaterra no cometía traición: si traición había, nuestro descuido y malgobernar eran los traidores!



El 10 de Noviembre se reunieron las Cortes y se repartió á los senadores y diputados el *Libro Lila* referente á la guerra.

La atención política se concentraba en el Congre-

so donde los tradicionalistas proponíanse interpe-
lar al Gobierno por haber tolerado el desembarco.

Los diputados liberales tributaron á su jefe una entusiástica ovación desde que apareció por la calle de Floridablanca hasta que lo sentaron en el banco azul. Todos se apiñaban alrededor del prócer para que se les viera aplaudir; y un *aspirante á ministra-ble*, alto, corpulento, de tostada tez, para singularizarse en el afecto, se irritaba los ojos con el humo del cigarro y abrazaba al Conde diciendo: «¡Bravo, don Alvaro! ¡Esto conmueve! ¡Mire usted, mire usted, cómo lloro!» Y Romanones contestaba sonriendo con su sonrisa mitad sagastina mitad volteriana: «Gracias, Gutiérrez, aunque ya sé que todo esto no se hace por mí sino por la idea.»

La idea de Gutiérrez la conocía el Conde mejor que nadie.

¡Qué hombre aquél! ¡Cómo cautivaba al gran partido liberal! Y es que poseía en grado sumo la principal cualidad del político: *la habilidad*. Tal vez no tuviera gran erudición ni gran elocuencia ni grandes convicciones... ni dotes tribunicias, ni fe de apostol, ni fortaleza de martir; pero *habilidad*... ¡vaya si la tenía como nadie! Y no la habilidad menuda y marrullera del politicastro, no la habilidad casera, de ofrecer á los chicos las golosinas de la despensa para que jueguen juntos y no alboroten, sino la habilidad del estadista, del verdadero hombre de gobier-

no, la que permite entrar en los laberintos de la diplomacia con la seguridad de no perder nunca el norte de la conveniencia de la nación. ¡Bien lo había demostrado metiéndonos en la gran guerra sin tener compromisos que cumplir ni ofensas que vengar!

Quedamos, pues, en que la cualidad característica del Conde, la que le daba superioridad sobre todos los políticos contemporáneos y producía la admiración y el entusiasmo de su partido era... *la habilidad*. ¡Adelante!

La segunda ovación de la tarde fué para saludar á los embajadores de las naciones aliadas. Sir Herdinge y Mr. Geoffray estaban radiantes de satisfacción.

En los escaños y en las tribunas no quedó ni un sólo asiento vacío.

Como la sesión era *extraordinaria*, se había convenido que el Gobierno diera cuenta de la declaración de guerra, de las disposiciones con motivo de ella decretadas y del bombardeo de Vigo, pero nada más. A última hora se impuso el criterio de no decir palabra referente al desembarco inglés. La aprobación de aquellas disposiciones que, necesitando una ley se habían tomado por real decreto, se entendería como ratificación del voto de confianza dado en Septiembre al Ministerio nacional.

Así se hizo, y todo iba saliendo á pedir de boca; pero, al llegar á la votación nominal, se levantó Vázquez Mella y, en medio de la general expectación, dijo que ni él ni sus amigos podían depositar su confianza en aquel Gobierno, por haber consentido un desembarco que tenía los caracteres de una invasión.

Fuertes rumores en toda la Cámara y la enérgica protesta de la mayoría interrumpieron al orador.

—¡Entrar como aliados no es entrar como invasores!—gritó el Conde.

—¡Dejadle hablar!—exclamó Lerroux.

Y Vázquez Mella continuó diciendo con arrebatada elocuencia que no podemos transcribir con exactitud:

—Como amigos y aliados entraron los ingleses en Gibraltar y allí están zarpeando siempre nuestra frontera, y como amigos y aliados llegan á Vigo también... Pero yo pido como español y como diputado, y en nombre de la minoría tradicionalista, que sobre las cenizas de la ciudad inmolada por vuestra imprevisión, no flote más bandera que la de la Patria. Mientras tanto, sospecharemos que está detenido otro girón del suelo nacional.

El escándalo que se produjo fué de los que forman época. Desde los bancos ministeriales y republicanos increpaban al orador y al pelotón jaimista que le aplaudía.

—¡Que retire esas palabras! ¡Traidores! ¡Estáis vendidos al oro alemán!—vociferaban los más exaltados.

El Congreso bramaba como enfurecido mar. La tribuna pública tuvo que ser desalojada por haber tomado parte en la protesta. Lerroux extendía los brazos para encalmar las aguas. Antón del Olmet decía tirándose á fondo desde su escaño:

—¡Eso no es patriotismo! ¡Imprudente!.. ¡Imprudente!...

Y Rodrigo Soriano gritaba mirando á la mayoría y señalando á los jaimistas:

—¡Están locos! ¿A quién se le ocurre indisponerse con los ingleses?

La campanilla presidencial clamaba pidiendo orden, pero no cesaba el escándalo, y los diputados tradicionalistas se retiraron del salón.

Azatti, al verlos marchar, dió un estentóreo «¡Viva la libertad!» Y Pedregal gritó: «¡Viva el Gobierno!» para recordar, tal vez, que aún no le habían dado el que le ofrecieron.

Con un caluroso y prolongado aplauso de la mayoría para el embajador inglés y para el banco azul, terminó la borrasca. Y continuó tranquila y académica aquella sesión que había de ser prelude de graves acontecimientos.

Los expulsados de la tribuna pública, con sus apasionados relatos, encendieron la indignación de los radicales que se hallaban en los alrededores del Congreso; y al salir Vázquez Mella fué recibido con una pita estrepitosa y con los consabidos gritos de «¡Viva la Civilización!» y «¡Muera la Barbarie!»

El gran tribuno marchó á pie por la Carrera de San Jerónimo, siguiéndole un centenar de individuos cuya actitud agresiva era cada vez más acentuada.

Cerca ya de la calle de Cedaceros, y cuando comenzaban á volar las piedras, quiso la casualidad que bajara en dirección contraria un caballero vestido de levita y cubierto con flamante sombrero de copa. Era D. Inocencio Pérez del Borregal que iba á conferenciar con el ministro de la Guerra y que, al ver á un hombre en peligro, corrió á interponerse entre él y los perseguidores gritando como un héroe de melodrama: «¡¡Atrás todos!! ¡¡Yo amparo á este hombre!!»

No había pronunciado la última palabra cuando una terrible pedrada se le llevó la chistera por los aires, yendo á caer en el techo de un «cangrejo», que siguió su marcha, sin que el conductor se apercibiera de la elegante carga.

Borregal, temiendo que un segundo proyectil de aquel calibre se le llevara la cabeza, procuró salvar

su vida sin cuidarse del sombrero, y exclamó: «¡Soy Borregal! ¡¡Soy el inventor del carapacho!»

Algunos manifestantes reconocieron entonces al zapatero de la Cava Baja y gritaron levantando los brazos: «¡¡Quietos!! ¡Es de los nuestros! ¡Es el inventor del carapacho! En la brava gente se operó un cambio radical de sentimientos: «¡Viva el carapacho! ¡Viva el sabio español! ¡Viva Borregal! ¡Viva Borregal! ¡Viva Borregal!...» Y á hombros, como se saca de la plaza á los ídolos de coleta cuando dan una de esas estocadas que conmueven á la nación entera, se lo llevaron hasta la puerta del Congreso.

Vázquez Mella se encontró completamente sólo, ante un guardia municipal que, con las manos en la espalda y estirando el cuello, le miraba y remiraba de pies á cabeza. Nadie volvió á molestarle en su camino.

El *leader* tradicionalista le debía la vida al *carapacho*.

* * *

La manifestación de simpatía de que fué objeto D. Inocencio Pérez del Borregal estaba justificadísima; pues desde que se hicieron en el puente de Toledo las pruebas de su invento, era el personaje más popular de Madrid. La Prensa había publicado su retrato de frente, de perfil, sin su familia, con su

familia, sin carapacho y con carapacho. Pero nunca le habían retratado de levita y chistera por la sencilla razón de que hasta aquella tarde no las había usado. Por eso, al pronto, no le conocieron los manifestantes y le dieron la terrible pedrada que le arrebató el tubo de la cabeza.

La génesis del *carapacho de avance*, que tal renombre dió á su inventor, fué la siguiente:

A fines de Septiembre de aquel año dió principio en Francia la guerra de posiciones. Los alemanes habían erizado con ametralladoras y cañones, abrigados bajo cúpulas acorazadas, sus atrincheramientos desde la Alsacia al Oise, y no había manera de echarlos de allí.

Don Inocencio, á quien tanto preocupaban las cosas de la guerra, pensó: «Pues si á cada soldado se le dotara de una coraza invulnerable al fuego de las ametralladoras y á los *schrapnells* de las granadas, cátese que se podría llegar con poco riesgo á las trincheras enemigas y desalojarlas á puntapiés.»

Cavilando sobre esto, cogió cierto día la cuna de mimbre del más pequeño de sus hijos, se cubrió con ella y salió á gatas por la trastienda, llamando á su mujer.

—¡Mónica! ¡Mónica!

La pobre Mónica, bonachona y santa esposa de nuestro zapatero, al ver á su marido acurrucado bajo la cuna, exclamó sobresaltada:

—¡Pero qué haces, hombre de Dios?

—No te preocupes. ¿Me ves algo?

—¡Qué he de verte, si estás ahí metido como un galápago?

—¿Cómo un galápago? ¡Pues ya está!—¡Y echando á un lado la cuna, se levantó diciendo con emoción:—¡Abrázame, abrázame, Mónica, que ya lo tengo!

—¡Pero de qué me hablas?—interrogó Mónica suplicante y poniendo sus manos sobre los hombros de Borregal.

—¡De un invento, esposa mía, de un gran invento para que la Civilización acogote á la Barbarie! ¡Ya tengo la forma! ¡Yo haré lo demás!—Y se lanzó á la calle sin detenerse á coger el sombrero.

La infeliz mujer exclamó rompiendo á llorar: «¡Dios mío, se me ha vuelto loco!»

Desde su casa marchó D. Inocencio al rastro, donde, por catorce reales, adquirió un tonel de un metro de altura, y lo hizo partir por la mitad en sentido vertical. Tomó una de las dos mitades y vió que, inclinando el cuerpo, le cubría perfectamente la cabeza y el tronco. «Pues si este medio tonel—se dijo—lo monto sobre ruedas y le pongo delante una plancha de acero que resista el choque de las balas de fusil, y una cubierta protectora contra las granadas, ya tengo resuelto el problema.»

Ordenó que le llevaran á su casa el partido tonel y comenzó á pensar en el blindaje.

Sabía D. Inocencio, por haberlo leído en aquellos días, que una lámina de acero de cinco ó seis milímetros es, á cualquier distancia, invulnerable á los disparos del fusil alemán. Ya tenía, pues, el medio de acorazar el testero anterior de su artefacto. Pero ¿y la cubierta protectora? ¿Cuál sería la materia más á propósito para resistir los *schrappnells*?

Consultó el caso á un asistente de artillería que fué á que le echaran unas medias suelas, y después de hacer cálculos mentales, le dijo que con un buen acolchado de lana tendrfa bastante «porque los colchones son cosa que resiste mucho».

Ya no esperó á más D. Inocencio para emprender la construcción de su aparato, al que bautizó con el nombre de *Carapacho de avance*.

El primer modelo no le satisfizo porque resultaba tosco y de excesivo peso. Habfa que modificar la estructura y disminuir superficies y espesores. Todo se hizo: y de prueba en prueba y de perfeccionamiento en perfeccionamiento, llegó D. Inocencio á conseguir que su carapacho fuese una maravilla.

El modelo definitivo era de hoja de acero, y llevaba un acolchado de lana merina. El escudo del testero anterior bajaba hasta cubrir el eje de las ruedas delanteras, porque en dicho eje tenía que apoyarse el soldado para mover el carapacho. Los espacios laterales, desde el borde del *cascarón* hasta el suelo, iban guarnecidos con unos faldellines (más bien sa-

cos ferreros) dispuestos de modo que el soldado pudiera llenarlos de tierra desde el interior cuando la intensidad del fuego enemigo lo exigiera. En el tintero posterior no había faldellín porque se suplía con la mochila. El peso total del artefacto no llegaba á 48 kilogramos, lo cual le hacía de fácil manejo.

Cuando todo estuvo á su gusto, brindó D. Inocencio á los *libertadores de Europa* el honor de auxiliarle en las pruebas de resistencia, que debían verificarse, como las anteriores, en el patio de la fábrica de sacos donde le habían preparado las telas para los acolchados y faldellines.

Las pruebas serían emocionantes. El inventor, metido en su carapacho, haría varias evoluciones y después recibiría una descarga cerrada.

Se aceptó la invitación, pero como los *libertadores* aún no tenían mauser, acudieron ocho radicales armados con fusiles de chispa de los que guardaban desde muchos años *para cuando se armara la gorda*.

En la mañana del primer domingo de Noviembre marcharon todos los invitados al puente de Toledo, en cuyas inmediaciones está la referida fábrica. D. Inocencio se metió en el carapacho y, durante algunos minutos, maniobró con rapidez y ligereza, quedando, por último, frente al piquete de fusileros. Había llegado el momento culminante. El silencio

erra solemne. D. Inocencio gritó con voz que parecía salir de una tumba: «¡Apunten!.. ¡Fuego!» Y sonaron cuatro tiros como cuatro cañonazos. Los otros cuatro habían fallado. ¡Si llegan á estar en las barricadas, se lucen!

Las balas rebotaron en el escudo ó casquete delantero sin perforarlo, y D. Inocencio sacó la cabeza por el faldellín de la izquierda, gritando: «¡Viva la Ciencia! ¡Mueran los bárbaros!»

Todos quedaron sobrecogidos de estupor creyendo que el último grito era un apóstrofe por haberle dado algún balazo; pero al verle salir ileso y loco de alegría, corrieron á abrazarle vitoreándole á él y á su carapacho. Desde la fábrica marcharon todos á una taberna próxima donde bebieron por la Civilización y brindaron por el exterminio de la raza teutona, lo cual era ya cosa de pocos días: los necesarios para construir algunos miles de carapachos.

El satisfactorio resultado de las pruebas fué la mota del día en toda España y dió á D. Inocencio tal popularidad que hasta Antonio Casero se creyó en el deber de descuidar sus ocupaciones concejiles para dedicarle en el *Heraldo* un romance chulesco, comparándole á Franklin, á Dupuy de Lome, á Edison... y al Chico de la blusa.

El día de la manifestación contra Vázquez Mella había estado en Palacio D. Inocencio para explicarle á S. M. el invento; y D. Alfonso, después de es-

cucharle con su proverbial amabilidad, le indicó que debía presentarse al ministro de la Guerra. Esto es lo que le llevaba aquella tarde al Congreso con la cabeza llena de ilusiones y cubierta con aquel sombrero que estaba viajando en el techo de un «cangrejo.»



CAPÍTULO VI

Protesta de los jaimistas.—Partidas en Navarra, Cataluña y el Maestrazgo.—Fusilamiento del cabecilla Mir.—Comentario de “El Progreso”.—Sangrientos combates en Flandes.—Asalto de tahonas.—Guerra á los caseros.—El diputado de los 27.000.—Los dos Condes.—Fracaso del empréstito popular.—Crisis total.

Lógica y fatalmente había de repercutir en toda España el incidente parlamentario que terminó con la retirada de la minoría tradicionalista del Congreso.

Los *requetés* jaimistas anunciaron «aplechs» de protesta que no llegaron á efectuarse porque lo prohibieron las autoridades; y los organismos directores del tradicionalismo publicaron entonces un manifiesto declarando rotas en absoluto sus relaciones políticas con el Gobierno.

Firmaban el documento los presidentes de todas las juntas regionales y provinciales y de todos los

casinos y comités del partido; y su número era tal, que produjo asombro á muchos políticos de Madrid.

Resultaba que tenían los jaimistas cientos y cientos de casinos y comités: muchos más que los socialistas, muchos más que los radicales, muchos más que el nuevo y flamante partido melquiadista. ¡Y en Madrid no se habían enterado! Se vivía en la creencia de que no quedaban ya más tradicionalistas que Cirici Ventalló para regocijar á los *neos* escribiendo chirigotas, y Vázquez Mella para pronunciar discursos altisonantes, puesto de chambergo. Y es que en Madrid ni hay ni puede haber tradicionalistas como ni existe ni puede existir un gran partido republicano federal.

En Madrid un *tradicionalista* es un «*sicario del obscurantismo*», un fósil de la época terciaria, un bicho raro; como un *federal* es un enemigo de la unidad de la patria, un separatista...; casi un traidor.

Tradicionalistas y federales aspiran á que las regiones se desenvuelvan libremente, conforme á su naturaleza y tradición. Todas libres, aunque unidas todas por el amoroso lazo de la Patria.

¡Pero Madrid no quiere! Madrid—y al Madrid político nos referimos, no al buen pueblo madrileño—se escandaliza cuando oye hablar de fueros y autonomías, y evoca en su auxilio á los grandes Reyes que fundieron sus Coronas para formar la de Es-

pañía, ¡como si ellos hubieran sido quienes mataron las libertades españolas!

El Madrid político marca el paso á los ocho mil pueblos de la nación, y nadie puede ir ni más despacio ni más deprisa: todos al igual aunque se fatigue el débil y se entumezca el fuerte y animoso. Desde la Puerta del Sol se ordena hasta la hora á que deben acostarse los cómicos en toda España. ¿Se dice que á las doce y media?, pues á las doce y media, ¡abajo el telón y á la cama todo el mundo!; lo mismo en el pueblo que en la ciudad, lo mismo en Bilbao que en Villacorta de Cádiz. Y el que pretenda salirse de la ley general, quien diga que esas y otras minucias deben ser competencias de los alcaldes y no de los ministros, ese... «¡ese es un mal español, que merece cuatro tiros por atentar contra la unidad de la patria...!»

Perdón, lector. Volvamos al relato.

El manifiesto jaimista exacerbó á los más exaltados, y en Cataluña, en el Maestrazgo y en Navarra se encendieron las teas de la guerra civil.

El marqués de Cerralbo desautorizó el movimiento por considerarlo inoportuno; pero ya había en las montañas doce ó catorce partidas que tenían en jaque á más de veinte batallones.

En todos los pueblos donde entraban los suble-

vados eran bien recibidos, no sólo por los de la misma comunión de ideas sino por la generalidad del vecindario.

Se odiaba al Gobierno, que habiendo arrancado de sus hogares á los reclutas y reservistas para enviarlos á luchar contra los alemanes que ningún daño nos habían hecho, toleraba luego que los ingleses permanecieran como amos y señores en territorio español.

Pero la desautorización del marqués de Cerralbo impidió que la insurrección tomara incremento.

Las partidas de Navarra se disolvieron. Perruca se hizo fuerte en Cantavieja y allí murió con los que no escaparon: y el cabecilla Mir fué cercado en Montserrat, y, después de reñido combate, cayó prisionero con veintitrés hombres de su partida. Conducidos á Barcelona se les juzgó en consejo de guerra sumarísimo; y Mir, con otros cuatro insurrectos, fué condenado á muerte.

Cuando se cumplió la terrible sentencia en los fosos de Montjuich, *El Progreso*, el órgano de los radicales barceloneses, puso á la noticia este comentario:

«Somos enemigos de la pena de muerte, pero reconocemos que una insurrección, cuando el Ejército está luchando por el honor de la bandera, es un delito de lesa patria que debe castigarse con todo el rigor de la ley.»

Un profesor de Lógica, que leía *El Progreso* desde 1909, se volvió loco el mismo día.

* * *

Las noticias de la guerra europea eran poco satisfactorias.

Nuestro valeroso Ejército se había portado heroicamente en los sangrientos combates librados en Flandes entre Ipres y Nieuport.

Los alemanes habían pretendido romper el frente aliado. «Desde el 26 de Octubre hasta el 13 de Noviembre—decía el boletín de información francés—se produjo el asalto alemán en masas profundas, sin tregua alguna ni de día ni de noche, y con extraordinaria violencia... Sólo en la región de Ipres, estos impetuosos ataques causaron á los alemanes pérdidas espantosas, que pueden calcularse, por lo menos, en 120.000 hombres.»

Y como el empuje principal lo habían sufrido los soldados españoles por creerlos el enemigo más débiles, el número de nuestras bajas fué también espantoso.

Todos los días entraban por la frontera francesa trenes llenos de heridos, porque Francia no podía atender ni siquiera á los suyos, que en Noviembre pasaban de 850.000.

El general Weyler pedía con urgencia refuerzos

para reorganizar sus regimientos, que habían quedado tan deshechos como los franceses y los ingleses. Y, al mismo tiempo, los embajadores de Francia y de Inglaterra nos recordaban el compromiso de elevar el ejército expedicionario hasta 300.000 combatientes. Esto, unido á los chispazos de guerra civil y á la falta de dinero por estar casi agotados los 500 millones del empréstito, hizo que Romanones comenzara á pensar si habríamos cometido un gran disparate metiéndonos á redentores de quienes nunca se ocuparon de redimirnos.

* * *

La subida del precio del pan y la prórroga de la moratoria, aumentaron las preocupaciones del Gobierno en los primeros días de Diciembre.

Cuando estalló la guerra, se vendía el pan común á 45 céntimos el kilo mal pesado. El conde de Santa Engracia que había empuñado la vara de alcalde de la villa y corte, obligó á los tahoneros á pesar como Dios manda, y los tahoneros subieron el precio á 50 céntimos. Pero á las pocas semanas se les desnivelaron las balanzas y volvieron á dar libretas como panecillos y panecillos como nueces. Se les llamó al orden, y contestaron como la otra vez: que para dar esos *kilos* de *mil* gramos, que no se usaban ya más que para explicar el sistema métrico,

terdrían que aumentar el precio nuevamente. El llamado pan de lujo se vendería en las confiterías como los bombones y el *marrón glacé*.

Por otra parte los caseros trabajaban para que no se prorrogara la moratoria que les tenía á dieta. Y como Romanones es uno de los mayores propietarios de Madrid, corrió la voz de que la prórroga no se concedería por su culpa. Hasta llegó á decirse que el mal humor que tenía el Conde era motivado por estar ya dos ó tres meses sin cobrar los alquileres de sus casas. ¡Quién sabe!

Estas noticias y rumores soliviantaban los ánimos y originaron un grave tumulto en las calles de Madrid.

Las turbas asaltaron las tahonas, y después de romper cristales y anaqueles, se llevaron el pan que encontraron, para repesarlo en casa con la ayuda de la familia.

Ante la estatua del héroe de Cascorro, una verdulera hizo jurar á los amotinados que no tolerarían el nuevo encarecimiento del pan y que prenderían fuego á sus viviendas antes que pagar á los caseros.

La tumultuosa manifestación encontró en la calle Mayor al alcalde que iba á conferenciar con Romanones. El *auto* de Santa Engracia tuvo que detenerse, y faltó poco para que la muchedumbre lo volcara. Los gritos contra los tahoneros y los caseros eran ensordecedores.

El apacible alcalde estaba lívido y tembloroso. Siempre había sido *el niño mimado* de los madrileños, y ahora le recibían con alarmante hostilidad.

Viendo que la situación empeoraba por momentos, abrió la portezuela del coche y desde el estribo arengó á la multitud diciendo:

«Madrileños: Para pedir que se os haga justicia, contad siempre conmigo, porque, además de ser vuestro alcalde, yo no puedo olvidar que me disteis 27.000 votos para que sea vuestro diputado.

»Disolved ya esta manifestación y marchad á vuestras casas tranquilos y confiados, porque yo os prometo que ni el pan se subirá ni el Gobierno ha de permitir que los caseros empeoren vuestra situación mientras dure la guerra. ¡Viva el pueblo madrileño!»

—¡Viva el alcalde! ¡Viva el diputado de los 27.000!—contestaron los manifestantes entre grandes aplausos.

El automóvil se puso en marcha, rodeado por la gente, que no cesaba de aplaudir y vitorear al diputado de los 27.000; pero bastó que Santa Engracia diera un «¡viva el Gobierno!» para que los entusiasmos se apagaran y se disolviera la manifestación. La popularidad del Ministerio nacional iba ya de capa caída.

Cuando el alcalde entró en la Presidencia, se en-

contró á Romanones, tumbado en un sillón, profundamente apenado.

—¡Lo sé todo, Javier, lo sé todo!—exclamó en cuanto vió aparecer á Santa Engracia—¡Esta guerra va á ser mi muerte, Javier; esta guerra me arruina! ¡Vamos á pasarnos años enteros sin cobrar ni una peseta de alquileres, que es peor que regalar las casas á los inquilinos! ¡Y luego nadie me agradecerá el sacrificio y seguirán diciendo que no merezco una estatua más alta que la de Alfonso XII!

Santa Engracia le reanimó diciendo:

—¡Por Dios, D. Alvaro, no piense usted esas cosas, que le va á entrar la ictericia! La patria premiará sus grandes méritos y sacrificios, y el partido no olvidará nunca lo mucho que á usted le debe. Además, la guerra terminará pronto. ¿No decía usted á los soldados que para la *Misa del Gallo* todos estarían ya en sus casas? Pues ánimo, que poco falta, y en Enero, ¡leña con los inquilinos que no paguen!

Romanones sonrió con amargura y replicó en tono confidencial:

—*Coba fina*, Javier; todo eso de que terminará pronto la guerra es una *tomadura de pelo*; pero ¡qué diantre! no voy á decirles á los muchachos que cuando vuelvan se encontrarán á sus novias casadas y con hijos. ¿Se ríe usted? Pues... al tiempo. Y hablemos de otra cosa. Dígame usted, querido Javier:

¿Para qué toma usted tan á pecho la cuestión del pan? ¿Es... que se ha cansado ya de ser alcalde?

Santa Engracia sintió un vahido como si no se hubiese desayunado: creyó que le pedían la dimisión, y abriendo los ojos desmesuradamente, respondió con timidez:

—Yo, D. Alvaro... me proponía velar por los intereses del vecindario..., corregir abusos...; pero... usted sabe que puede contar siempre con mi dimisión.

—No es eso, criatura—le interrumpió el jefe riendo.—Ya sé que es usted de los incondicionales y que sólo por servirme se resigna á estar en la alcaldía, como se resignaría á entrar en el Ministerio si yo le ofreciese una cartera: eso ya lo sé.

El alcalde suspiró enternecido, y Romanones prosiguió:

Lo que yo quiero es advertirle que el asunto de las tahonas puede costarle la vara; porque si usted sigue apretando en el peso, le echarán de la alcaldía los patronos, y si monta *las reguladoras* á la moderna, disminuirá el trabajo y le echarán los obreros. ¿No dicen los socialistas que ellos son los verdaderos representantes del pueblo? Pues mientras ellos y sus concejales no den la cara, contemporice usted, hombre, contemporice usted... y no haga *el primo!*

Anunciaron la llegada del ministro de la Guerra y terminó la conferencia de los dos condes.

Santa Engracia bajó las escaleras de la Presidencia diciendo para sus adentros: «Tiene razón D. Alvaro. Es una imbecilidad que yo me juegue la vara sabiendo que nadie me lo ha de agradecer. ¡Que pesen como quieran! Y si tan necesaria es para los pobres la reguladora... ¡que la pongan en la Casa del Pueblo! ¿Por qué no?»

Lastahonas siguieron dando libretas como panecillos y panecillos como nueces, y *la reguladora* no se puso en ninguna parte. Pero el alcalde vivió tranquilo, sin indisponerse con nadie, para no perder votos en las elecciones, que es la suprema finalidad política de los liberales... y de los otros.

* * *

En el mismo Consejo de ministros en que se acordó la prórroga de la moratoria, expuso Navarro Reverter la precaria situación del Tesoro.

La recaudación de los impuestos descendía, y los gastos aumentaban atrozmente.

Los quinientos millones del empréstito habían volado. Más de la mitad pasaron á manos de los yanquis á cambio de armas y pertrechos, y los restantes

se invirtieron en las atenciones generales del Estado.

La guerra nos costaba ya muchos, muchísimos millones. ¡Y estábamos en el primer acto de la gran tragedia!

Propuso el ministro una combinación con el Banco para recoger las Obligaciones del Tesoro que vencían en 31 de Diciembre, y un empréstito de carácter popular con el fin de que las clases modestas tuvieran mayores estímulos para la continuación de la guerra.

Se emitirían títulos de *cincuenta* pesetas en número ilimitado. La nueva deuda no devengaría interés pero se amortizaría en treinta años, y el Estado abonaría *cien* pesetas por cada título que se amortizara.

De modo que todos los suscriptores, más ó menos pronto, doblarían su capital.

Por aclamación fué aceptado el proyecto.

Don Melquiades decía muy satisfecho: «Ahora, ahora se verá si tenemos ó no tenemos las simpatías de la opinión».

Pasaron Pascuas, Los bancos abrieron sus taquillas para suscribir el empréstito, y la decepción fué tremenda.

Se calculaba que podrían suscribirse más de doscientos cincuenta millones, y sólo se suscribieron siete y medio.

¿A quién se debía el fracaso? ¿A la desconfianza

del pueblo en el próximo término de la guerra? ¿A la moratoria que impedía á las clases populares disponer de sus economías? ¿A la miseria del país? Sí; á todo esto, y además á la falta de organización del ahorro nacional.

Entonces se tocaron las consecuencias de no haber estimulado la creación de cajas populares y sociedades de crédito, ejerciendo sobre estos organismos una acción más bien tutelar y docente que fiscal y esquilmadora; entonces se recordó que Alemania tiene 30.000 cooperativas con más de 5.000 millones de marcos en imposiciones, mientras que en España apenas se conocen estas organizaciones económicas, y será siempre difícil su desarrollo por las mil gabelas que esterilizan las ventajas del sistema.; entonces se vió que el ahorro nacional tampoco estaba en condiciones para ayudar al Estado en la tremenda guerra. Ya no cabía duda: se había cometido un loco desatino lanzándonos á la gran contienda.

El Gobierno se vió en un tremendo conflicto. Ni podía seguir comprando armamentos ni enviar más tropas á Francia ni dar de comer al ejército expedicionario. El ministro de Hacienda dimitió el cargo y Romanones se creyó en el deber de presentar la dimisión de todo el Ministerio:

La noticia del día fué la crisis total.

el pueblo en el próximo término de la guerra. A la
moneda que impide a las clases populares de dispo-
ner de sus economías. A la inerte del país. A la
voluntad y almas de la clase de organización del

grupo humano.

Conocidos los factores de la economía de la na-
ción.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

La economía de la nación es la suma de las producciones y co-
nsumos de la nación.

CAPÍTULO VII

La confianza de la Corona.—Recelos de D. Melquiades.—Impréstito exterior.—Al nivel de Servia y Montenegro.—Festival benéfico.—Romanones en el baile.—La gitana del Real.—La buenaventura.—¿Quién era?—Revista de los carapacheros.—Lerroux á caballo de un león.—Despedida de Borregal.—¡En marcha!

RATIFICÓ la Corona su confianza al Gobierno, con forme deseaba y tenía previsto el Conde al plantear la crisis total; y cuando volvieron á reunirse los ministros, abrazáronse como los náufragos de un mismo buque al encontrarse otra vez, sanos y salvos, en hospitalaria playa.

Durante las diez y ocho horas de interregno ministerial, se le desrizaron los bucles á Santiago Alba, y Burrell no quiso tomar más que bicarbonato. Don Melquiades se pasó todo ese tiempo metido en un cuarto oscuro, sin otra luz que la de su inteligencia, preparando un terrible discurso para romper

con los liberales, porque sospechaba que la crisis era un pretexto para echarle del Gabinete, por maquinaciones de Gasset que le tenía envidia; pero cuando supo que seguía siendo ministro, abrió las ventanas y dió un viva á la coalición y otro á la irrigación nacional.

Sin perder momento, se comenzaron las gestiones para contratar en el exterior un empréstito que resolviera el problema económico hasta la primavera próxima. Por los datos que aportaron los ministros de la Guerra y de Marina, calculó Navarro Reverter que se necesitaban mil millones de pesetas.

¡Mil millones! La cifra pareció á todos exorbitante; pero ¿qué de extraño tenía que nosotros, para tres ó cuatro meses de campaña, necesitáramos mil millones, si Francia llevaba gastados ya *más de once mil*?

Horrorizaba el derroche de sangre y oro que estaba haciendo la flaca España «para sacar triunfante la Civilización francesa», pero ya no había remedio: era preciso que siguiéramos hasta el final, siendo actores de aquel drama sin fin.

El empréstito español fué cubierto por Francia é Inglaterra, cuyos gobiernos garantizaron la operación... á cambio de que aumentáramos inmediatamente el ejército expedicionario.

Consecuencia: que ingleses y franceses nos prestaban el dinero para que lo gastásemos en su defensa, debiendo tributarles fuertes intereses, devolverles los millones después de la guerra... y quedarles agradecidos una vez más. Esto no parecería lógico pero era matemático.

España resurgía; vaya si resurgía. ¡Como que ya estábamos al nivel de Servia y de Montenegro!

* * *

El mismo día que se suscribió el empréstito exterior, celebróse en el teatro Real un festival carnavalesco á beneficio de los heridos en campaña. Hubo tómbola, canciones alusivas á la guerra, danzas típicas de los países aliados, etc., etc., Pero en realidad el festival se daba para disimular la celebración de un baile de máscaras que, sin el antifaz de la beneficencia, tal vez no hubiera sido autorizado en aquella ocasión.

Cuando la fiesta estaba en su apogeo, circuló el rumor de que el conde de Romanones se hallaba en el teatro. Nadie quiso dar crédito á la noticia, y sin embargo era cierta: el presidente del Consejo de ministros acababa de entrar en uno de los llamados palcos de luto, con el director del *Diario Universal* D. Daniel López [y el senador liberal D. Juan Ramera.

Los tres grandes amigos habían cenado juntos en la Presidencia.

El Conde estaba encantado de vivir; sentíase optimista: los mil millones del empréstito le consolidaban en el Poder. Y como el optimismo es un buen aperitivo, comió el Conde atrocemente, como si estuvieran de caza en el Pardo y tuvieran que pagar á escote.

La noche era noche de Febrero, pero á los comensales debió parecerles de verano, puesto que, al terminar la cena, sintieron necesidad de salir á respirar el aire libre.

—Y ¿adónde vamos?—preguntó Ranero.

—A dar un paseo. Adonde quiera nuestro periodista—respondió el Conde.

—Pues por mí...—dijo D. Daniel—ya saben ustedes que me canso pronto. Con ir desde aquí á la Secretaría de la Presidencia tendríá bastante.

Romanones y Ranero soltaron la carcajada.

—Proponga usted, Ranero—añadió D. Alvaro—que Daniel no acierta.

—¿Vamos en mi coche hasta El Plantío?

—Aceptado.

—En marcha.

Un minuto después corría por la Castellana el *auto* del senador liberal.

De regreso de la breve excursión, pasaron por la puerta del escenario del regío coliseo; y Daniel Ló-

pez, acordándose del festival benéfico, propuso atisbar la sala con el mayor recato para que el público no se apercibiera de su presencia. Así se hizo, y el Conde y sus dos inseparables metieron en un proscenio. Pero como no era cosa fácil guardar el incógnito, pronto se divulgó la noticia de su llegada.

Desde el antepalco estuvieron algunos minutos pasando revista á todo el teatro, que ofrecía deslumbrador aspecto por las combinaciones de luces y banderas, la variedad y riqueza de los trajes y la abundancia de caras bonitas. Dejemos para otro la descripción.

Satisfecha su curiosidad, se disponían á retirarse, cuando en esto, apareció en el palco una linda gitana, irreprochablemente vestida con su goyesca falda de volantes y sus chillones mantoncillos de Manila, bajo los cuales palpitaba el abultado seno. La careta, flexible, primorosa labor de artista, se adaptaba á la faz tan perfectamente que, á no estar en carnavales, por nadie hubiera sido notada: los vistosos peines que adornaban su cabeza, las arracadas y el collar de perlas y esmeraldas, todo, en fin, revelaba que no era una máscara vulgar.

La gitanilla, puesta en jarras y con sonrisa que dejó ver sus blancos dientes, más hermosos que las perlas de su garganta, dirigióse á Romanones diciendo:

—¿Quieres que te la diga, resalao?

—El Conde y sus dos amigos hicieron un gesto de contrariedad; pero el donaire y distinción de la mascarita les hizo pronto desfruncir el entrecejo.

—Anda, gracioso—continuó diciendo la gitana—, déjame que te diga la buenaventura, que leo en tus ojos que estás un poquito divariable por las cosas que llevas en tu pensamiento; y te voy á dá la raíz del queré pa que no se te resista más una Manuela que te quita el sueño, ni te siga atormentando con sus desdenes una doña Antonia que entoavía no te ha dao ni su buena amistá. Anda, gabilán goloso, déjame que te la diga.

—¡Sí, que la diga, que la diga!—exclamó Daniel López picado por la curiosidad.

Ranero buscaba los lentes que se le cayeron al dar un «¡Olé!»

El Conde percatóse de la situación: pensó que el ser presidente del Consejo no da derecho á ser descortés, y para salir pronto del paso, dijo galante:

—Pues comienza cuando quieras, gitana preciosa, que de tí me dejo decir yo lo que no le toleraría ni á Weyler.

Avanzó la gitanilla y tomando la mano de don Alvaro, en la cual hizo que éste pusiera una moneda de cinco pesetas, comenzó diciendo:

—En estas rayas leo tu presente y tu porvenir. Tienes en tu mano los rieles de Quero, la fur de

Chichay y la esparda de San Bernardo; lo cual me dice que te enfurecerás como un carretero al verte abandonao de tus amigos, cuando ni pinches ni cortes en el presupuesto nacional.

Vives engañao, creyendo que engañas á los demás. Te ufanas de ser un gran conquistaor y eres siempre el conquistao, porque te esclavizan tus conquististas.

Metiste en tu casa, por miedo á su pico, á una asturiana presumía y sin amor, y ahora temes que la *Hidrópica* te *emplume* por celos ó te arroje á la caira el vitriolo de la venganza; pretendes á una García que te pone en grave aprieto porque ni con cartas ni regalos la acabas de convencé, y bebes los vientos por agradá á una doña Antonia, sin conseguirlo nunca, como nunca conseguiste el coto de El Pardo que pretendías en tiempos de la regencia. Hasta la maja del Paralelo te ha tomao por chucho de circo, haciéndote dá cabriolas á su antojo pa recoger ella los aplausos y echarte luego á patás del rondel.

Te has vuelto caviloso y divariable desde que diste en la fló de ambicioná la inmortalidá; pero vive tranquilo y confíao, que ganá la tienes. Tu historia será escrita por Carlos Arniches, y el editor se hará de oro: los médicos la recetarán á los hipocóndríacos.

Tu estatua coronará el pico más alto del Guada-

rrama, y Lerroux fundirá tu busto guadalajareño para troquelar medallas conmemorativas de esta gloriosa guerra en que los dos habéis metido á la nación.

Ya estás complacido, ojitos de arremeteor; y al que te quiera mal, ¡que se le muera la suegra de repente!

Y riendo á carcajadas salió del palco la mascarita dejando á los tres personajes el agridulce de su broma.

—¡Vámonos, vámonos pronto!—dijo el Conde sin detenerse á comentarios.

—¿Pero le dió usted el duro?—preguntó Ranero asombrado de la esplendidez de Romanones.

—No se preocupe usted. Era un sevillano.

Ranero y D. Daniel se echaron á reír, y siguieron á su jefe que salió corriendo á la calle, temeroso de encontrarse otra vez con la gitana.

—

Nadie ha podido averiguar quién era la mascarita. ¿Sería una aristócrata? ¿Sería una artista de teatro?

El Mentidero dijo, por haberle oído lamentarse de que le hubieran dado un duro sevillano la noche del baile, que la gitana del Real era el diputado D. José Luis Torres.

Con los primeros millones del empréstito se armaron y equiparon las nuevas divisiones que habían de completar el ejército expedicionario. De Madrid salió la *Legión de los libertadores de Europa* perfectamente pertrechada.

El uniforme era sencillo y económico: un traje rojo, de punto de media y el insustituible pimientó morrón.

A los *libertadores* se les daba generalmente el nombre de *carapacheros* por ser las únicas tropas que usarían el invento de Borregal.

¿Por qué esto? Pues porque los técnicos dictaminaron que aquel armatoste no podía ser de utilidad práctica en la guerra; pero temiendo el mal efecto que produciría en la opinión este dictamen, se acordó autorizar á la *Legión de los libertadores* para que hiciera el ensayo del carapacho en la línea de fuego.

El aparato de D. Inocencio se había completado con un pequeño trabuco lanza-bombas que inventó un agente ejecutivo de Granada.

El día de la marcha desfilaron los *carapacheros* por el Prado y calle de Alcalá entre las aclamaciones de una inmensa multitud.

Lerroux, vistiendo el uniforme de coronel honorario de la legión, la arengó y revistó montado gallardamente en uno de los leones de la Cibeles. Y, claro es, no pudo ir á la estación con los expediciona-

rios. Si hubiera tenido un caballo... ¡Ah, si hubiera tenido un caballo! Pero como no lo tenía..., desde la Cibeles se volvió á casa.

Es de advertir que la legión no la formaban solamente radicales y republicanos de otros matices: se habían alistado también gentes inquietas, desocupadas, vagabundas, que iban á la guerra por tener el honor de acompañar á D. Inocencio Pérez del Borregal.

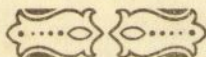
Además, Lerroux estaba amargado por la ingratitud, pues nadie se acordaba ya de que había sido el iniciador y patrocinador de la legión. Borregal, solo Borregal era el ídolo de las multitudes: para Borregal los aplausos, para Borregal la popularidad, para Borregal todo. Los legionarios tenían sus jefes y oficiales designados por ellos mismos, pero el verdadero y único jefe de la legión era Borregal, Lerroux, al haber ido en la expedición, hubiera tenido que subordinarse al zapatero de la Cava Baja, «y esto, ¡vive Dios!... ¡antes la muerte!» debió pensar D. Alejandro que, como César, preferiría ser el primero en su pueblo que el segundo en Roma.

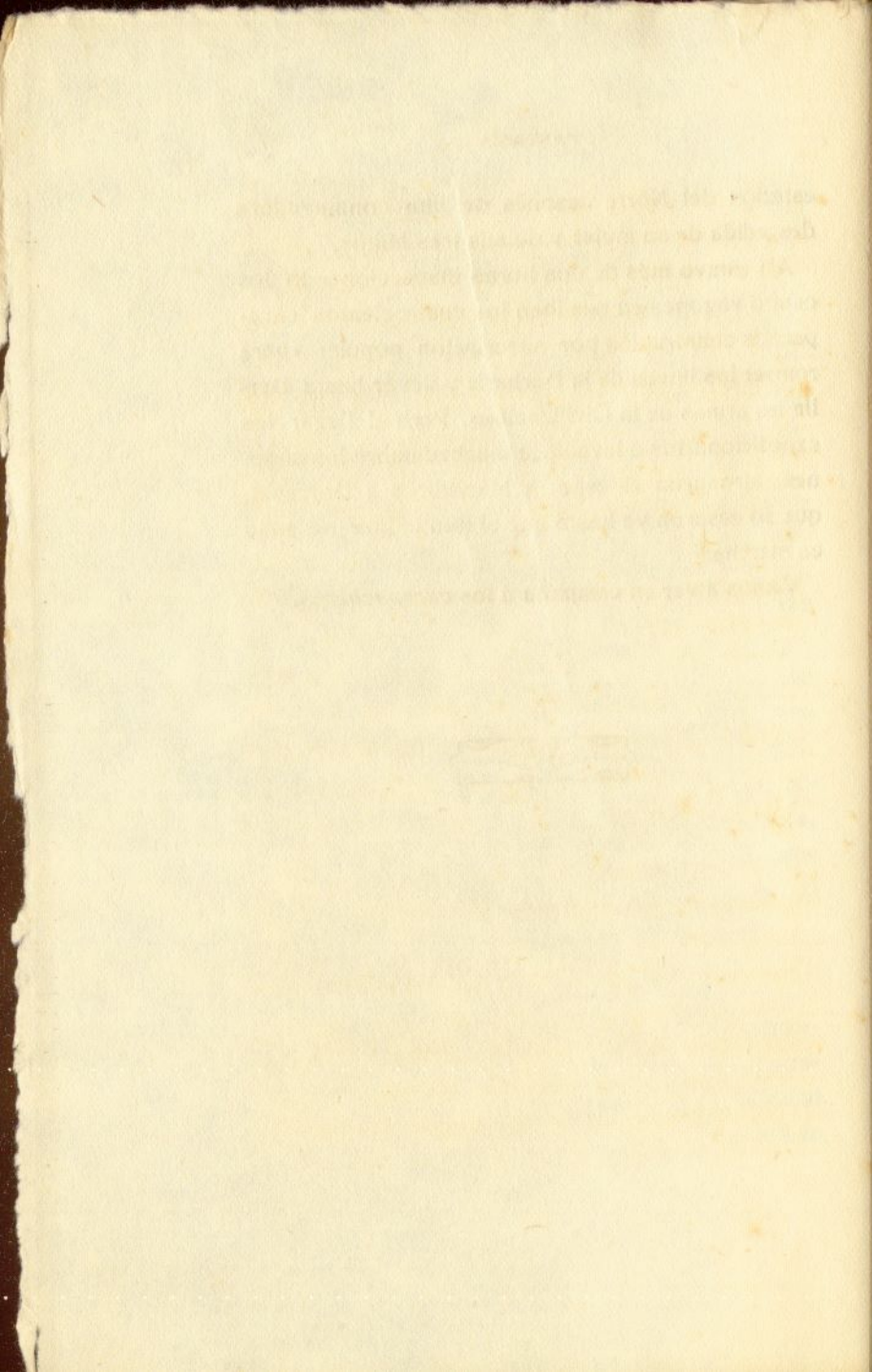
Don Inocencio, con la modestia del sabio, renunció á las manifestaciones de admiración que seguramente le hubiera tributado el pueblo de Madrid al desfilar con los *carapacheros*, y marchó sólo á la

estación del Norte después de una conmovedora despedida de su mujer y de sus tres hijitos.

Allí estuvo más de dos horas inspeccionando los cuatro vagones en que iban los cuatrocientos carapachos contruídos por suscripción popular «para romper las líneas de la Barbarie y llevar hasta Berlín las armas de la Civilización». Pero al llegar los expedicionarios é invadir la muchedumbre los andenes, atronaron el espacio los vítores á Borregal, que no cesaron ya hasta que el tren militar se puso en marcha.

Vamos á ver en campaña á los *carapacheros*.





CAPÍTULO VIII

Los «libertadores» en Francia.—Lo que dijo la Prensa.—Weyler indignado.—Diálogo con Borregal.—Camino de Faramelles.—Las defensas españolas.—D. Inocencio en las trincheras.—Duelo de artillería.—¡Viva España!—La orden de ataque.—Arengando á la Legión.—El paso del canal.—El fin del mundo.—¡Al asalto!—Fracaso del trabuco lanza-bombas.—Explosión de una mina.—Borregal herido.—Glorioso desastre de los «libertadores de Europa».—Alfalfa y laurel.

ESTABA Marzo en sus comienzos cuando los *libertadores de Europa* entraron en Francia dando vivas á la República.

Algunos periódicos de París—por donde los voluntarios españoles pasaron sin detenerse—dedicaronles sueltos encomiásticos, y saludaron á Borregal como á uno de nuestros más ilustres intelectuales. Del *carapacho* solo dijeron que era una ingeniosa máquina de guerra, inventada por un francés que

había fallecido de aburrimiento en la estación de Casetas. Esta falsedad exasperó á D. Inocencio, que se hizo el propósito de exigir una rectificación, al regresar victorioso á la capital francesa.

Los refuerzos españoles iban directamente á Bethune, donde Weyler tenía establecido su cuartel general.

Cuando llegaron los *libertadores* y D. Valeriano les vió apearse del tren con aquel uniforme carnavalesco, exclamó enfurecido:

«¡Están locos allá en Madrid! ¡Esto son cosas de Romanones, que se ha propuesto ponerme en ridículo en todas partes para que yo no sea nunca presidente del Consejo de ministros!

Y no quiso ni revistar la expedición.

A los pocos momentos, y estando en su despacho leyendo un telegrama del generalísimo inglés, anunciáronle á D. Inocencio Pérez del Borregal.

—Será ese del invento. Que pase.

—A la orden de V. E., mi general—dijo D. Inocencio desde la puerta, saludando militarmente.

Weyler clavó su mirada en aquel Mefistófeles y le hizo aproximarse diciendo:

—Pase usted. Ya sé que es usted el autor de ese aparato que en España ha despertado gran interés.

—Del *caparacho de avance*, mi general.

—Sí; tengo noticias de él, y van Vdes. á marchar á la línea de fuego inmediatamente.

—Cuando ordene V. E.,—dijo Borregal con presunción,—mis cuatrocientos *carapachos* romperán las filas enemigas.

Weyler estuvo á punto de arrojarle el tintero á la cabeza. ¡Lo que en cuatro meses y con cien mil hombres no había logrado el vencedor de Bocairente, pretendía hacerlo en un periquete aquel fatuo con cuatrocientos *carapacheros*.

Al observar D. Inocencio el enojo de su interlocutor, añadió con solemnidad.

—No me extraña, mi general, que se desconfíe de mis palabras; pero lo que ofrezco á V. E., lo garantizo con mi vida.

—¿Tal confianza tiene usted en su invento?

—Absoluta, mi general.

—¿Cree usted que se podrá con su aparato cortar alambradas, saltar fosos y cruzar canales bajo el fuego enemigo?

—Sí, mi general; todo está previsto. El *carapacho* solo pesa 48 kilogramos y se desmonta rápidamente; invertido, sirve de nave en corrientes débiles, porque desplaza 300 decímetros cúbicos de agua; la ametralladora y el fusil no vulneran su escudo, y el acolchado de la cubierta protege al soldado contra los *shrapnells* de las granadas. Para causarnos bajas, será preciso que los proyectiles de cañón hagan blanco directo en los *carapachos* y los destrocen uno á uno.

Don Valeriano volvió á mirarle con fijeza. El aplomo de Borregal teníale perplejo. Aquel hombre tal vez fuera un iluso, pero era un hombre de fe. Y terminó la conferencia diciendo:

—Pues lo dicho. Prepárense ustedes para ir mañana á la línea de fuego.

Borregal salió á la calle henchido de satisfacción y corrió en busca de sus *carapacheros* que habían sido incómodamente alojados en una sucia y abandonada fábrica de tintas.

La orden de marcha fué recibida con entusiasmo porque en aquel alojamiento se les presentaba muy negro el porvenir.

Al toque de diana del siguiente día, salieron los legionarios con dirección á los atrincheramientos.

Nuestro inventor no había dormido, pensando en que se aproximaba la hora de conquistar la inmortalidad. Se levantó antes que su gente y telegrafió á su mujer diciendo:

«Marcho al fuego para aplastar á la Barbarie.— Escribiré desde Berlín.— Inocencio».

La mañana era fría y nublosa; pero los voluntarios caminaban alegres y animosos porque deseaban entrar en batalla.

Los carapachos iban detrás de la columna en camiones automóviles para que los *libertadores* no se fatigaran tirando de ellos por la carretera.

Pronto comenzaron á ver las fortificaciones de retaguardia, en las cuales trabajaban afanosamente nuestros soldados; y más allá, sonaban los estampidos de un lento y acompasado cañoneo que á Borregal parecióle salva jubilosa por la llegada de sus invencibles carapacheros.

Desde lo alto de una pequeña cuesta, distinguieron los reductos y el cordón de blocaos de la segunda línea, la cual cruzaron para seguir, por el camino cubierto de la izquierda, hasta las proximidades del pintoresco pueblo de Farmelles.

Un ayudante les salió al encuentro para indicarles el punto que debían ocupar; y los legionarios, tomando cada cual su *carapacho*, se internaron en un laberinto de zanjás y fosos por donde llegaron á una profunda plazoleta que más parecía dispuesta para estanque de peces que para acampar guerreros.

Borregal dejó á los legionarios descansando de la caminata, y por una estrecha galería, pasó á la línea de tiradores, con ansias de saturarse de bélico ambiente.

Allí estaban nuestros centinelas, como cazadores al acecho, preparados para disparar en cuanto asomara un alemán. Los demás soldados manejaban el pico y la pala, ensanchando los fosos y practi-

cando nuevas excavaciones. La moderna guerra no daba espacio para coplas y guitarreo: cuando los hombres no luchaban como tigres, hociocaban la tierra como topos.

Las trincheras, angostas y húmedas, tenían su rústica techumbre que las resguardaba de los *schrap-nells*. El aire y la luz entraban escasos por los agujeros que servían de aspilleras.

Miró D. Inocencio al campo y vió, después de la maraña de nuestras alambradas, una extensa planicie cubierta de verdor, lo cual le satisfizo porque sus legionarios podrían maniobrar allí perfectamente.

La primera línea de trincheras alemanas distaba de la nuestra unos cuatrocientos metros, y en ella estarían los teutones muy ajenos de sospechar siquiera que les avizoraba su mayor y más terrible enemigo,

Un brazo de canal surcaba la llanura dividiendo en dos fajas, sensiblemente iguales, la zona de combate donde las alfalfas crecían con exuberancia.

El cañoneo lento de la mañana era ya furioso duelo de artillería. Don Inocencio brincaba entusiasmado cada vez que una granada española reventaba allá á lo lejos, en un reducto alemán.

Desde su observatorio, descubrió nuestro héroe que los imperiales emplazaba.. una batería en el fondo de un barranco, escudados, además, por los grupos de álamos que alzábanse en las márgenes.

En cuanto Borregal percibió el primer disparo, saltó de la trinchera y corrió á informar á nuestros artilleros.

Doce schneiders concentraron sus fuegos sobre el punto indicado por Borregal; los álamos cayeron tronchados por las granadas, y diez minutos después enmudecía por completo la batería enemiga.

Don Inocencio se apuntó como suya aquella parcial victoria, llegando á pensar si Farmelles sería para un Pérez del Borregal lo que Tolón fué para un Bonaparte.

El duelo de artillería continuaba tenaz. Los cañones vomitaban hierro y fuego incesantemente. Las baterías de campaña cambiaban de emplazamiento con rapidez vertiginosa para sustraerse á los mortíferos efectos de la puntería de los contrarios; y tiraban de las cureñas hombres y bestias con igual ardor, con igual indiferencia ante la muerte que revoloteaba por todas partes.

Diestros y bravos eran los dos bandos combatientes; pero los españoles tenían á su favor la superioridad artillera, porque el general Weyler hizo llevar á las inmediaciones de Farmelles 24 baterías para preparar un avance que iniciarían los *carapacheros*.

Tras largo bregar, nuestros fuegos apagaron los del enemigo en un frente de tres kilómetros. Serían ya las cinco de la tarde cuando un proyectil, disparado por elevación, desmontaba el último cañón ale-

mán, y terminaba aquel terrible duelo con un «viva España!» que la Victoria recogió de batería en batería para llevarlo á la Patria de los vencedores como el más elocuente y conmovedor mensaje.

Pero no estaba todo hecho. Era preciso batir las trincheras que habían de ser asaltadas. Y los *schneiders* abrieron el fuego otra vez, lanzando sobre ellas un huracán de acero que obligó á los alemanes á guarecerse en sus refugios subterráneos.

Don Inocencio, á quien devoraba la impaciencia por entrar en combate, presenció desde un reducto el estrago que hacían las granadas, hasta que recibió del general Weyler esta lacónica orden:

«Ataque usted cuando lo crea oportuno».

El alto Mando le dejaba en completa libertad de acción: íntegro sería para Borregal todo el laurel que recogiera en el campo de batalla.

Voló nuestro caudillo al lugar donde esperaban los *libertadores*, y con la mayor emoción de su vida, les enardeció con esta arenga que tenía preparada para aquel momento:

«¡Héroes del carapacho: Ha sonado la hora de asombrar al mundo con vuestras hazañas. En aquellas trincheras nos espera la Gloria: corramos á abrazarla; y que tiemble la Barbarie ante los galápa-

gos de la Civilización! ¡Sus y á ellos, amigos míos!
¡Vivan los libertadores de Europa!»

—¡Vivan! ¡¡Viva Borregal!! ¡¡Mueran los verdugos de la Libertad!!—contestaron todos, electrizados por la elocuencia del ilustre zapatero. Y pidiendo sangre teutona, salieron al campo exterior donde formaron rápidamente dos compactos guerrillones para marchar al asalto, apoyados por nuestra artillería que seguía destruyendo las desiertas trincheras de los imperiales.

Don Inocencio se puso al frente de aquella singular mesnada; y para que todos le oyeran bien, daba las órdenes con una bocina de hojalata, que salía por la parte delantera del aparato, resultando que el carapacho del héroe, más que una coraza guerrera, parecía una caja de fonógrafo.

—¡Adelante, amigos, que ya estamos camino de Berlín!—gritaba Borregal. Y los colosales tortugones avanzaban, aunque penosamente, por la húmeda planicie, cuyas frescas pratenses acariciaban el rostro á los encorvados y sudorosos carapacheros.

A los cinco minutos de marcha, llegaban los guerrillones á la margen del canal que dividía la pradera. Para cruzar la corriente, se invirtieron los caparazones y la posición de las ruedas; y á la voz de mando, que al salir por la bocina parecía el conjuro

de un mago gigantón, los cuatrocientos carapachos cayeron al agua transformados en esquifes de pigmeos. Borregal estaba admirado de sí mismo.

Embarcaron los legionarios en sus minúscuas naves que habían de ser impulsadas por sus propias ruedas; pero era tan difícil guardar el equilibrio, que al menor vaivén, naufragaba un *argonauta*, y había naufragar á los inmediatos. En un momento se fué á pique más de media flota, enrojeciéndose las transparentes aguas porque los uniformes eran pécisimos y desteñían; pero gracias al escaso fondo del canal y á que los teutones seguían sin hostilizar, lo que pudo haber tenido aspecto de catástrofe solo pareció un cocimiento de cangrejos.

Salvado el obstáculo y vueltos los barquichuebs á su primitivo ser, reorganizáronse los guerrilleros para continuar el avance. Y tan cerca estaban yade las trincheras enemigas, que nuestra artillería tuvo que suspender el bombardeo porque sus disparos podían dañar más que favorecer á los asaltantes.

Los artilleros dispararon entonces contra una escuadrilla de aeroplanos, monstruosas libélulas que en el nuboso horizonte iban apareciendo como la imagen fotográfica en la cubeta del revelador.

¡Cazar libélulas á cañonazos; tortugones acometiendo con fiereza; día sin sol;... todo, hasta la bocina de Borregal, daba al campo aspecto apocalíptico! El fin del mundo se aproximaba indudablemente.

Al verse libre de nuestras granadas, la infantería imperial volvió á ocupar sus destruídas trincheras, y rompió sobre los voluntarios horroroso fuego de fusil y de ametralladora; seis obuses llevados de la segunda línea dispararon también. Pero los *schrapnelles* y las balas rebotaban en los escudos ó se incrustaban en las cubiertas protectoras sin llegar á perforarlas.

El primer guerrillón hizo alto; las bocas de los trabucos inventados por el agente granadino, asomaron por los carapachos é hicieron una descarga cerrada que estremeció la tierra. Más ¡oh fatalidad! ninguna de las pequeñas bombas dió en el blanco y, en cambio, quedaron fuera de combate una docena de hombres que recibieron tremendo culatazo por haberse roto los muelles dispuestos para evitar el retroceso.

Estaba de Dios que los agentes ejecutivos habían de ser funestos y perjudiciales siempre; ¡hasta cuando se proponían favorecer!

—¡Adelante, amigos míos, que no hay poder que nos detenga! ¡Fuera de esas trincheras los barba-
rotes! ¡Paso franco á mis heroicos *carapacheros*!
¡Adelante, adelante...!—Así gritaba Borregal haciendo, como todos, sobrehumanos esfuerzos para mover su armatoste que se atascaba hasta los ejes en la húmeda pradera.

La Victoria seguía á nuestro lado. Un esfuerzo

más y llegarían á las alambradas. ¡Arriba los valientes!

Pero, de pronto, sonó un ruido tremendo, espantoso, como si el planeta hubiera hecho explosión; y cien tortugones fueron lanzados al espacio, envueltos en una nube de tierra y fuego, para caer después retorcidos y descuartizados sobre el campo de batalla. Era que los teutones habían volado una mina cuando los legionarios estuvieron sobre ella.

Repuesto del aturdimiento que le produjo la lecatombe, intentó Borregal, con el refuerzo de su reserva, seguir avanzando para tomar venganza: pero los obuses y los aviones alemanes le cerraron el paso, no ya con metralla, sino con un diluvio de granadas rompedoras que aumentaron el estruendo y la confusión.

Las bombas relampaban y detonaban sobre los carapachos con tal furor, que los aturridos tortugones parecían cucarachas perseguidas á martillazos en una fragua de titanes. Borregal quiso reanudar á sus diezmados guerrillones:

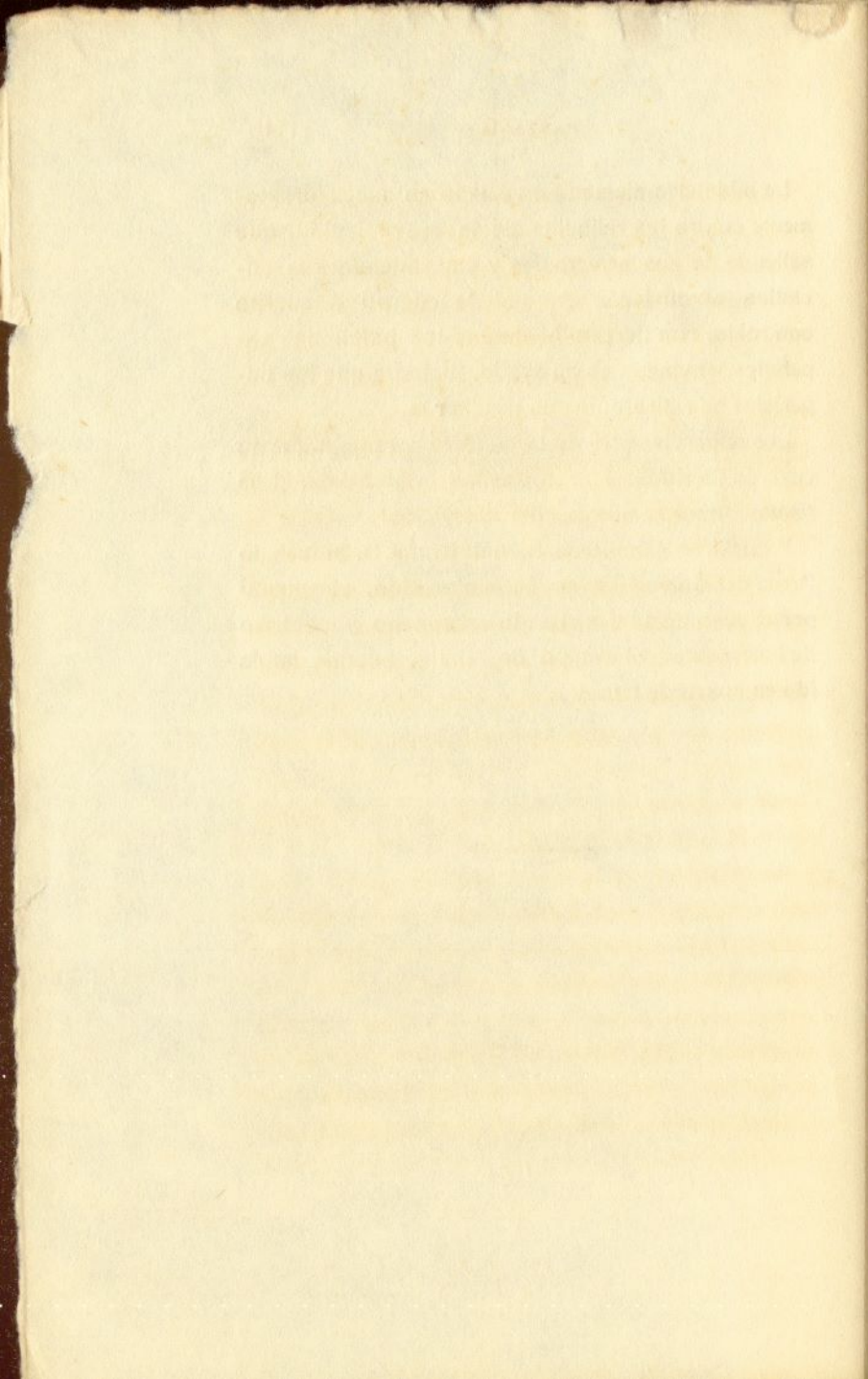
—¡Legionarios: invencibles legionarios!—gritó.— Pero no pudo continuar: un proyectil le arrebaó la bocina en aquel momento; otro, reventó á poca distancia acribillando la coraza del inventor, Borregal estaba herido; su sangre generosa manaba por las desgarraduras de su cuerpo, y se sintió desfallecer...

La infantería alemana arremetió entonces furiosamente contra las reliquias de la brava legión, que saliendo de sus armatostes y esgrimiendo sus cuchillos, sostuvieron el combate cuerpo á cuerpo con rabia, con fiereza, hasta que los batallones españoles, enviados en su ayuda, hicieron que los imperiales se retiraran á sus trincheras.

Los supervivientes de la heroica mesnada que no cayeron heridos, fueron hechos prisioneros. ¡Los *libertadores* tendrían que ser libertados!

Y nuestros camilleros encontraron á D. Inocencio Pérez del Borregal exangüe, sin sentido, abrumado por el peso de su destrozado carapacho y cubierto de barro en aquel campo de alfalfa, adonde había ido en busca de laurel.





CAPÍTULO IX

Borregal en París.—Diálogo con Blasco Ibáñez.—La nacionalidad del carapacho.—La amargura de Borregal.—El Ídolo de Valencia.—Lo que hizo por su pueblo.—El ideal de Blasco Ibáñez.—Borregal orgulloso.—Carta de Mónica.—¡Se habían quedado solos!—Lo que se decía en Madrid.—¡Al tren!—La empresa de los Dardanelos.—A sacar las castañas del fuego. España y Andorra.—La declaración de guerra á Turquía.—Borregal en España.

EN el despacho de la casa editorial que en París había montado Blasco Ibáñez —á raíz de la intervención española— para la publicación de folletos é historias de la guerra, entraba, una tarde de Abril, don Inocencio Pérez del Borregal, con el brazo izquierdo en cabestrillo, triste y macilento. La carta de presentación era de un naranjero de Catarroja que se hospedaba en el mismo hotelucho que el fracasado inventor.

Blasco Ibáñez, haciendo un alto en su trabajo, le recibió afectuosamente, y D. Inocencio expuso el objeto de su visita. Deseaba una recomendación eficaz para *La Petite Republique*. Este periódico fué el que dió la falsa noticia de que el «carapacho de avance» había sido inventado por un francés; y era preciso que rectificara: las cosas no podían quedar así.

—No es por mí, D. Vicente—decía Borregal.—Crea usted que la rectificación no la pretendo por mí, sino por nuestra Patria. El «carapacho», bueno ó malo, (eso ya se verá cuando yo lo ensaye otra vez), le pertenece á España porque lo ha inventado un español, y no hay derecho para que nadie le cambie la nacionalidad.

Blasco Ibáñez pensó que la rectificación, después del desastre, resultaría altamente ridícula. Y con su donoso ingenio convenció á Borregal de que los franceses tenían la costumbre de atribuirse la paternidad ó, cuando menos, la prioridad de todos los grandes inventos, *para hacer rabiar de envidia á los alemanes*. Tan persuasiva era la elocuencia del escritor valenciano, que D. Inocencio quedó plenamente convencido de que debía desistir de su propósito.

—¿Y cómo va usted de sus heridas?—preguntó Blasco para cambiar de tema.

—Ya están cicatrizadas casi todas—respondió Borregal, añadiendo después con un suspiro:—

¡Catorce me curaron en el hospital de sangre de Bethune donde me han tenido un mes entero! Y suerte que no he perdido este brazo que me lo fracturó un casco de granada. Pero lo que ahora me duele no son las heridas sino la soledad en que me han dejado nuestros compatriotas. Hace cuarenta días era yo el hombre más popular de Madrid: me adulaban altos y bajos; las visitas no me dejaban libre ni el tiempo indispensable para descansar, y hasta se preparaba un tren botijo con dos locomotoras para venir á coronarme en Berlín, cuando yo entrara allá con mi carapacho. Pero después de mi desgracia, nadie me escribe, nadie me alienta..., ¡Solo mi mujer y mis hijitos se acuerdan de mí!

Blasco Ibáñez, acentuando la sonrisa que sostuvo mientras hablaba D. Inocencio, dijo para reanimarle:

—¿Y se extraña usted de eso? Pues consuélase viendo lo que á mí me ocurre. Yo he sido el ídolo del pueblo valenciano, pero, entienda usted bien, *el ídolo*, tal como suena. Me besaban las manos, me levantaron un templo y me pusieron en los altares. ¡Y si me descuido me arrastran!

Don Inocencio se echó á reir por primera vez después de su derrota.

—No crea usted que son hipérboles—prosiguió Blasco;— le digo sencillamente la verdad. Los obreros de mi partido se disputaban el honor de ir

los domingos á levantar los muros de mi palaciete de La Malvarrosa, como las beatas de algunos pueblos ayudan á construir ermitas llevando la cal y el yeso en *los capacitos de la fe*; en las calles de Valencia se han hecho fiestas á *Vicente Blasco Ibáñez*, poniendo mi retrato en un altar, y llevándolo después en procesión con músicas, cohetes y bengalas; ni más ni menos que hubieran hecho con San Valero ó con cualquier otro santo ¿Quiere usted más? Pues, de algunos viajes de propaganda política, he regresado á Valencia con la chaqueta untosa de tanto como la habían manoseado para besuquearla.

Y pensará usted—continuó diciendo Blasco Ibáñez, poniendo ya en sus palabras el calor tribunicio que le hizo formidable en los mítines,—pensará usted que toda aquella idolatría se acabó porque el ídolo no hacía milagros? Pues no señor. Yo hice cuanto pude por mi pueblo. Claro que no le dí, como usted á los madrileños, un carapacho de avance; eso no porque mi talento no es para tanto; pero enseñé á leer á miles de obreros valencianos y estimulé sus predisposiciones artísticas, consiguiendo que hoy sean los más cultos de España; mis concejales hicieron *la revolución de Valencia* que yo prometí, para transformar el poblazo moruno en ciudad moderna, y en mis novelas he perpetuado la vida valenciana, describiendo sus costumbres, su huerta, su sol y su mar. ¿Es esto para derribar al ídolo? Pues me derri-

baron, amigo Borregal, me derribaron. Y tuve que salir de mi tierra para no odiarla.

Don Inocencio, que había escuchado con gran interés al exjefe republicano, dijo para continuar la conversación:

—Sí, pero los valencianos han vuelto á poner el santo en el altar... y pronto le veremos otra vez en las Cortes.

—¿Para qué? ¿Para perder el tiempo en discursos, polémicas y desafíos? ¡Hombre, no me haga usted tan imbécil!

—Pero si la Patria le necesitara...—objetó Borregal con timidez.

—La Patria no me necesita para nada. Aquello es una nación ingobernable y sin redención posible. Ya lo verá usted cuando termine la guerra. Todos se regenerarán; todas las naciones trocarán las armas por el arado y el martillo; pero en España seguirán pensando en toros y en loterías. Además, estando allí Lerroux y Romanones, ya no hace falta nadie. Ellos dos pueden con todo.

Don Inocencio sonrió con amargura y dijo levantándose para terminar su visita:

—Tal vez tenga usted razón.

—Claro que la tengo. Por eso prefiero vivir aquí, como un proscrito. Lo único que deseo es que la *Historia de la guerra europea* siga leyéndose en todas partes y que marchen viento en popa todos mis

negocios para reunir un capital que me permita disfrutar las comodidades de la vida y dejarles, cuando muera, un pedazo pan á mis hijos. Lo demás... lo demás crea usted que me importa un bledo.

Se despidió Borregal de Blasco Ibáñez y salió á la calle pensando en lo que había dicho el novelista valenciano. ¿Aquel hombre era un mártir ó un escéptico?

No pudo resolver su duda. Y se encaminó á su hotelucho, contento y convencido de que la falsa paternidad de su carapacho habría hecho pasar muy malos ratos á los envidiosos alemanes; y orgulloso de haber dialogado con aquel *ex-sultán de La Malvarrosa* que—de gloria ó de oprobio, según el color del cristal del cronista, —llenará más páginas que muchos reyes en la Historia de Valencia.

Cuando llegó D. Inocencio á su hospedaje, le entregaron la siguiente

CARTA DE MÓNICA

Inocencio de mi alma:

Desde que recibimos la noticia de tu regreso, los chicos y yo estamos más alegres que unas castañuelas, aunque en el cajón no entra ni una perra gorda. Saberse que os habían estropeado los carapachos y no asomar ya nadie las narices por la zapatería, todo fué uno. Cualquiera día voy á decir que vengan y que nos fumiguen; á ver si es que estamos apestaos ú qué.

Te contaré un caso pa que veas cómo se han vuelto estas gentes.

¿Te acuerdas de D. Filiberto, aquel señor ensortijado y embetunado que estaba con la *Bella Esparraguito* y que llevaba al cuello, como un reliquiario, una colección de pelos de las coletas de los fenómenos? ¿Te acuerdas que siempre salía á tu lado cuando te retrataban pa los papeles y que sacaba á nuestros chicos de paseo? Pues ayer pasó en el auto y por poco no me despanzurra al Manolete.

La pobre criatura oyó la bocina y se puso en mi-

tad del arroyo, creyendo que D. Filiberto venía á casa; pero cuando el chico tuvo el coche encima, gritó el tío de los pelos: «¡Fuera, golfo!» Y siguió arreando.

Manolete brincó á la acera; pero tropezó con la rueda y fué á dar contra un guardia que, en vez de denunciar al que atropellaba, le dió un capón al chico.

¡Si llego á estar yo, me como al guardia, y el capón se lo lleva D. Filiberto!

Aquí las cosas se están poniendo muy feas. Fal-tan jornales; los pobres no saben qué comer, por-que todo está por las nubes; y como nadie tiene una peseta, el negocio del calzado sigue por los suelos.

Y voy á darte una noticia que ha roñado esta tar-de por la plaza de los Carros.

Se sabe de buena tinta que vamos á metemos también con los turcos, porque los ingleses y france-ses no se atreven solos con ellos; y que, á cambio, nos darán no sé qué cosas, que maldita la falta que nos hacen. Está ya todo convenido, pero el Go-bierno se calla porque tiene miedo á que se arme la gorda si á las madres les da por decir que ya no en-vían más hijos á que se los maten sin saber por qué.

La verdad es que veas tú qué mal nos han hecho los turcos. ¡Por cabeza de turco nos están tomando á nosotros en esta guerra!

Pero, en fin, venga lo que venga, lo importante es

que nos coja reunidos. Trabajaremos aquí ó en la China y viviremos tranquilos y felices comiendo el pan y la cebolla que Dios nos dé.

Adiós, Inocencio mío. Las horas nos parecerán siglos hasta que te veamos. El alma de tu mujer y de tus hijos va en esta carta. Y aquí quedamos todos con los brazos abiertos, con ansias de estrecharte sobre nuestro corazón.

Tu esposa que te quiere,

MÓNICA.

Madrid, 8 de Abril de 1915

Borregal sintió un estremecimiento de ternura cuando leyó la carta de su mujer; fluyeron las lágrimas por sus mejillas... y se acordó de Blasco Ibáñez. Pero, de pronto, se le ocurrió una gran idea. Si era cierto que España le declaraba la guerra á Turquía, allí iría él con una nueva legión para ensayar por segunda vez su carapacho. Ya que no pudo llegar á Berlín, tendríala la satisfacción de abrir las puertas de Constantinopla. ¡Sí, sí; la cuenta, la maleta y al tren! Ya vería París en otra ocasión.

* * *

Todo cuanto decía Mónica en su carta era cierto.

Los ingleses y los franceses, nuestros buenos y cariñosos aliados, brindaron á España el honor de coadyuvar al aniquilamiento del turco infiel, á los dos meses de estar intentándolo ellos sin haber conseguido más que descalabros.

El ataque á los Dardanelos habíase iniciado en el mes de Febrero, con la seguridad de celebrar la Pascua al arrullo del Bósforo; pero el 20 de Marzo, la flota anglo-francesa sufrió una derrota que le hizo perder tres acorazados, teniendo que retirarse otros once buques con averías importantes.

Se destituyó al almirante británico y se suspendieron las operaciones. Y de buena gana hubieran desistido de la temeraria empresa si con ello no

quedara malparado el prestigio inglés, supuesto que de Inglaterra fué la iniciativa de aquella campaña.

Era preciso volver al ataque y preparar un fuerte ejército para desembarcar en Gallípoli. El que se tenía dispuesto no era suficiente.

Sacar más tropas de Francia hubiera sido una temeridad, porque las fracasadas ofensivas francesas en la Champagne, en la Argona y en Verdún habían quebrantado al Ejército de la República, y porque, además, temíase una embestida alemana por la parte Norte de la línea de los aliados.

Inglaterra pensó entonces en España; y vino sonriente y ceremoniosa á brindarnos el consabido honor de sacar las castañas del fuego.

Poco se nos pedía. Con un cuerpo de ejército de 40.000 hombres, habría lo suficiente. «¿Qué menos podía hacer la nación católica por excelencia para acogotar definitivamente al perro musulmán?»

Romanones se negó rotundamente á meternos en otra aventura. «No podemos, señores, no podemos hacer más—decía el Conde á los embajadores de Inglaterra y Francia.—Tenemos trescientos mil soldados en el frente, ochenta mil en Africa, setenta mil en la Península y cien mil en los hospitales y en los cementerios. Hemos levantado en pocos meses un ejército de seiscientos mil hombres. Y podría traer

muy graves consecuencias el hacer nuevos llamamientos.»

Tenía razón el Conde. Y en prueba de que así lo entendían las dos grandes aliadas, rebajaron su pretensión á veinticinco mil... á diez y siete mil hombres, que podrían sacarse de Africa y enviárseles directamente á los Dardanelos. ¡Sí, el caso era el efecto moral, sólo el efecto moral; y no privar á España de la gloria de aquella empresa!

Con esta disminución del contingente expedicionario, ya no habría precisión de pedir reservistas, y todo saldría como pura seda.

Sin embargo, el Conde no dió su brazo á torcer hasta que le ofrecieron compensaciones. ¿Cuáles? Pues nos darían los Santos Lugares... cuando se conquistaran. Pero Romanones se acordó de que era anticlerical, y prefirió la República de Andorra.

No hubo inconveniente en ello. Francia renunciaría sus derechos. Y la República de Andorra, toda entera, quedaría confederada con la Monarquía española.

¡Ahora sí que lograría el Conde la inmortalidad! ¡Se la había ganado!

* * *

La declaración de guerra á Turquía produjo gran alarma en toda la nación; pero el Gobierno tranqui-

lizó á las gentes prometiendo que no se enviarían á los Dardanelos más que unos cuantos soldados indígenas del ejército de Africa; lo cual—según decía Romanones,—era un sacrificio insignificante, comparado con la importancia de las concesiones que se nos hacían en la república pirináica.

Se declaraba la guerra el 15 de Abril.

Don Inocencio Pérez del Borregal volvía á estar en España.



from the present perspective that no one can
be said to have been a true revolutionary
in the sense of the African revolutionaries
who were in the forefront of the struggle
for independence. It is true that the
revolutionaries were in the forefront of the
struggle for independence, but they were
not the only ones who were in the forefront
of the struggle for independence.

So the revolution is not a thing of the past.
It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.
It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.

It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.
It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.

It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.
It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.

It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.
It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.

It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.
It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.

It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.
It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.

It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.
It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.

It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.
It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.

It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.
It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.

It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.
It is a thing of the future. It is a thing
of the future. It is a thing of the future.

CAPÍTULO X

Los sucesos de la guerra.—Los españoles en Gallípoli.—Pidiendo refuerzos.—Las Ordenanzas militares.—La intervención de Italia.—Manifestación de simpatía.—El banquete en los Viveros.—La situación económica.—¡Necesitamos á los bárbaros!—La extrañeza de la opinión.—El estudio y la inventiva.—Palabras de un latino.—El contertulio de D. Inocencio.—“¡Nos han engañado, señores, nos han engañado!,,

DE mal en peor iban para los aliados las cosas de la guerra.

Los teutones avanzaban victoriosos por todas partes, y los turcos seguían defendiendo los Dardanelos con heroísmo espartano.

El día 28 de Abril consiguió el ejército franco-anglo-español poner el pie en Gallípoli, pero parte de la fuerza tuvo que reembarcar perseguida por un horroroso cañoneo. El 2 de Mayo fracasó por completo otro desembarco en el golfo de Sarros.

Las tropas españolas, enviadas de Africa al mando del general Fernández Silvestre, lucharon con tal bizarría, que más de la mitad quedaron fuera de combate. El jefe de la expedición pedía refuerzos con urgencia. Pero ¿de dónde?

Las kábilas de Alhucemas, en las cuales tenían muchos amigos los hermanos Mannesman, se habían levantado en armas contra España. Un submarino alemán llevó á los insurgentes cuatro cañones de montaña y gran cantidad de fusiles y municiones. No era, pues, prudente debilitar más nuestro ejército colonial.

De la Península tampoco se podían sacar los refuerzos, porque el Gobierno temía, con fundamento, que estallara la protesta contra la guerra.

¡Qué lástima que Andorra no pudiera darnos la mano para sacarnos del atolladero!

A Romanones se le ocurrió una idea: para luchar contra los turcos, ¿por qué no llamar á las armas á los caballeros de las *Ordenes militares*, supuesto que dichas *Ordenes*, creadas en la Edad Media, seguían existiendo aunque ni en Alcántara ni en Montesa ni en Calatrava se veía un moro desde muchos siglos? Pero se desistió de intentarlo, porque, además de no poderseles obligar, se cayó en la cuenta de que los caballeros eran... *caballeros*; y lo que hacía falta para el desembarco eran hombres de á pie, y á ser posible, con cualidades de anfibios.

En fin, el ministro de la Guerra y el de Marina se las compondrían, como Dios les diera á entender, para enviar poco á poco los refuerzos que pedía el general Silvestre.

¡Y nuestros queridos aliados nos habían pintado la empresa de los Dardanelos como la cosa más sencilla; algo así como coser y cantar!

Pero... la de siempre: ¡adelante, que ya no se podía retroceder!

* * *

La intervención de Italia levantó los desmayados ánimos.

Durante una generación entera estuvieron los italianos unidos por estrecha alianza á los imperios centrales; pero ahora, cuando éstos se hallaban rodeados de enemigos, creyó Italia llegada la oportunidad de exigir á los austriacos los territorios «irredentos.»

Aunque accedió Austria á casi todas las peticiones, las negociaciones diplomáticas fracasaron; y el día 23 de Mayo, Víctor Manuel III le declaró la guerra á su antigua amiga y aliada.

Maquiavelo se ruborizó en su sepulcro.

En Madrid se organizó una manifestación que recorrió las calles vitoreando á Italia, y se pusieron de moda los macarrones.

La Junta para el fomento de las relaciones hispano-italianas celebró el acontecimiento con un banquete en los Viveros, pero la fiesta resultó un desastre.

El himno que había compuesto para aquel acto el maestro Vives, disgustó á los comensales; pues tenía tal solemnidad y grandeza, que parecía una marcha wagneriana.

Lerroux brindó por la confederación latina, «por la gran patria latina», pero los lusitanos que asistían al banquete, creyeron que se trataba de privar á Portugal de su independencia, y protestaron. Ni más ni menos que habían hecho, algunos años antes, los diputados republicanos portugueses cuando el mismo D. Alejandro habló en el Congreso para expresarles sus simpatías.

Don Jacinto Benavente se levantó en ayuda de Lerroux, explicando el concepto de la confederación. Comenzó muy bien el gran D. Jacinto; pero se le ocurrió, en mal hora, citar modelos de confederaciones, y el final del discurso le salió en alemán.

Y cuando Fernando López Monis empezó su brindis, en el idioma del Dante, para decir que Italia era la cuna del Arte y de la Civilización, la gente se marchó, llevándose muchos el postre en los bolsillos.

Al duque de Bivona, que había sido el iniciador de la fiesta, tuvieron que aplicarle ventosas porque se ahogaba del disgusto.

El banquete fué una desdicha; pero... ¿no lo era también para la Historia de Italia el hecho que se celebraba?

* * *

La intervención de la Monarquía italiana en la guerra no podía evitar que la situación económica de España fuese cada día más grave.

Ya no quedaba en Junio ni una peseta de los mil millones del empréstito exterior; la recaudación del Tesoro seguía descendiendo, como descendía en las demás naciones beligerantes; el tráfico marítimo se hallaba paralizado casi por completo, por temor á los submarinos alemanes que en pocos días habían echado á pique seis buques españoles; los albañiles, los carpinteros, los pintores, todos los obreros del ramo de construcción pedían pan y trabajo, porque los ricos no querían invertir su dinero en edificaciones hasta que terminara la guerra. Y en Cataluña se anunciaba el cierre forzoso de muchas fábricas de géneros de punto... *¡por la falta de agujas alemanas!* Así lo había manifestado al presidente del Consejo de ministros una comisión de industriales, presidida por D. Ramón Monegal.

Al mismo tiempo llegaban al Gobierno alarmantes comunicaciones de las entidades farmacéuticas, *acusando* la carencia de medicamentos ó productos

patentados de fabricación alemana. Se trataba no ya de específicos ó formas farmacéuticas, sino de productos químicos que solo podía surtir Alemania.

La importancia de esa falta era tan amplia en algunas provincias, que el Colegio Farmacéutico de Cádiz daba una lista en la que figuraban la adalina, anestésina, airol, antipirina, aristoquina, aristol, aspirina, bromalina, bromural, corifina, creosotal, clorhidrato de fenocola, creolina, dermatol, diuretina, euquinina, fenacetina, guayacina, helmitol, heroína, licetol, luminal, lisoformo, lactofenina, lisol, maretina, mesotán, orfol, ortoformo, perhidrol de magnesina, piperacina, protargol, peronina, piramidol... y otros muchos más productos químicos que la farmacopea moderna necesitaba.

«¿Cómo puede ser eso?» se preguntaba la gente con extrañeza infantil. ¿No habíamos quedado en que nos hemos metido en la guerra para defender la Civilización? ¿Cómo, pues, no nos dan los países civilizados esos productos científicos que los *bárbaros* nos enviaban antes? ¡A ver si resultaba que, al destruir *la barbarie alemana*, hacíamos nosotros una gran *barbaridad*!

Don Inocencio, que había vuelto á su tertulia del café de San Isidro, decía cuando se hablaba de estas cosas:

«Sí, es verdad que los teutones están muy adelantados en eso de las ciencias, pero no es porque tengan talento natural, sino porque son unos machacones y han aprendido á fuerza de estudiar. ¿Pero de inventiva? ¡Cero, hombre, cero! Los de la inventiva somos nosotros, los latinos, y sobre todo, los franceses. Y en la inventiva, solo en la inventiva, está el verdadero Progreso, que es el padre de la Civilización.»

Y se quedaba muy satisfecho porque no había nadie que le replicara.

Pero cierto día en que los contertulios de D. Inocencio discuffan sobre la fabricación y empleo de los gases asfixiantes, y cuando en el curso de la discusión volvió á repetir su tópico de la inventiva francesa el bueno de Borregal, dijo uno de los presentes:

—Tome usted, D. Inocencio; lea usted este artículo de *A B C*, y después discutiremos si usted quiere.

En el gran diario madrileño se insertaba una crónica en la que Salaverría censuraba á quienes, como D. Inocencio, creían que el genio repentista de los latinos podía crear en un momento, por gracia de los dioses, todo cuanto los alemanes hacían con esfuerzo y vasta lentitud.

El referido artículo terminaba diciendo:

«Pero dejemos hablar á un latino de abolengo. El nos dirá, con noble amargura, todo cuanto pudiera-

mos sospechar nosotros. Es el propio Hervé quien habla.

»En vez de reprochar á los germanos el empleo de las humaredas sofocantes, fuera mejor que nos reprocháramos á nosotros mismos el habernos dejado una vez más sobrepasar en esta guerra por el *genio inventivo y organizador* de nuestros adversarios. Con las humaredas asfixiantes ocurre lo de siempre: son ellos quienes dan prueba de iniciativa, en tanto que nosotros los aliados, seguimos hundidos en la rutina.

»Son ellos los que tuvieron la idea de usar los aviones para reglar el tiro á larga distancia; nosotros no hubiéramos inventado eso por nuestra cuenta.

»Ha sido necesario que viésemos sus trincheras para decidarnos á construir otras trincheras semejantes.

»Las autoametralladoras, los autocañones, los lanzabombas, los torpedos aéreos; todo lo hemos imitado.

»Fué menester que los alemanes nos mostraran el empleo *inteligente* de las humaredas asfixiantes para que, por nuestra parte, aprovechásemos la lección.

»Verdaderamente, haríamos bien en hablar un poco menos de nuestras cualidades de iniciativa ó de improvisación y de nuestra facultad creadora, y

demostrar un poco más la evidencia de esas virtudes, en la paz como en la guerra...»

Cuando acabó de leer D. Inocencio, dijo el contertulio que le había dado el periódico:

—Ya lo ven ustedes. Sabíamos que los alemanes tienen grandes filósofos, grandes artistas, grandes maestros...; hemos ido enterándonos de que son grandes químicos, grandes industriales, grandes comerciantes...; los periódicos franceses han dicho ya que, *lo mismo en la labor civil que en la gran obra de la guerra, hay que admirar el exacto funcionamiento de la máquina alemana*; los ministros ingleses dicen á los obreros de la Gran Bretaña que deben tomar á los alemanes como modelo de patriotismo, y ahora Hervé se lamenta de que Francia se haya dejado sobrepasar en esta guerra *por el genio inventivo y organizador* del adversario.

¿Dónde están, pues—continuó diciendo el orador—aquellos bárbaros, aquellos semi-salvajes de que nos hablaron para arrastrarnos á la guerra? ¿Por qué motivo y por qué interés seguimos derrochando nuestra sangre? ¡Nos han engañado, señores, nos han engañado villanamente!

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —
 — ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

— ¿Por qué no te vas a vivir a la guerra? —

CAPÍTULO XI

Los tópicos.—El desgaste alemán.—La espantosa realidad.—Reunión de Cortes.—Lo que costaba la guerra.—¡Un millón de duros!—Primer año de campaña.—Estadísticas horribles.—¡86 barcos, 120.000 hombres y 2.000 millones!—Gaset disidente.—Un artículo hidráulico.—Habla el terruño.

Y lo mismo que dijo el contertulio del café de San Isidro se repetía ya en toda España.

Los tópicos de la retórica belicosa iban cayendo en ridículo uno á uno. Ya no se hablaba de *la barbarie teutona* ni del *rulo ruso* ni de *la rendición de Alemania por hambre*; solo quedaba en pie la muletilla de *el desgaste alemán*.

En un *Boletín de Información*, que en España y en la América del Sur repartían los franceses, demostrábase *matemáticamente* que Alemania estaba agotando sus reservas militares, con tal rapidez,

que pronto se vería imposibilitada de cubrir las bajas de sus ejércitos.

«Por ahí, por ahí viene la solución—decían los leurroxistas y los amigos de Romanones.—*El desgaste alemán es inevitable. Ya verán ustedes qué pronto queda Europa limpia de teutones.*»

Pero los *desgastados* alemanes mostraban cada vez mayor pujanza y seguían obteniendo victorias sobre el coloso ruso.

Estábamos á mediados de Junio cuando se reprodujo en los periódicos españoles un artículo del coronel Rousset, que decía:

«En las informaciones sobre la batalla de Galitzia, que prosigue con redoblada obstinación, destaca un hecho significativo: «Los alemanes—dícese—han cubierto sus bajas y se han visto reforzados con nuevas unidades, *observadas por vez primera en el teatro oriental de operaciones.*»

»¿De dónde proceden esos contingentes? ¿Qué tropas los constituyen?

»Si se han restado al conjunto de fuerzas que invaden Francia, ha debido de notarse el hecho. Y si se trata de unidades de formación reciente, ello prueba que, no obstante todas las cábalas hechas por nosotros, no se han agotado en Alemania las reservas en hombres.»

Y se acabaron los tópicos.

La opinión pública española sufrió el último desencanto y comenzó entonces á ver claramente la espantosa realidad.

* * *

El insaciable monstruo de la guerra pedía más dinero, y el Gobierno tuvo que reunir las Cortes en los últimos días de Junio para que autorizaran la emisión de Bonos de la defensa nacional.

En el Congreso y en el Senado se levantaron grandes murmullos cuando el Presidente del Consejo declaró que la guerra nos costaba *cinco millones de pesetas diariamente*, sin incluir el importe de los armamentos que se adquirían en los Estados Unidos, y sin contar la merma en la recaudación de impuestos ni los perjuicios que se irrogaban al comercio y á la industria.

«No os alarméis—decía Romanones.—Comparad cifras, y veréis que gastan mucho más las otras potencias beligerantes. Francia y Alemania consumen, cada una, 66 millones por día; 60 millones los rusos; 40 los austriacos; 20 los italianos, y los ingleses... los ingleses, señores, necesitan para sostener sus fábricas, sus escuadras y sus ejércitos 75 millones de pesetas cada veinticuatro horas. ¡*Quince veces tanto como nosotros!*»

Y en esto decía verdad el Conde. Gastábamos

mucho menos que cualquiera de las grandes potencias, pero gastábamos todos los días *¡un millón de duros!* ¿No hubiera sido preferible no gastar nada?

* * *

Entre ríos de sangre y de lágrimas llegó el primer aniversario de la gran guerra; y la Prensa de todo el mundo publicó números extraordinarios repletos de estadísticas horribles.

Por cientos—casi por miles—se contaban los buques hundidos; se habían sacrificado millones de vidas, y las cifras que expresaban la suma de los empréstitos eran tan enormes, que parecían escritas por astrónomos para indicar las distancias ó el volumen de los astros.

Y allí, en aquellos estupendos balances, figuraba la noble y cándida España como una de las víctimas de la quiebra de Europa.

Nuestra marina de guerra había perdido en los Dardanelos sus dos mejores barcos y algunos cruceros de escaso valor. *Lo cual no era mucho*, si se comparaba con los 17 buques de las escuadras anglo-francesas, que en los mismos Dardanelos fueron hundidos ó gravemente averiados.

Nuestra marina mercante había perdido seis tra-

atlánticos, veinte buques de los destinados al tráfico marítimo con Inglaterra y Francia, y otros sesenta barcos de menor porte, hundidos por los cruceros y submarinos alemanes. *Lo cual no era mucho*, teniendo en cuenta que, según las estadísticas, las demás naciones aliadas perdieron en el primer año:

Inglaterra.....	561 buques
Francia, Rusia, Bélgica é Italia..	1.682

¡Los muertos y heridos! Este resumen era el que buscaban los lectores con mayor ansiedad; pero los datos aparecían incompletos porque sólo Inglaterra y Alemania tenían la entereza de darle al pueblo la medida del estrago.

Las bajas españolas en los *diez meses* que llevábamos de campaña se calculaban en 120.000 hombres. *Y tampoco era mucho*; pues los ingleses tuvieron desde el 2 de Agosto hasta el 1.º de Junio (*diez meses*) las siguientes bajas declaradas por Mr. Asquith en la Cámara de los Comunes el día 9 de Junio:

Muertos:

Oficiales.....	3.327
Soldados.....	47.015
Total de muertos.....	50 342

Heridos:

Oficiales.....	6.498
Soldados.....	147.482
Total de heridos.....	153.980

Desaparecidos:

Oficiales.....	1.130
Soldados.....	52.618
Total de desaparecidos.....	53.748

Dando estas cifras una suma total de 258.060 bajas, para un ejército mucho menos importante que los de las grandes potencias del continente. Prudencia tuvo, pues, el calculista al cifrar en menos de la mitad las bajas del Ejército español.

Los gastos de todas clases, ocasionados á España por la guerra, se elevaban á 2.000 millones de pesetas. Pero ¿qué eran 2.000 millones para aquella guerra que había devorado en el primer año *¿ciento veintidós mil millones de francos?* No, no era mucho.

Solamente en los preliminares de su intervención gastó Italia 1.500 millones, y Francia había consumido, en doce meses, más de *veinte mil millones de francos!*

Resumen de la jornada: Que teníamos en el fondo

del mar dos acorazados, varios cruceros y *ochenta y seis barcos mercantes*; que habían sucumbido ó derramado su sangre *ciento veinte mil soldados españoles*, y que la guerra nos costaba ya *¡dos mil millones de pesetas!*

Es decir, que habíamos consumido en diez meses, más barcos, más vidas y más oro que en los cinco años de la última guerra civil! ¡Más barcos más sangre y más oro que en la desastrosa lucha con los Estados Unidos!

Y esto para destruir una «Barbarie» cuyos productos químicos necesitábamos para nuestros enfermos, y sin cuyos aceros hubieran tenido que enmudecer millares de máquinas que en España seguían cantando la canción del trabajo.

* * *

Rafael Gasset, que había enfriado mucho sus relaciones con el Ministerio nacional, porque veía cada vez más lejos la presidencia del Congreso, aprovechó el momento del aniversario de la guerra para romper con Romanones.

El primer acto de hostilidad fué un artículo *hidráulico*. Se publicó en *El Imparcial*, y produjo gran sensación en toda España.

En dicho artículo decía el ilustre ex-ministro de Fomento:

«Dos mil millones de pesetas nos ha exigido en diez meses la cruzada contra los alemanes, y se le han dado. La quinta parte, *nada más que la quinta parte* de esa cantidad, nos están pidiendo años y años los sedientos campos españoles, y no hay nunca dinero para ellos.

»La gran obra de nuestra reconstitución interior ha sido abandonada, para siempre tal vez, porque la guerra consume y seguirá consumiendo toda nuestra potenciabilidad económica.

»Y cuando Juan Soldado vuelva á la patria, le dirá el terruño seco y abrasado por el sol: *Has prodigado tu sangre y tu fortuna defendiendo la Libertad de los demás, pero te olvidaste de mí, y ahora tienes que seguir viviendo en la esclavitud de la miseria.*»



CAPÍTULO XII

Los prestigios de Lerroux.—Resolución radical.—Visita á Romanones.—Petición de D. Alejandro.—Suspicias del Conde.—Lerroux, Príncipe de Andorra.—Entrada triunfal.—Primeras disposiciones.—Lo que el Príncipe deseaba.—Los primeros disgustos.—Nube de amigos.—Andorra escandalizada.—Dimisiones y substituciones.—Indignación contra el Príncipe.—Cambio de conducta.—“¡Muera el tirano!,”—Lerroux adelgaza.—Un telegrama de “Violeta,”.—El Príncipe dimite.—¡Pobre Lerroux!—El único consuelo.

CONFORME aumentaban las calamidades de la guerra, disminuían los prestigios de Lerroux. En Madrid, en Sevilla, en toda la Península se murmuraba del promotor de la intervención española, y en Barcelona le iba socavando el pedestal su lugarteniente Emiliano Iglesias.

Percatóse D. Alejandro de la gravedad de la situa-

ción; vió en perspectiva su ruina política, y se decidió á tomar una resolución radical: marcharse de España.

Pero lo que proyectaba Lerroux no era una fuga vergonzosa, que esto hubiera sido impropio de un hombre de su temple, sino un alejamiento justificado y temporal, para que no siguieran culpándole de todas las desdichas de la nación.

Trazó su plan. Y una mañana, muy temprano, pocos días antes de ratificarse el convenio con Francia referente á los derechos sobre Andorra, se presentó en el hotel de Romanones.

El Conde acababa de levantarse, y en mangas de camisa, para dar prueba de costumbres democráticas, corrió al despacho donde esperaba Lerroux.

—¡Hola, madrugador! ¿Qué le trae á usted por aquí?—dijo Romanones sonriente y estrechando la mano de su amigo.

Lerroux contestó al saludo, pidió perdones por lo intempestivo de la hora y se negó rotundamente á seguir hablando mientras el Conde no se pusiera una chaqueta.

Cuando fué complacido, comenzó á exponer el objeto de su visita.

Ante todo, deseaba saber cuáles eran los derechos que nos cedía Francia sobre la República de Andorra.

El presidente del Consejo contestó después de hacer un gesto de extrañeza:

—Pues nos cede todos los que tiene en la actualidad.

—Está bien. Pero vamos á ver si nos entendemos—dijo Lerroux, y prosiguió después de una pausa:—En la República de Andorra se eligen su presidente, como en las demás repúblicas: pero sobre la autoridad del presidente andorrano está la de un representante de España, que lo es el obispo de Vich, y la de un representante de Francia. ¿No es esto?

Así es—contestó Romanones.—Un representante de España y otro de Francia que se llaman los *copríncipes*, y que son los verdaderos amos de aquello.

—¿Los amos?—preguntó Lerroux con interés.

—Naturalmente. Los *copríncipes* nombran á los magistrados y al jefe de la milicia federal; y de sobra sabe usted que en Andorra, como en todas partes, quien dispone de la Justicia y de la espada es el verdadero amo y señor. Pero se acabaron los *copríncipes*. En lo sucesivo no habrá en Andorra más que un Residente general que nosotros designaremos.

Lerroux, que había escuchado con gran atención, dijo después de terminar el Conde:

—Pues ya hemos llegado al verdadero objeto de

mi visita.—Y dando solemnidad á sus palabras, añadió:—Vengo á pedir un favor: vengo á decirle á usted que deseo ser yo el Residente general de España en Andorra.

Romanones le miró asombrado, creyendo que se había vuelto loco.

—¿Pero habla usted en serio?—preguntó.

—En serio y después de haberlo pensado mucho, querido Conde—contestó Lerroux. Y añadió para que su amigo no adivinara el verdadero motivo de su determinación.—Quiero ir allá para que vean todos lo que yo sería capaz de hacer en España el día que aquí se implantara la República.

Romanones se echó á reir tan á gusto que se le caían los tirantes. Pero observandola inalterable seriedad de su interlocutor, se reprimió pronto y continuó el diálogo.

Nada, nada; ¿lo pedía Lerroux?, pues concedido. En cuanto se ratificara el convenio, se extendería el nombramiento á su favor, sin que la firma regia del decreto pudiera perjudicar las convicciones republicanas de D. Alejandro, puesto que éste había ofrecido á la Monarquía su leal apoyo mientras durase la guerra. Y... ¿no se trataba de ejercer un cargo casi republicano? Pues ni una palabra más.

El Conde se quedó pensativo cuando terminó la conferencia. ¿Cuál podría ser el propósito del jefe de los radicales al pretender aquel cargo en una república microscópica, sin ferrocarriles, sin comodidades y cuya capital tiene menos habitantes que una casa de vecindad de Madrid?

Don Alvaro, tan vivo, tan sagaz, no creyó que fuera un móvil romántico ni político el que impulsaba á Lerroux. Pero negocios... ¿qué negocios podía haber en Andorra dignos del demagogo español?

En esto entró Brocas en el despacho.

—A propósito—dijo D. Alvaro al verle aparecer.
—¿Qué negocios podrían emprenderse en Andorra?

—¿En Andorra? Solo hay uno bueno: el del contrabando.

—¡Hombre, contesta en serio, si sabes!—gritó el Conde.

—Pues... fuera de ese... no conozco ninguno. Sólo sé que hay minas de hierro y de plomo, que no se pueden explotar por falta de caminos.

—¿Que no se pueden explotar? Pues mira, por si acaso, toma la maleta y no vuelvas por aquí hasta que no me las traigas todas registradas á mi nombre. Y añadió como hablando consigo mismo. ¡A mí no me la da nadie!

El Conde se pasaba de listo en esta ocasión.

Andorra la Vieja, la más pequeña capital de Europa, festejaba en el mes de Septiembre, con bailes, dulzainas y campaneó, la llegada del nuevo «Príncipe», que *príncipe* y no *residente* querían seguir llamando los andorranos á quien ostentaba la representación de sus antiguos señores.

Don Alejandro Lerroux hizo su entrada triunfal montado en un soberbio mulo y acompañado de Emiliano Iglesias, con quien se había reconciliado al pasar por Barcelona.

Ocho radicales del Paralelo, que se hallaban sin trabajo á consecuencia de la guerra, le dieron escolta, provistos de recias francas y mirando fieramente á los curiosos que no aplaudían.

Emiliano tiraba puñaditos de perras chicas, sobrantes de la suscripción nacional para los *carapacheros*, consiguiendo de este modo que en todo el trayecto no se apagaran los entusiasmos de la muchedumbre. Lerroux pensaba: «La verdad es que este chico vale más que Vinaixa para estas ocasiones».

Las primeras disposiciones que tomó D. Alejandro consistieron en nombrar á Emiliano Iglesias Secretario general con 2.000 duros de sueldo; llamar á un arquitecto para que construyera un «palacio residencial» que tuviera, por lo menos, las comodidades de su casa de Madrid, y encargase el uniforme

de «Príncipe-Residente», que sería un traje de guerrero godo del tiempo de Ludovico, á cuyo rey debían los andorranos su independencia, con manto de seda rojo salpicado de gorrofrigos verdes. Todo ello, como es de suponer, á costa de España, puesto que Andorra no tenía por qué pagar aquellos dispendios.

Pocos días después de la toma de posesión, llamó Lerroux al presidente de la República y le dijo:

«Vengo aquí, con amplios poderes, á representar los derechos soberanos de España, y deseo que nos pongamos de acuerdo para transformar esta nación en una democracia moderna.

«Es preciso llevar á las leyes las ideas radicales y dar gran impulso á las obras públicas, construyendo, preferentemente, una extensa red de carreteras asfaltadas para que puedan recorrer el país mis automóviles.»

El presidente hizo una profunda reverencia, y contestó que Andorra vivía tranquila y dichosa con sus tradicionales costumbres; más, no obstante, procuraría persuadir á los andorranos de que debían complacer al príncipe, aceptando las reformas legislativas que éste se dignara indicar.

Respecto á las obras públicas, prometió someter á la aprobación del Consejo federal la construcción de algunas carreteras, pero suprimiendo el asfalto.

Lerroux se conformó, por entonces, con aquellos ofrecimientos.

Llamó después á los alcaldes de los seis únicos ayuntamientos que forman la federación y les recomendó que emprendieran obras de pavimentación y de conducción de aguas, aunque para ello tuvieran que hacerse algunos empréstitos que su mismo Secretario se encargaría de negociar en Barcelona.

Les habló luego de progreso y de radicalismo, y terminó pidiendo que implantaran la enseñanza laica en las escuelas ó que, al menos, autorizaran y subvencionaran las que abrierán algunos amigos suyos que fueron discípulos de Ferrer.

Los pobres monterillas no se atrevieron á manifestar su disconformidad con los deseos del Príncipe y accedieron á todo.

La patriarcal Andorra iba á recibir el soplo vivificador del radicalismo lerrouxista.

Lerroux sentíase feliz en aquella capital de 600 vecinos, donde era, de hecho y de derecho, la figura preeminente. Más ¡ay! que la dicha de los príncipes es efímera; y D. Alejandro comenzó bien pronto á sufrir disgustos, siendo sus mismos amigos quienes le ocasionaron los primeros.

Aquellos ocho radicales que le dieron escolta y á

quienes Lerroux había regalado cinco duros por barba para que volvieran á sus casas, se negaron á salir de la República, y como no tenían ocupación, se pasaban las horas aconsejando al Príncipe y al Secretario lo que debían hacer.

Para que no siguieran atormentándole con sus consejos, y para no tener que darles más dinero cuando se les acabaran los cinco duros, se decidió Lerroux á crear la *Guardia residencial*. Justo era que comenzaran á «chupar del bote.»

Pero de Barcelona y de otras partes de España acudió en pocos días una nube de amigos del Príncipe, exigiendo á éste credenciales, y recomendaciones para que se les adjudicaran contratas de obras públicas. Y como Lerroux no podía atender á todos, comenzaron los descontentos á murmurar de él calificándole de ingrato y soberbio.

La tranquila república del Pirineo se convirtió en refugio de radicales y libertarios españoles que escandalizaban y aterrorizaban con sus propagandas y con sus costumbres á los sencillos andorranos.

El jefe de la milicia federal dimitió el cargo por que los españoles minaban la disciplina con sus discursos antimilitaristas, y los jueces dimitieron también, disgustados por la presión que ejerció sobre ellos el secretario del Príncipe, para que absolvieran á catorce radicales y libertarios que estaban procesados por haber disuelto á tiros una proce-

sión y prendido fuego á un convento de monjas.

Lerroux tuvo que dar el mando de la milicia á un tabernero de Andorra la Vieja que, desde la llegada de los españoles, se había declarado entusiasta defensor de aquel radicalismo que le permitía tener abiertas las espitas toda la noche.

La substitución de los jueces fué más laboriosa, porque no se encontraban en el país personas de respetabilidad que quisieran ocupar las vacantes; teniendo que dar, por fin, los nombramientos á individuos de baja estrofa, entre los cuales había dos ó tres que, aunque eran contrabandistas, vivían honradamente de su trabajo.

Los andorranos castizos protestaban indignados del proceder de aquel príncipe de nuevo cuño que les desorganizaba el Ejército, les desmoralizaba la Justicia, les desordenaba la Hacienda y les hería en sus arraigados sentimientos religiosos, implantando la enseñanza laica en las escuelas y amparando á quienes disolvían procesiones é incendiaban conventos en nombre de la libertad.

Lerroux comprendió que se había equivocado al imponer sus radicalismos á quienes, hasta entonces, vivieron sin ellos tranquilos y felices. Y pensando como gobernante discreto, se decidió á rectificar su conducta, para lo cual prohibiría las propagandas que pudieran relajar la disciplina del Ejército; designaría jueces probos que administraran justicia con

arreglo á las leyes y á su conciencia honrada; dejaría que los ayuntamientos se desenvolvieran libremente, y haría respetar las ideas y costumbres católicas de la inmensa mayoría del país, conforme con los principios de la verdadera Democracia.

Pero el simple anuncio de este cambio de actitud—que no le atrajo ya las simpatías de los descontentos—bastó para desencadenar contra él la ira de sus propios amigos y de un centenar de andorranos que vivían y campaban al arrimo del radicalismo, llegando á decirse en un mitin, organizado por los más exaltados, que el *príncipe radical* se había vendido *al oro de la reacción jesuítica*.

Lerroux vió con profunda pena que todos le abandonaban y execraban su nombre. Nadie respetaba ya su autoridad aunque se vistiera con el traje de guerrero godo y el manto de los gorrofrigios verdes; la *Guardia residencial* se le insubordinó pidiendo más radicalismo y aumento de paga, y hasta su fiel Emiliano se puso á escribir una tragedia china para excusarse de acompañarle en sus paseos. El desdichado Príncipe tenía que entretenerse haciendo solitarios con una baraja francesa.

Y no era esto lo peor, sino que las continuas y acaloradas discusiones entre los dos bandos en que se hallaba dividida la opinión pública en la capital de Andorra, terminaban siempre á estacazo limpio, con la extraña particularidad de que los radicales y los

moderados, los rojos y los negros, se acometían gritando á la vez:

«¡Abajo el Príncipe!»

«¡Muera el tirano!»

* * *

Para restablecer el orden é imponer el respeto á la ley, no quedaba ya más que un sólo medio: la fuerza. Pero ¿qué se hubiera dicho del jefe de los demagogos españoles? ¿Con qué derecho, con qué autoridad podía castigar á los promovedores de motines quien seguía calificando de *gloriosa* la semana de sedición y sangre de 1909?

Lerroux creyó preferible tolerar que siguiera el estado anárquico del país, esperando que el tiempo aplacaría los odios, y que todos se convencerían de que su conducta era sabia y prudente.

Pero una báscula y un telegrama le hicieron perder su aplomo.

Ocurrió que cierto día, al regresar de su cotidiano y solitario paseo, le dió á D. Alejandro la idea de pesarse en una báscula automática para saber cuánto había desmerecido desde el día de su entrada triunfal; y vió con horror que, en seis semanas, llevaba perdidos ¡23 kilos de peso!

Profundamente preocupado por esta merma enorme de su humanidad, llegó á la casa residencial,

donde le esperaba una contrariedad todavía mayor.

Al entrar en su despacho, le entregó el ordenanza un telegrama de *Violeta*, la eminente pensadora española, el cual decía:

«Salgo para Andorra, acompañada comisión *damas rojas* catalanas para llevar socorros infelices radicales víctimas despotismo de V.

»Espero de su galantería aceptará sostener conmigo controversia pública sobre ideales políticas que V. defendió siempre en España y que ahora ha olvidado.— *Violeta*.»

Lerroux sintió que un sudor frío bañaba todo su cuerpo mientras leía el telegrama. Después se apoderó de él un temblor nervioso y un deseo irresistible de correr... de huir... ¡*Las damas rojas* en Andorra! ¡Sostener una controversia con *Violeta*! ¡Pesar 23 kilos menos! No, no; imposible continuar allí.

El Príncipe llamó al ordenanza, le envió en busca de Emiliano Iglesias y cayó desplomado en un sillón.

* * *

Aquella misma noche, después de entregar el mando al secretario, salió para España, completamente solo el desventurado Príncipe, dejando en Andorra la siembra de la anarquía.

¡Pobre Lerroux! En cuarenta días de gobierno había desorganizado la República y se había quedado sin un amigo.

Pero se consolaba pensando que su secretario lo haría peor.



CAPÍTULO XIII

La intervención de Bulgaria.—Crisis en todas partes.—Modificación del Ministerio nacional.—La verdadera crisis.—¿Quién va á Salónica?—Grecia no quiere regalos. Una pregunta del Embajador. — Kitchener en Madrid.—Proposiciones á España. Decepción de Romanones.—¡A casa aunque venga Maura!—Todos convencidos.—Más bonos del Tesoro.—Llamamiento de la 2.^a reserva.—Levantamiento nacional.—El imperio del terror.—El último soldado y la última peseta.—¡1915!

LA intervención de Bulgaria á favor de los imperios centrales aumentó el desconcierto que reinaba entre los aliados desde el principio de la guerra.

En Francia se apagaron los entusiasmos producidos por sus victorias en Loos y en la Champagne, y se levantó un clamoreo de general indignación contra Delcassé y contra la diplomacia inglesa, que no supieron evitar este nuevo triunfo de Alemania.

La consecuencia inmediata de la intervención búlgara fué la crisis ministerial en Francia y en Inglaterra.

En España, por no ser menos y para que no se creyera que se había perdido la costumbre, hubo crisis también.

A Navarro Reverter, que se había atraído los odios de la opinión porque no cesaba de pedir dinero, le substituyó D. Angel Urzáiz, y Pérez Caballero dejó su puesto á Villanueva, marchándose muy disgustado porque lo de Andorra, que era el único éxito diplomático de aquel Gobierno, se lo atribuía Romanones.

Pero el cambio de ministros no era más que un detalle. La verdadera crisis, el conflicto grave de las naciones de la *entente*, consistía en determinar cuál de ellas había de acudir en ayuda de los servios que se veían atacados de frente por los austro-alemanes y de flanco por las tropas del rey de Bulgaria.

Se contaba ya con una base de operaciones en el Sur de la península balcánica, porque los franco-ingleses habían desembarcado en Salónica. Pero ¿y el ejército para subir hasta Servia? Ni Francia ni Inglaterra podían enviarlo; Rusia, tampoco, y los italianos no quisieron acudir á la llamada.

Inglaterra se percató de la gravedad de la situa-

ción, y comprendiendo que había llegado ya la hora de los grandes sacrificios, le ofreció á Grecia la isla de Chipre á cambio de que la pequeña nación diera á los servios la ayuda que los colosos de la Tierra no le podían dar. Pero Grecia no quiso aceptar el espléndido regalo, y entonces Inglaterra volvió sus ojos amorosos hacia España.

A mediados de Octubre preguntó el embajador inglés, en nombre de su Gobierno, qué compensaciones pediríamos por enviar 100.000 hombres á Salónica.

La contestación fué tan rotunda, que el diplomático ya no volvió á hablar de aquel asunto. España había hecho su esfuerzo máximo y no podía dar ni un hombre más.

Pero algunos días después llegó á Madrid el famoso ex-ministro de la Guerra británico lord Kitchener, quien, luego de hacer las obligadas visitas de presentación, celebró con Romanones una larga conferencia.

Kitchener demostró al Conde que España era la nación beligerante que menor esfuerzo había realizado, puesto que sólo tenía sobre las armas la primera reserva, cuando en todos los demás países luchaban hasta los hombres de cuarenta y de cuarenta y cuatro años.

Dijo después que Inglaterra deseaba, como lo había deseado siempre, el engrandecimiento de la nación española, y para demostrarlo con hechos, hizo

en nombre y con la autorización del Gobierno inglés, la siguiente proposición:

«Inglaterra cedería á España la plaza de Gibraltar después de firmarse la paz.

»Inglaterra se pondría de acuerdo con Francia para ceder á España Tánger y su zona.

»Inglaterra se comprometía á facilitar, con todos sus medios militares y diplomáticos, el establecimiento del lazo federal entre Portugal y España.»

Y, por último:

«La cuádruple alianza concedería á España el título de gran Potencia.»

Lo único que se pedía á la nación española, á cambio de todos estos ofrecimientos, era que enviara cien mil soldados á Salónica.

Romanones se entusiasmó con la proposición: Portugal, Gibraltar, Tánger... España gran Potencia... ¿Qué más podía pedir el más exaltado patriota? Y aceptó, en principio, el compromiso de enviar á Salónica los cien mil hombres que Kitchener había venido á buscar.

El ex-ministro inglés marchó al día siguiente á Gibraltar y allí embarcó para Grecia desde donde seguiría luego su viaje á la India.

Las negociaciones con España las continuaría el embajador.

* * *

Faltó poco para que en la sesión del Consejo de ministros en que Romanones comunicó el resultado de su conferencia con lord Kitchener estallara la segunda crisis del Ministerio nacional.

Esperaba el Conde que, al enterarse los ministros de las concesiones ofrecidas por Inglaterra, le levantarán en hombros y le pusieran de pie sobre la mesa para darle tres hurras y algo de palmoteo; pero su desencanto fué grande, pues ni siquiera el disciplinado Alba despegó los labios después de oírle.

El Conde vió en aquel severo y prolongado silencio de todo el Gabinete una respetuosa demostración de disconformidad, y para despejar pronto la situación, habló en estos ó parecidos términos:

«Yo creo, señores, que estando la suerte de España unida á la de sus aliados, pesaría sobre nosotros una gran responsabilidad si negásemos á éstos el apoyo que nos piden, y creo también que las concesiones que nos brinda Inglaterra, á cambio de llevar 100.000 hombres á Salónica, son la suma de las aspiraciones nacionales; por eso he contraído el compromiso con lord Kitchener; pero si ustedes opinan de distinto modo, nos vamos todos á casa y que venga quienquiera á substituirnos, aunque sea Maura.

¡No, eso jamás! —exclamó D. Melquiades horrorizado.

—¡Por el bien de la Patria y de la Libertad no debemos movernos de aquí nunca!—gritó Burell. Y con mayor ó menor vehemencia hicieron parecidas manifestaciones los demás consejeros, llegando, al fin, á reconocer todos que era preciso y patriótico cumplir el compromiso contraído por el jefe del Gobierno.

El miedo á Maura y á dejar el Poder realizaba prodigios de persuasión.

Para organizar el ejército que había de marchar á Salónica, faltaban tropas y faltaba dinero, porque el ministro de Hacienda estaba ya sin una peseta; pero el Consejo resolvió el conflicto en aquella misma sesión acordando emitir otros quinientos millones en bonos del Tesoro y llamar cien mil hombres de la segunda reserva, que reemplazarían á las tropas expedicionarias.

El nuevo esfuerzo que iba á exigirse al pueblo español resultaba ya extremado; pero necesariamente debía hacerse, porque Romanones tenía el convencimiento de que había llegado para España el momento de elegir entre ser y no ser.

Olvidaba el Conde otra vez que «Tánger debe ser inglés ó no debe ser de nadie»; olvidaba que la devolución de Gibraltar había sido «perenne motivo de negociaciones, *de promesas nunca cumplidas*,...» y olvidaba también que el lazo federal entre España y Portugal «*para sustraerlas de influencias extrañas*»,

se propuso un siglo atrás en la célebre conferencia de Viena, pero cuyo punto no llegó á discutirse porque tal vez Inglaterra y Francia hicieran que se excluyera del cuestionario.

Y si para salvar una situación crítica nos ofrecía la Gran Bretaña aquellas tres cosas que nunca, nunca, nos había querido dar, ¿qué fe podíamos tener en el cumplimiento de la promesa?

La noticia de los antedichos acuerdos produjo en la opinión pública enorme sensación. Y ni las declaraciones optimistas de los ministros ni los artículos patrióticos de la Prensa, cuyo auxilio suplicó el Gobierno, pudieron evitar que se levantara el clamor de la protesta.

La indignación popular fué en aumento, y á mediados de Noviembre, al publicarse la orden de incorporación de los cien mil reservistas, estallaron motines y sediciones en toda la nación, siendo unánimes los gritos de:

«¡Muera el Ministerio nacional!»

«¡No vayais á la guerra!»

«¡Que vaya Romanones!»

Los socialistas disidentes de Barcelona impusieron la huelga general y levantaron barricadas, desde las cuales sostuvieron fuego con la guardia civil; en Alcoy, en Zaragoza y en Valencia hubo sangrientas

colisiones; los puentes de los ferrocarriles fueron volados con dinamita para que no circularan los trenes militares, y las mujeres de los reservistas madrileños llegaron un día en imponente manifestación hasta las puertas de Palacio, llevando en brazos á sus pequeñuelos y gritando deshechas en lágrimas: «¡Piedad, Señor, piedad para estos ángeles! ¡Que no se les deje sin padre como ya se les ha dejado sin pan!»

Todo esto dificultaba la incorporación de los reservistas, y como la insurrección iba adquiriendo mayores proporciones y gravedad, el Gobierno acordó proceder con gran energía, para lo cual se suspendieron las garantías constitucionales y se proclamó la ley marcial en toda España.

Los fusiles y las cárceles se encargaron de ahogar en pocos días la protesta nacional. Y á fines de Noviembre pudieron sacarse de Africa y de la Península los cuerpos que formaron la expedición ofrecida á lord Kitchener.

La patria seguía maldiciendo aquella guerra que nos aniquilaba, pero Romanones, convertido en dictador, había dicho con el gesto de un Narváez:

«Pase lo que pase, continuaremos luchando hasta consumir el último hombre y la última peseta.»

Y cerca del fin debíamos estar ya, pues sin hombres y sin pesetas nos íbamos quedando.

Terminó el año 1915 sin que la deseada Paz se vislumbrara por ninguna parte.

Por mar y por tierra seguíamos enviando tropas á Francia y á Salónica. Pero ni en Francia conseguían los ejércitos aliados reconquistar ni un palmo de terreno ni en Salónica se pudo avanzar para contener á los victoriosos alemanes.

Y el desdichado pueblo español entraba en el año nuevo amordazado, hambriento y abatido.

.....

¡1915! Cruel fuiste para la infortunada España; pero tu mayor crueldad consistió en traer á tu sucesor envuelto en crespones de sudario y en pasar encendidos á sus manos los rojos hachones de la destrucción.



CAPÍTULO XIV

1916 á 1919.

■ Sigue la guerra.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

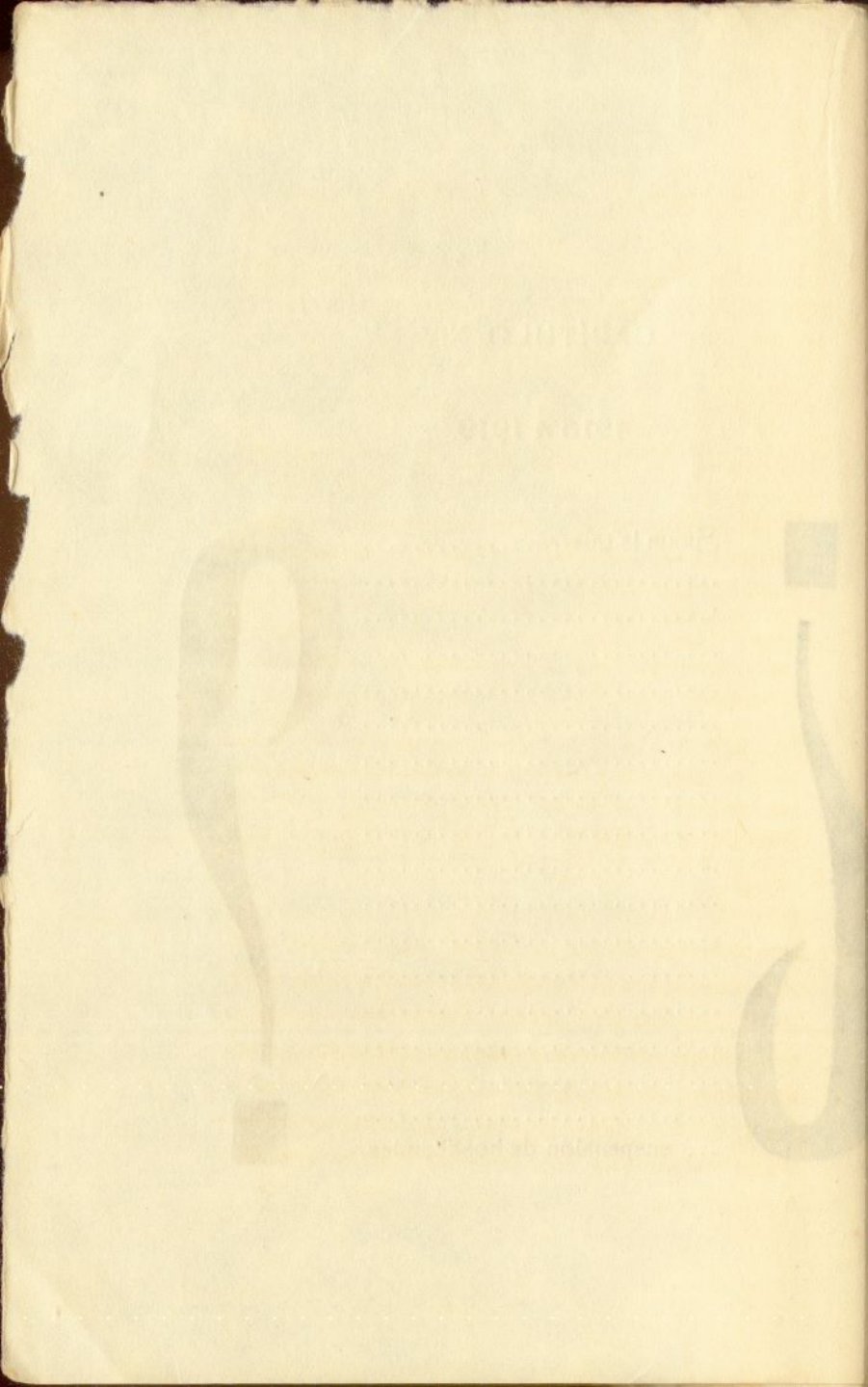
.....

.....

.....

... suspensión de hostilidades.





DESPUÉS DE LA GUERRA

EPÍLOGO

Inglaterra pide la paz.—Fin de la gran tragedia.—Nueva Edad.—Regreso del hidalgo.—España despojada.—El Gabinete Sánchez Toca.—Los presupuestos de Besada.—Las Cámaras y los hidráulicos.—Descontento, motines y sediciones.—Último discurso de Lerroux.—Don Jaime en Valmaseda.—Manifiesto á los españoles.—Asalto de conventos.—Sublevación republicana.—Lerroux prisionero.—Consejo de guerra.—La enfermedad de Romanones.—Borregal y Vázquez Mella.—Peripecias de D. Inocencio.—Portugal no nos quiere.—Andorra nos declara la guerra.—El caos.—Camino de América.—El yate de Blasco Ibáñez.—El último “viva España,,.

Los ejércitos del Kaiser habían llegado á los Pirineos; doscientos submarinos alemanes bloqueaban las islas Británicas y perseguían el comercio inglés en todos los mares del mundo; la conjuración internacional de obreros declaraba fuera del derecho de gentes á los ministros del rey Jorge, por ser los únicos responsables de la continuación de la guerra, y el descontento en la metrópoli y la insurrección en

las colonias aceleraban la decadencia del formidable imperio británico.

Entonces fué cuando Inglaterra se resignó á pedir la paz, si bien haciendo constar que consumaba el sacrificio de su soberbia por atender las súplicas de sus aliados, sobre los cuales, por medio de permutas de territorios y de combinaciones económicas, descargó todo el peso de la indemnización de guerra que los alemanes le impusieron.

El espantoso drama había terminado, y la Historia abría los libros de una nueva Edad, en la cual todo, hasta la literatura y las bellas artes, tomaba nuevas orientaciones.

¡Pero cuán costosa había sido la transformación! Ni las matanzas que convirtieron al cristianismo el mundo pagano, ni las invasiones que inauguraron la Egidia mahometana, ni las Cruzadas, ni la Reforma, ni el exterminio de las razas americanas para someter al dominio europeo el Nuevo Continente, ni las guerras napoleónicas contra la Europa coaligada fueron sucesos tan cruentos y desoladores como lo había sido esta lucha gigantesca, sostenida, no por huestes mercenarias que guerrearan por la soldada y el botín, sino por pueblos enteros de hombres conscientes, lo más granado de la civilización moderna, que empuñaron las armas impulsados por un ideal sublime.

¡Llor á los que sucumbieron defendiendo su in-

dependencia ó disputándose la supremacía mundial, porque ellos cumplieron la ley suprema de la vida que es ley de Dios!

* * *

Pero el hidalgo español, que había luchado como pechero defendiendo la independencia y la supremacía de los demás, ¿qué gloria podía pretender? Ni siquiera la satisfacción de haber defendido su honor nacional—que nadie había ultrajado—podía resignarle á sufrir las consecuencias de la derrota.

En el tratado de paz, que se firmó en Suiza, se disponía que Inglaterra nos restituyera la bahía de Vigo y la plaza de Gibraltar, desmantelada y con prohibición de artillarla otra vez; pero estas restituciones se aplazaban *hasta que la Gran Bretaña reorganizara sus bases navales*. Y mientras tanto, para garantía marítima de los teutones, pasarían á manos de éstos nuestras islas Canarias.

¡Soñado Gibraltar, populosa Vigo, hermoso archipiélago, ya no volveríais á ser nunca tierra española!

Se nos llevaban también los alemanes nuestro protectorado marroquí donde tan pródigamente había corrido la sangre hispana. Ceuta y sus inmediaciones se incluían en la zona internacionalizada de Tánger; y se completaba nuestro despojo obligándonos á cederle á Francia nuestras posesiones del

golfo de Guinea en compensación de otros territorios que la República tenía que dar á los vencedores.

Y además de estas desgarraduras del suelo patrio, vestían luto doscientas mil familias españolas y habíamos gastado, *¡diez mil millones de pesetas en cinco años de campaña!*

Exangües, empobrecidos y mutilados: ¡Así regresábamos de aquella loca aventura en que nos metió la irreflexión y la vanidad de nuestros políticos, siempre torpes y engañados en los tratos cancillerescos!

* * *

El Gabinete Sánchez Toca, que había sucedido al malhadado *Ministerio nacional* causante de nuestra ruina, se encontraba frente al pavoroso problema de la liquidación del desastre.

Para el servicio de la nueva deuda y para atender á los enormes aumentos de las clases pasivas, se necesitaban setecientos millones de pesetas; lo cual obligó al ministro de Hacienda D. Augusto Besada á confeccionar unos presupuestos abrumadores, con sus décimas adicionales, aumento de descuentos, suspensión de amortizaciones, creación de nuevos tributos y restablecimiento del odioso impuesto de consumos que ya se había suprimido en toda España. Es decir, que tuvo que hacer D. Augusto una segunda edición, *corregida y aumentada*, de los fa-

mosos presupuestos de Villaverde. Y como las causas eran semejantes, semejantes fueron también los efectos.

Las Cámaras de Comercio y las de la Industria, la Ligas de propietarios y las entidades agrícolas, apoyadas por el partido hidráulico, que tomaba carácter fieramente revolucionario porque había ingresado en él D. Rodrigo Soriano, se juramentaron para no pagar los nuevos impuestos; los rentistas, los empleados y los militares protestaron de los descuentos que les hacía imposible el vivir; se amotinó toda España contra los consumos, prendiendo fuego á los fielatos y engrosaban rápidamente las partidas jaimistas que aparecieron el mismo día en que se hicieron públicas las condiciones de la paz. Y para que el cuadro fuese más aterrador, retoñaban en Cataluña y en Vizcaya los secos troncos del separatismo.

Y Lerroux, el principal causante de todas aquellas desdichas, intervino en un debate en el Congreso para decir campanudamente:

«Ni á este ni á ningún otro gobierno monárquico daré el apoyo de esta minoría unipersonal que inmediatamente dirijo; porque cada vez, señores diputados, me afirmo más en el convencimiento de que los desaciertos de la Monarquía son los causantes de la ruina de la Patria.»

.....

La insurrección jaimista se propagaba rápidamente. Las partidas, bien armadas y organizadas, sostenían con el ejército liberal reñidos encuentros, y se apoderaban de Estella y de Cantavieja á las pocas semanas de iniciarse el levantamiento. La histórica villa de Valmaseda fué tomada por asalto, y en ella fijó la residencia de su corte D. Jaime de Borbón que había cruzado la frontera disfrazado de chófer.

El primer ministro del Gobierno faccioso, D. Juan Vázquez Mella, redactó el Manifiesto que D. Jaime dirigió á la Nación.

En dicho documento se decía que el partido tradicionalista se alzaba en armas por creer que era un delito de lesa patria el tolerar que siguieran dirigiéndola manadas de políticos ineptos y desalmados que la habían corrompido y destrozado con su conducta desaforada, y que por muy horrible que fuese la guerra civil no podía serlo tanto como el continuar viendo sobre el cuerpo nacional aquella gangrena política que la guerra iba á combatir. Y terminaba el Manifiesto pidiendo la ayuda de todos los hombres de buena voluntad para salvar los ensangrentados restos de la gran patria española.

La toma de Valmaseda y el Manifiesto de D. Jaime alarmaron al Gobierno y enconaron los odios de las dos tendencias en que volvía á estar dividida, como antaño, la opinión pública del país.

En Barcelona aparecieron pasquines culpando á las órdenes religiosas de sostener y fomentar con sus caudales la guerra civil. Y esta infundada acusación bastó para que ocurrieran sucesos gravísimos. La turbamulta asaltó é incendió varios conventos, profanó los altares y persiguió á tiros por las calles á los indefensos frailes que huían despavoridos: en suma, se repitieron todas las trágicas escenas de la *semana sangrienta*.

Pero esta vez las autoridades procedieron con mayor rigor que en el año nueve. La guardia civil disparó desde el primer momento contra los grupos que aparecieron armados de escopetas y carabinas, y las barricadas del Paralelo fueron destruídas á cañonazos. De este modo quedó sofocada la sedición á las pocas horas de iniciarse.

Los radicales y libertarios, sedientos de venganza por aquella dura represión, á lo que no estaban acostumbrados, acordaron lanzarse inmediatamente á la verdadera revolución y comunicarlo á Lerroux para que acudiera á ponerse al frente del movimiento; Jorge Vinaixa fué el encargado de venir á Madrid para comunicarle al jefe dichos acuerdos que habían sido tomados por el partido sin pedirle autorización ni consejo.

Llegó Vinaixa á Madrid; dió cuenta a su jefe de los acuerdos del partido, y Lerroux le contestó profundamente impresionado:

—Está bien. Es una locura el echarnos á la calle pretendiendo hacer *en serio* la revolución; pero no quiero que digan que les traiciono. Entre morir arrastrado ó morir en las barricadas, prefiero esto último,

Media hora después, el caudillo y el emisario salían para la ciudad condal en un magnífico «Mercedes».

El *auto* marchaba á toda velocidad por la carretera de Aragón, pero al entrar en la provincia de Zaragoza, tuvieron que detenerse para reparar una pequeña avería; y Lerroux, que estaba nervioso y sentía ciertas impaciencias por llegar pronto al final de la jornada, dejó á Vinaixa ayudando al chófer y se internó por un sendero para distraerse contemplando la amenidad del paisaje.

Listo ya el coche, y cuando solo esperaban para continuar la marcha el regreso de Lerroux, que había desaparecido por detrás de una cerca, observaron con asombro que se aproximaban á buen trote cuatro jinetes armados. Era una patrulla de la caballería jaimista que desde el Bajo Aragón efectuaba una incursión audaz por aquella comarca.

—¡Los facciosos!—gritó el chófer.

—¡Si nos reconocen, estamos perdidos!—exclamó Vinaixa.

Pero como la maldita cerca les impedía ver á don Alejandro, y el llamarle á voces hubiera infundido

sospechas á los jinetes, que ya estaban muy próximos, se resignaron á esperar.

Al mismo tiempo que llegaba la patrulla y rodeaba al automóvil, descubría á Lerroux y le daba el alto una pareja exploradora que flanqueaba la carretera por aquella parte.

Repuesto de la natural sorpresa y ante el temor de que le reconocieran y apresaran, se resolvió Lerroux á jugarse el todo por el todo. Y sacando su *browning*, la emprendió á tiros con los dos exploradores, que contestaron á la agresión disparando sus carabinas.

La patrulla de la carretera corrió al lugar donde se sostenia aquel inopinado tiroteo, descuidando la custodia del *auto* que partió como una exhalación hacia Barcelona.

Continuó Lerroux la lucha hasta que, agotadas las municiones y viendo que acudían más jinetes que le cortaban el paso por todas partes, levantó del suelo á guisa de bandera blanca un periódico que tenía en las manos cuando fué sorprendido y se dejó coger prisionero. Lerroux había matado tres caballos.

A lomos de un mulo, ni tan lustroso ni tan ricamente enjaezado como aquel en el que hizo, años antes, su entrada triunfal en Andorra, fué conducido Lerroux á Cantavieja, donde, por haber hecho armas contra los jinetes legitimistas, le sometieron á un Consejo de guerra que le condenó á muerte.

Y la terrible sentencia se hubiera cumplido de no intervenir un personaje muy conocido del lector: don Inocencio Pérez del Borregal,

Al leer D. Inocencio la noticia de la prisión de Lerroux, publicada por *La Correspondencia de España* en su novena edición, de las tres y tres cuartos de la tarde, le envió á Vázquez Mella una sentida carta pidiendo clemencia para el reo, recordándole que era aquel Borregal de los carapachos, que en cierta ocasión le salvó la vida á costa de una chistera.

Enterado D. Jaime del suceso que se recordaba en aquella carta, concedió el indulto al jefe de los radicales, conmutándole la pena de muerte por la de trabajos forzados á perpetuidad.

Para cumplir la condena, fué Lerroux destinado á trabajar en las obras de canalización de las aguas potables de Cantavieja.

En la misma edición de *La Corres...* en que se publicó la noticia de la prisión de Lerroux, se daba también otra información no menos triste y sensacional, referente al estado de salud del Conde de Romanones.

El jefe de los liberales, que estaba siempre cavi-
loso y tristón desde que le arrojaron del Poder, ha-
bía sufrido en aquellos días un ataque de enejenación mental.

Se atribuía esta desgracia á la pena que le producía al Conde el ver que sus amigos le iban abandonando porque sabían que nunca volvería á gobernar en España.

Al pobre enfermo le dió la monomanía de la popularidad, y se pasaba todo el día cantando la Marseles, montado en un caballo de cartón.

En la consulta de médicos se aceptó el plan curativo propuesto por Amalio Gimeno, plan que consistía en que el *Diario Universal* hiciera su tirada exclusivamente para el Conde, llenando sus columnas informativas con telegramas y mensajes de toda España pidiendo que volviera D. Alvaro al Poder.

Además se simularía en dicho periódico una gran suscripción nacional para erigirle al genial estadista la estatua que le anunció la gitana del baile.

El día en que comenzó á ponerse en práctica este plan y apareció la primera lista de donativos para el monumento, encabezada por D. Antonio Maura, ya se notó en el Conde una ligera mejoría y menos ganas de cantar el himno republicano.

¡Lerroux y Romanones! Triste fin el de aquellos dos jefes polítics; pero España no tuvo ya lágrimas para ellos. ¡La habían hecho llorar tanto...!

Y, para terminar, digamos sucintamente qué fué de nuestro D. Inocencio Pérez del Borregal desde que le dejamos en el café de San Isidro comentando las estadísticas del primer año de la guerra.

Curado de sus heridas y sosegada su imaginación, desistió de ensayar otra vez su fracasado invento, y volvió á los zapatos de su zapatería.

Pero como su clientela le había abandonado y los tiempos empeoraban cada vez más, llegó momento en que no pudo pagar las contribuciones, y le embargaron y vendieron en subasta pública las pobres existencias de su tienda de la Cava baja. El gran patricio tuvo que refugiarse como zapatero de viejo en un portal de la calle de Válgame Dios.

Allí estaba, luchando con la miseria, cuando se firmó aquella paz que tantas lágrimas le hizo derramar, y allí hubiera seguido, resignado con su suerte, si la falta de trabajo no le hubiera obligado á buscar en América el pan que en su patria no encontraba.

Dos meses después de haber conseguido el indulto de Lerroux, recogió Borregal sus bártulos y, con su mujer y sus tres hijos, marchó á Málaga, en donde tomó pasaje para la Argentina en un buque italiano de emigrantes.

Y aún allí, al embarcar, recibió dos lanzadas más su corazón patriota. Los telegramas de Lisboa decían que Portugal se opondría resueltamente á la

federación ibérica, propuesta por Alemania —no por Inglaterra— en la Conferencia de la paz. Y de Lérida comunicaban que los andorranos, cansados ya de sufrir a Emiliano Iglesias, que seguía siendo nuestro Representante en aquel país, habían asaltado la casa-residencial, degollando á cuantos españoles encontraron en ella. Las últimas informaciones aseguraban haber acordado *les Corts*, reunidas en el *Pich Negre*, que la República de Andorra le declarara la guerra á España.

¡Era el cruel sarcasmo que el Destino guardaba para la nación que había soñado en ser gran Potencia sin tener fuerzas para serlo!

.....

El barco italiano se alejaba del puerto majestuosamente. Y Borregal y los suyos experimentaban emoción profunda viendo que allá, cada vez más lejos, iba desapareciendo, como si se hundiera en el mar, aquella su adorada patria española, cuyos restos ensangrentados y doloridos consumía el fuego de la revolución y de la guerra civil.

A las pocas horas de navegación, entraban en el Estrecho y percibían claramente la plaza de Gibraltar, jirón de tierra española que Inglaterra había ofrecido devolvernos. Miró D. Inocencio con ansie-

dad para distinguir los colores de la enseña que flotaba sobre el formidable peñón... ¡y vió que era la bandera inglesa!

Pronto columbrose, á estribor, la espléndida bahía de aquel Tánger que debió ser de España al dejar de ser marroquí, Otra bandera ondeaba sobre una atalaya; pero... ¡era la bandera francesa!

El barco de emigrantes se internaba en el gran mar cuando apareció, con rumbo contrario, un lindo yate de esbelto porte, cuyos bruñidos metales destellaban, reflejando los rayos del sol. La brisa rizaba la bandera que estaba izada en su mastil de popa. ¡Sí, aquélla sí que era la bandera española! En la faja amarilla llevaba escrito el lema de Blasco Ibáñez: "*Arte y Libertad*."

El «ex-sultán de la Malvarrosa» iba tumbado en una hamaca de torzal de seda, contemplando el fuerte azul de aquel cielo africano, al cual enviaba las bocanadas de humo de un selecto *vegüero*. Junto á Blásco, estaba su fiel criado Batiste sosteniendo una taza de exquisito moka que el señor tomaba á pequeños sorbos.

Aproximándose cada vez más, llegó el momento en que los dos buques estuvieron en la misma línea, y entonces, D. Inocencio Pérez del Borregal gritó desde el barco de emigrantes con toda la fuerza de sus pulmones: ¡¡Viva España!! Los hijos de Borregal, asomándose á la borda y agitando sus pañue-

los, repitieron con la misma santa emoción de su padre: ¡Viva España! ¡Viva España!

Y Blasco Ibáñez que, tumbado en su hamaca, seguía enviando al cielo bocanadas de humo de su cigarro, le dijo á su criado fiel con indefinible expresión de ternura:

«Tú, Batiste, contesta á esos.»

FIN DE DON QUIJOTE EN LA GUERRA

AL TERMINAR

Cuando terminábamos este libro, subió al Poder el partido liberal, y declaraba su ilustre jefe que será fiel continuador de la política de neutralidad que don Eduardo Dato inició y sostuvo—para bien de la Patria—desde el comienzo de la guerra europea.

No dudamos de que tal sea el propósito del señor Conde de Romanones, porque mucho deben haber aleccionado á los partidarios de la intervención española los hechos acaecidos desde que se publicó el artículo Neutralidades que matan y D. Alejandro Lerroux intentó lanzarnos á la gran hoguera; pero seguimos temiendo que aún han de llegar para España horas críticas en que se pondrán á prueba los talentos y el patriotismo de nuestros gobernantes. Sería pueril creer próximo el término de esta enconada lucha sostenida por los colosos de Europa, y mayor puerilidad todavía, el suponer que Inglaterra pueda resignarse á perder la hegemonía del Mundo antes de apurar todos los medios para conseguir la ayuda de una nación de veinte millones de habitantes, á la

cual considera incluida en la órbita de su influencia diplomática.

Y si nos equivocásemos en el vaticinio, ¡bendita equivocación!; pues, nunca como ahora, quisiéranos ser malos profetas.

Madrid, fin de 1915.

INDICE

Capítulos.

Páginas

- I El Ministerio nacional.—La intervención ó la revolucion.—Actitud del Gobierno.—Manifestación neutralista.—Alocución de «El Mentidero».—Prim, Castelar y Gambetta.—Cien millones por cien mil españoles.—Contramanifestación lerrouxista.—Palos, tiros y sablazos.—La verdad oficial.—La pesadilla de Romanones 9
- II Fracaso diplomático.—Lo que dijo Nelson.—El Gobierno indignado.—Ni Gibraltar, ni Tánger ni «na».—La Catedral de Reims.—Protesta general.—Telegrama de Lerroux.—Ultimatum á Alemania.—Declaración de guerra.—¿El Cid ó don Quijote?—D. Quijote en campaña.... 21
- III Dasbarajuste económico.—Pánico financiero.—¡No se paga á nadie!—Dificultades militares.—Manifestaciones patrióticas.—Nación sin himno.—La Marsellesa ante Palacio.—Apresamiento de un corsario alemán en Vigo.—D. Inocencio Pé-

CapítulosPáginas

- rez del Borregal.—La expedición militar.—La canción del soldado.—El Rey y Lerroux.—Cien mil hombres á Francia..... 29
- IV Cosas de los franceses.—Lo que va de ayer á hoy. — Conferencia de soberanos. — Weyler, French y Joffre.—¡A la línea de fuego! — Defendiendo al rey de Bélgica.—Los libertadores de Europa.—El primer empréstito.—Banquete en la Bolsa.—Bombardeo y destrucción de Vigo por un crucero alemán.—España indefensa.—La política de Pilatos.—Sin pan y sin hogar..... 43
- V Ocupación de las rías gallegas por los ingleses.—Cambio de notas. — Como Méndez Núñez.—Recelos de la opinión.—Las «salpicaduras» de Maura.—Ovación á Romanones.—Escándalo en el Congreso.—Agresión á Vázquez Mella.—La chistera de Borregal.—Historia del *carapacho de avance*.—El zapatero y el rey..... 54
- VI Protesta de los jaimistas.—Partidas en Navarra, Cataluña y el Maestrazgo.—Fusilamiento del cabecilla Mir.—Comentario de «El Progreso».—Asalto de tahonas.—Guerra á los caseros.—El diputado de los 27.000.—Los dos Con-

CapítulosPáginas

- des.—Fracaso del empréstito popular.—
Crisis total 73
- VII La confianza de la Corona.—Recelos de
D. Melquiades.—Empréstito exterior.—
Al nivel de Servia y Montenegro.—Fes-
tival benéfico.—Romanones en el bai-
le.—Sangrientos combates en Flan-
des.—La gitana del Real.—La buena-
ventura.—¿Quién era?—Revista de los
carapacheros.—Lerroux á caballo de un
león. — Despedida de Borregal. — ¡En
marcha!..... 87
- VIII Los «libertadores» en Francia.—Lo que
dijo la Prensa.—Weyler indignado.—
Diálogo con Borregal.—Camino de Fa-
ramelles.—Las defensas españolas.—
D. Inocencio en las trincheras.—Duelo
de artillería.—¡Viva España!—La orden
de ataque.—Arengando á la Legión.—El
paso del canal.—El fin del mundo.—¡Al
asalto!—Fracaso del trabuco lanza-bom-
bas.—Explosión de una mina.—Borre-
gal herido.—Glorioso desastre de los
«libertadores de Europa». — Alfalfa y
laurel..... 99
- IX Borregal en París.—Diálogo con Blas-
eo Ibáñez.—La nacionalidad del carapa-
cho —La amargura de Borregal.—El
ídolo de Valencia.—Lo que hizo por su

- pueblo.—El ideal de Blasco Ibáñez.—
Borregal orgulloso.—Carta de Mónica.—¡Se habían quedado solos!—Lo que se decía en Madrid.—¡Al tren!—La empresa de los Dardanelos.—A sacar las castañas del fuego.—España y Andorra.—La declaración de guerra á Turquía.—Borregal en España..... 113
- X Los sucesos de la guerra.—Los españoles en Gallípoli.—Pidiendo refuerzos.—Las Órdenes militares.—La intervención de Italia.—Manifestación de simpatía.—El banquete en los Viveros.—La situación económica.—¡Necesitamos á los bárbaros!—La extrañeza de la opinión.—El estudio y la inventiva.—Palabras de un latino.—El contertulio de D. Inocencio.—«¡Nos han engañado, señores, nos han engañado»..... 127
- XI Los tópicos.—El desgaste alemán.—La espantosa realidad.—Reunión de Cortes.—Lo que costaba la guerra.—¡Un millón de duros!—Primer año de campaña.—Estadísticas horribles.—¡86 barcos, 120.000 hombres y 2.000 millones! Gas-set disidente.—Un artículo hidráulico.—Habla el terruño..... 137
- XII Los prestigios de Lerroux.—Resolución radical.—Visita á Romanones.—Petición de D. Alejandro.—Suspicias de Ro-

Capítulos

Páginas

manones.—Lerroux, Príncipe de Andorra.— Entrada triunfal.— La escolta.— Primeras disposiciones.— Lo que el Príncipe desaba.— Los primeros disgustos.— Nube de amigos.— Andorra escandalizada.— Dimisiones y substituciones.— Indignación contra el Príncipe.— Cambio de conducta.— ¡Todos contra Lerroux! «¡Muera el tirano!»—Lerroux adelgaza.— Un telegrama de «Violeta.»— El Príncipe dimite.— ¡Pobre Lerroux!— El único consuelo..... 145

XIII La intervención de Bulgaria.— Crisis en todas partes.— Modificación del Ministerio nacional.— La verdadera crisis.— ¿Quién va á Salónica?— Grecia no quiere regalos.— Una pregunta del embajador.— Kitchener en Madrid.— Propositiones á España.— Decepción de Romanones.— ¡A casa, aunque venga Maura!— Todos convencidos.— Más bonos del Tesoro.— Llamamiento de la segunda reserva.— Levantamiento nacional.— El imperio del terror.— El último soldado y la última peseta.— 1915!..... 159

XIV 1916 á 1919..... 169

■ PRÓLOGO Inglaterra pide la paz.— Fin de la gran tragedia.— Nueva Edad.— Regreso del hidalgo.— España despojada.— El Gabi-

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
nete Sánchez Toca.—Los presupuestos de Besada.—Las Cámaras y los hidráulicos.—Descontento, motines y sediciones.—Último discurso de Lerroux.—Don Jaime en Valmaseda.—Manifiesto á los españoles.—Asalto de conventos.—Sublevación republicana.—Lerroux prisionero.—Consejo de guerra.—La enfermedad de Romanones.—Borregal y Vázquez Mella.—Peripecias de D. Inocencio.—Portugal no nos quiere.—Andorra nos declara la guerra.—El caos.—Camino de América.—El yate de Blasco Ibáñez.—El último «viva España».....	171
AL TERMINAR.....	187

OBRAS DE ELÍAS CERDÁ

LA CASITA BLANCA

Zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, escrita en colaboración con D. Maximiliano Thosu música del maestro Serrano, estrenada en el teatro de la Zarzuela, de Madrid.

Segunda
edición.

1 peseta.

- LA PALANCA -

Segunda
edición.

2 pesetas

Drama en tres actos, estrenado con gran éxito en el teatro de la Princesa, de Valencia.

PRIMER AMOR

Zarzuela dramática. Música del maestro Brú. Estrenada en el Teatro de Novedades, de Madrid.

Precio: Una peseta.

LA EPOPEYA NACIONAL

*(Estrenada con el título de
«Episodios Nacionales»)*



Revista de la Guerra de la Independencia española.

Escrita en verso, en colaboración con D. Maximiliano Thous. Música de los maestros Vives y Lleó.

Estrenóse esta revista en el teatro de la Zarzuela, el 28 de Abril de 1908.

De esta obra llegó á decir el crítico teatral de un diario que era el mejor de los festejos hechos en Madrid para conmemorar la gloriosa fecha del Dos de Mayo.



Precio: UNA peseta.

MOROS Y CRISTIANOS

Zarzuela en tres cuadros, escrita en colaboración con D. Maximiliano Thous, música del maestro Serrano, estrenada en el teatro de la Zarzuela, de Madrid.

Precio: Una peseta.

- EL PECADO VENIAL -

Juguete cómico-lírico. En colaboración con don Maximiliano Thous, música del maestro Asensi, Estrenada en Romea.

Precio: Una peseta.

¡FOCH EN L'ERA!

Zarzuela de costumbres valencianas, estrenada en la Princesa, de Valencia. Colaboración de don Maximiliano Thous y música del maestro Giner.

Precio: Una peseta.

LES ENRAMAES

Zarzuela de costumbres valencianas, con los mismos colaboradores que la anterior.

Precio: Una peseta.

LA BANDA NUEVA

Zarzuela en un acto, estrenada en el teatro de Apolo, de Madrid. Colaboración de D. Maximiliano Thous y música de los maestros Serrano y Brú.

LA MONTAÑA DE ORO

Zarzuela cómica en cinco cuadros, música de los maestros Foglietti y Brú. **Precio: Una pta.**

LAS MOLINERAS

Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros. En colaboración con D. Maximiliano Thous. Música del maestro Lleó.

EN BUSCA DE LOS NOVIOS

Viaje cómico-lírico alrededor de la guerra europea. Música del maestro Quislant. Obra de gran éxito. **Precio: Una pta.**

EL REY DE LA BANCA

Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros. Música del maestro Serrano. **Precio: Una pta.**

Otras obras teatrales del mismo autor.

Ya están ahí, juguete cómico.

Pelando la pava, juguete cómico.

El Santón de la Puntilla, zarzuela en colaboración con D. Juan Bautista Pont y música de los maestros Brú y Quislant.

La Sicilliana, zarzuela histórica en cinco cuadros.

PUNTOS DE VENTA:

En las librerías, y en la **Sociedad de Autores Españoles, Prado, 20.** -Pueden dirigirse también los pedidos al Autor.

